VIRREINATO

La plata del Rey

ALBERTO PERTEJO-BARRENA

De librum tremens

VIRREINAT

Volumen 1

La plata del Rey

Alberto Pertejo-Barrena

Dē librum tremens

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación yo traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y sus autores.

Creative Commons

Todos los derechos reservados.

Impreso en España. Printed in Spain

Título original de la serie: *Virreinato*

Título original de la novela: *La Plata del Rey*

Copyright 2018 ® De Librum Tremens Editores S.L.

Copyright 2018 ® Alberto Pertejo-Barrena

Calle Nardo 53, Soto de la Moraleja, Alcobendas. Madrid 28109

Edición para uso particular 2018

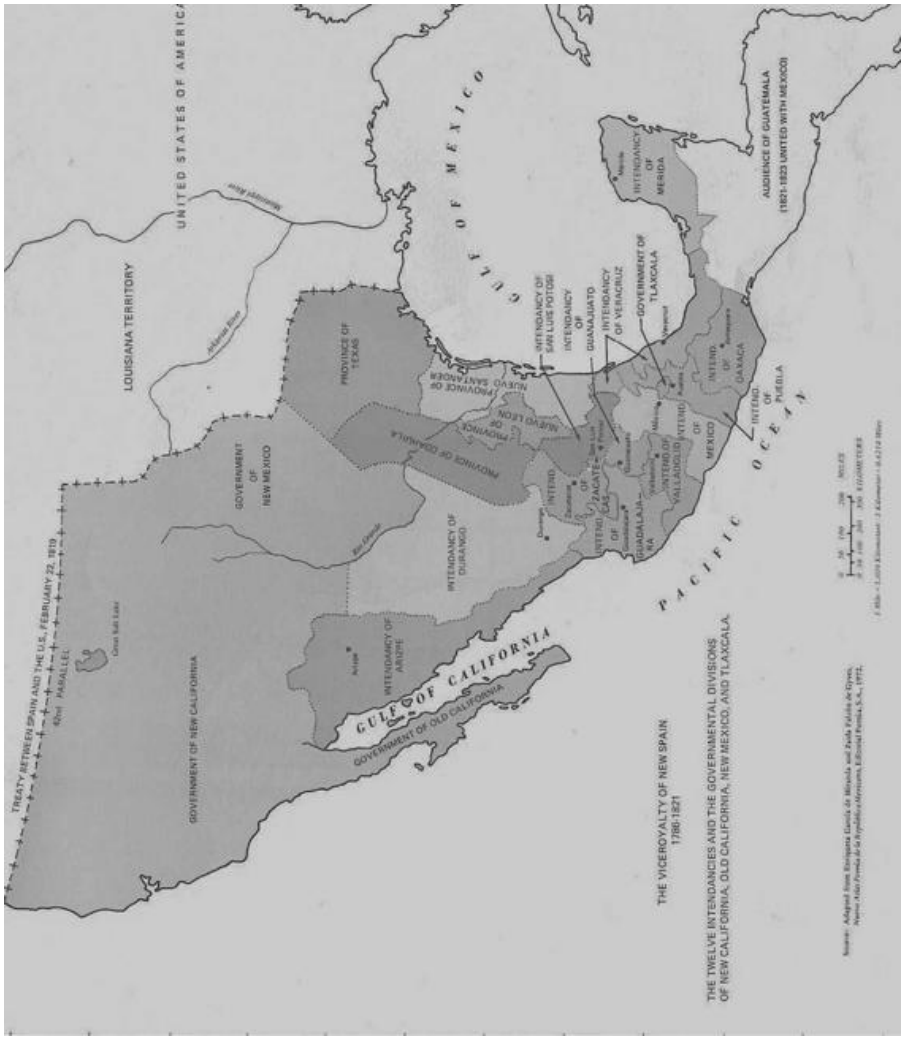
Diseño de portada: Planet Market

En España no sabemos sacar partido de nuestra historia. Es así de duro. Me desencanta ver que hombres como Hernán Cortés o Francisco Pizarro, Juan de Austria o Alejandro Farnesio no tengan película. Y si me apuran, apenas novelas o estudios. Parece como que nos avergoncemos de nuestra historia y solo nos recreáramos en nuestros errores. Ya que he citado al cine, es más sencillo ver una película o una serie de la derrota de Annual, Baler o Cuba, que de los Tercios de Flandes o de la conquista de América.

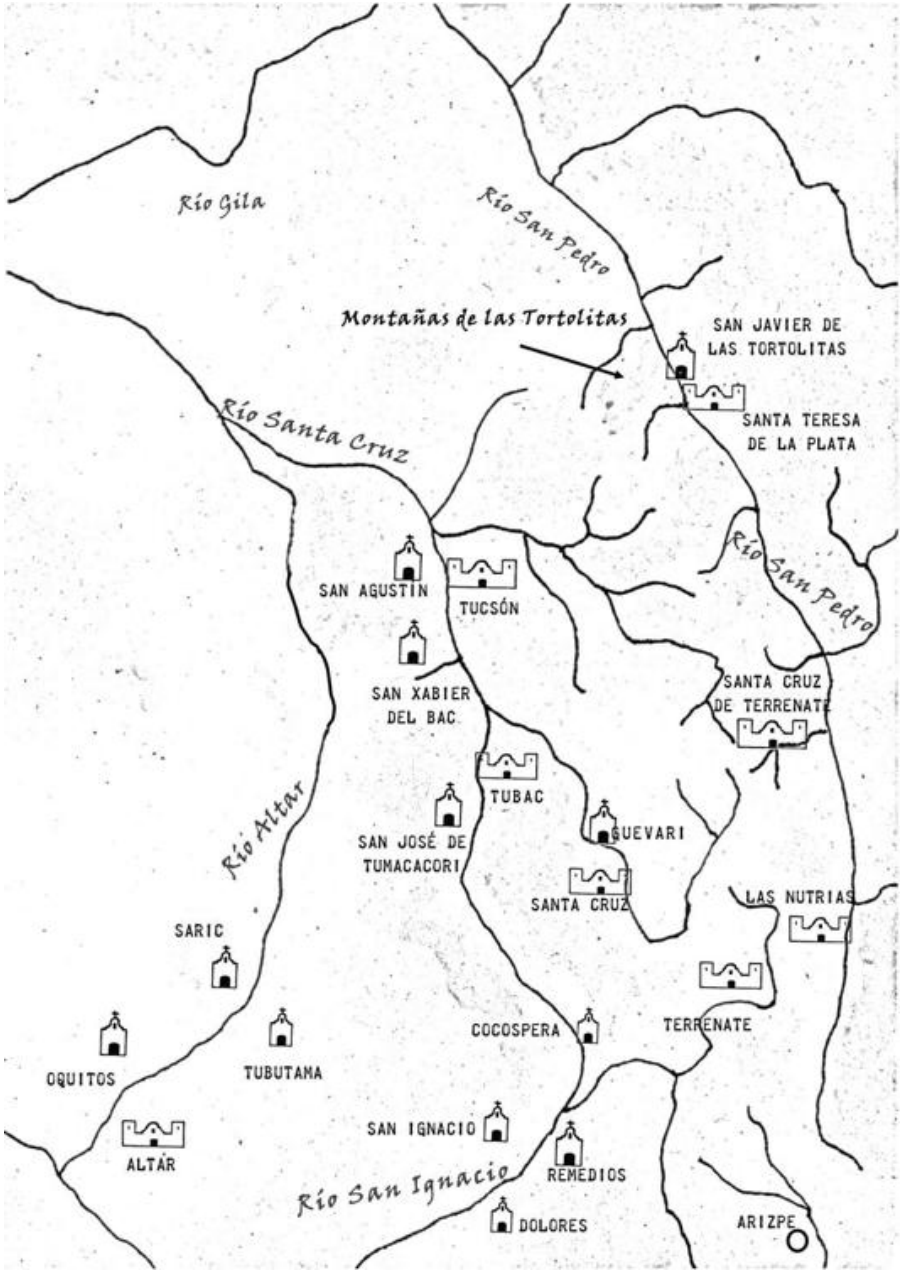
Twitter, esa red social —verdadero estercolero en muchas ocasiones— en donde los políticos de todo signo y memos, indocumentados y gritones de variado pelaje emiten su opinión con la esperanza de que se convierta en frases con infinidad de seguidores, comentarios y aplausos cibernéticos, tiene hoy más lectores y fieles que el Quijote o el Rey Lear. Triste, muy triste.

Sé que muy posiblemente sea un grito en el desierto, una pataleta de hombre que pasa de los cincuenta años y añora una educación mejor y más responsable, pero no me resisto a pedir, una vez más, que este hatajo de políticos que nos ha tocado sufrir, de una vez por todas, se pongan en la labor de hacer cosas de verdad útiles. Empiecen por la educación y por nuestra Historia. Por favor.

A mi padre, que siempre estuvo, y sigue estando.



Misiones y presidios en La Pimería Alta


Río Gila
Río San Pedro
Montañas de las Tortolitas
SAN JAVIER DE LAS TORTOLITAS
SANTA TERESA DE LA PLATA
Río Santa Cruz
Río San Pedro
SAN AGUSTIN
TUCSÓN
SAN XABIER DEL BAC
SANTA CRUZ DE TERRENATE
TUBAC
Río Altar
SAN JOSÉ DE TUMACACORI
GUEVARI
SANTA CRUZ
LAS NUTRIAS
SARIC
TERRENATE
COCOSPERA
OQUITOS
TUBUTAMA
SAN IGNACIO
ALTAR
REMEDIOS
Río San Ignacio
DOLORES
ARIZPE

Querido lector, con La Plata del Rey inicio la saga de VIRREINATO , que ojalá sea de tu interés. He pretendido recrear, según mi imaginación y capricho, aquellas tierras que un día fueron españolas y que, por desgracia, hoy —como tantas otras—, han pasado a engrosar esa lista tan interminable de hechos, sucesos y territorios olvidados por nosotros mismos. La ignorancia histórica, es muy habitual en nuestra querida España.

Sin querer ser quejica, debo confesar que cuando visité la reconstrucción del presidio de Tucson en Arizona, Estados Unidos, y dije que era español, hubo sonrisas y halagos. La casi totalidad de los que allí participaban en este espacio cultural e histórico —había voluntarios que actuaban como soldados, colonos, dragones de cuera, herreros, panaderos...— me atendieron con respeto y orgullo. Respeto porque yo era español y orgullo porque ellos se consideraban los descendientes de aquella gente dura y brava que pobló esas tierras. Sentí envidia, debo admitirlo.

Y también desdicha y pena. Porque posiblemente es España la reconstrucción de un fuerte español, estaría considerada inaceptable, políticamente incorrecto y —no se extrañen, porque ha sucedido— algún prócer paleto y analfabeto, aupado a un ayuntamiento por los votos de una masa ignorante, calificaría a aquellos hombres como fachas. Que se lo digan al almirante Cervera al que la alcaldesa de Barcelona Ada Colau le quitó la calle... por fascista.

La estulticia de muchos políticos queda retratada en esta caso, puesto que el almirante murió en 1909.

En fin, querido lector, solo deseo que disfrutes y mientras leas estas páginas, te imagines a aquellos hombres y mujeres en esas tierras que un día fueron españolas...

Mi intención es, únicamente distraerte, sacarte por unas horas de los problemas cotidianos y que cuando cierres la última página, si has tenido a bien leer esta novela hasta el final, tengas ganas de comenzar la siguiente Tambores de guerra, para que Alonso de Barrena, Isabel Aláiz o el capitán Alberto Sobarriba, sigan siendo esos personajes que te ayuden a imaginarte ese trozo de tierra que fue España, tan lejano y tan salvaje.

Nada más, y que lo pases bien. Si lo consigo, estaré muy contento, y si no es así, te pido disculpas y te agradezco haberme leído.

Un saludo,

Alberto.

Prólogo

Desierto de Sonora.
Virreinato de Nueva España.
10 de junio de 1778.

El padre Urroz supo que iba a morir, que sus días en este valle de lágrimas, se terminaban. Y seguramente sufriendo lo indecible. Si bien era cierto que el martirio le abría de par en par la puerta de los cielos, y a pesar de ser un hombre duro y de fe, hubiera preferido morir como cualquiera de los dos indios que le habían servido de guías hasta unos instantes atrás.

Sí, un flechazo en el pecho parecía mucho mejor que lo que tenía toda la pinta de que iba a sucederle. Dios había decidido llamarle a su diestra, y así sería; pero si de él dependiera, le habría pedido retrasarlo, y si no se podía, que su ascenso a la beatificación fuera de forma rápida e indolora. Sufrir estaba bien, y lo llevaba haciendo desde que llegó a Nueva España, pero ser torturado como se imaginaba, era convertirle en mártir directo y enviarle a la diestra del padre de forma pausada y dolorosa.

Tragó saliva de forma ruidosa e intentó articular alguna palabra, pero finalmente se detuvo. Iba a ser inútil toda petición de clemencia. Vio acercarse a aquel apache con la cara pintada de rojo brillante, desde justo debajo de los ojos hasta la barbilla. Avanzaba serio, con una mirada muy negra y muy criminal. Pinturas de guerra y de muerte. El franciscano comenzó a rezar. Primero en un susurro y después, cuando le desmontaron del caballo a empujones, un poco más alto. Era una forma de intentar darse el máximo de fuerzas posible.

Mientras dos de aquellos salvajes lo bajaban de la montura, el resto del grupo de apaches, unos diez, no paraban de hablar o gritar en su jerga imposible de entender. El religioso se dejó hacer con la mansedumbre de quien sabe que toda resistencia es inútil.

Terminó el primer padrenuestro y mientras se encomendaba a la Virgen, cerró los ojos y se concentró en su Pamplona natal. Por alguna razón pensó que una imagen de su infancia sería el mejor recuerdo que tendría justo antes de morir. Echó de menos entonces las frías noches de invierno y las heladas llenas de escarcha de las mañanas de diciembre o enero.

Pero no; definitivamente, no tendría la suerte de morir rápido. El apache de la cara roja, la mirada torva y la sonrisa siniestra, dijo algo en su lengua y el resto vociferó de alegría. Aquello no podía significar nada bueno. Notó el sudor que le caía copiosamente y se encomendó de nuevo a Dios, mientras dos de aquellos salvajes lo sujetaban de las muñecas y conducían hacia un enorme cactus, otro trajo sendas tiras de cuero mojadas.

Había visto muchos muertos desde que comenzó como misionero; siempre en tierras duras, donde la vida vale poco y el esfuerzo muchas veces no tiene recompensa. Conocía las torturas de aquellos salvajes porque muchas noches alrededor de la lumbre, antiguos soldados o granjeros contaban historias conocidas o inventadas.

Elevó la vista al cielo azul inmenso de aquel rincón de España. Le pesó ir a morir tan alejado de su tierra, de sus familiares a los que ya no distinguía con claridad en sus recuerdos de tantos años que no los veía. Respiró hondamente mientras uno de aquellos apaches le ataba al saguaro. Sintió las primeras punzadas de las espinas del enorme cactus pinchándole en su espalda. Luego vendrían las tiras de cuero mojadas que cuando se secaran, lo apretarían más, clavándoselas sin remedio.

Sí, iba a morir y a sufrir. Comenzó a rezar el segundo padrenuestro. Le seguirían muchos más…

Capítulo 1

Ciudad de México.
Virreinato de Nueva España.
1 de junio de 1778.

Antonio María de Bucareli y Ursúa, virrey de Nueva España por la gracia de Carlos Tercero, miraba complacido la ancha y despejada avenida en donde se iban a plantar un buen número de fresnos. Tenía el absoluto convencimiento de que el Paseo Nuevo[1] iba a ser una arteria vial muy importante para la capital virreinal, y había que embellecerla lo máximo posible.

Asintió despacio y miró satisfecho al arquitecto con una leve sonrisa complacida. Un carraspeo detrás de él, le hizo volver la cabeza. Casi había olvidado que Francisco Romá y Rosell, Regente de la Real Audiencia de México y Teodoro de Croix, el Comandante General de las Provincias Internas estaban allí.

El virrey despidió con una mano al arquitecto, así como a su ayuda de cámara. Hacía un buen día y prefería un corto paseo con aquellos dos hombres para tratar lo que los había llevado hasta él. Por un momento sonrió para sí divertido. Los tres, con las empolvadas pelucas blancas y a medio día, expuestos al calor de la ciudad en verano. No pudo evitar sentirse un poco ridículo.

Me decían caballeros que el comandante general se va a Arizpe, ¿no es así, caballeros? les dijo con una sonrisa diplomática y bondadosa mirando a Teodoro de Croix.

Sí, Excelencia, estimo que fijar mi residencia en Arizpe será mucho más provechoso para el buen gobierno del Virreinato contestó con rapidez el Comandante General, a quien apenas se le notaba el acento flamenco. Eran ya muchos años al servicio en aquella parte de España . Aunque eso signifique dejar definitivamente esta bella ciudad añadió complaciente sabedor del interés del virrey por el Paseo Nuevo.

Lamento su marcha, señor comandante general. Pero como muy bien dice, creo que allí, más cercano a la frontera, hará aún mejor labor. ¿Y está seguro de que Arizpe es un buen lugar? Tengo entendido que es una… población pequeña. No quiso pronunciar ciudad, sabedor de que no tenía aquella condición aún.

Estoy convencido de que con el establecimiento de mi cuartel allí, así como con el esfuerzo de los españoles

de esta zona del imperio, conseguiremos hacer de Arizpe una ciudad espléndida, excelencia. Teodoro de Croix sabía que iba a un destino muy distante y no solo en días de viaje , de lo que era la capital virreinal, plena de vida, comercio y política.

Antonio María de Bucareli y Ursúa, sonrió complacido. Sí, bien podía ser que la marcha del comandante general a esa población consiguiera que otros muchos lo siguieran y la definitiva expansión de España por las Californias y la Pimería Alta fuera se consiguiera rápido y con provecho.

El virrey y Teodoro de Croix se profesaban respeto mutuo. Ambos eran hombres serios, de trabajo tenaz, constante y concienzudo. Poco dados al boato innecesario y sabedores de la necesidad del buen gobierno en aquellas tierras tan alejadas de la metrópoli.

¿Y cómo vais a acometer vuestras funciones, excelencia? Intervino Francisco Romá y Rosell[2], una de las cabezas más preclaras de Nueva España en lo que a política y leyes se refería, además de consejero personal del virrey y hombre cercano a él.

Como bien sabe Teodoro de Croix tardó algo en contestar. A fin de cuentas, el rey le había nombrado Comandante General, y eso significaba que su dependencia del virrey era meramente nominal en lo que se refería a los temas militares, defensivos y de administración de presidios y ejército. En teoría, no tendría por qué rendir cuentas de sus acciones. Pero él era un hombre moderado, más inclinado a la cooperación que al enfrentamiento , en aquellas tierras se necesita gente que vivan, siembren, cosechen y tengan hijos... Solo así podremos decir que aquella parte de España y de este virreinato incidió en aquella apostilla. Una cosa era no depender del virrey, y otra no dejarle claro quién

era será en efecto, una parte rica y provechosa de nuestra patria a la que mucha gente quiera emigrar para hacer fortuna y una vida ventajosa.

Entiendo lo que me dice, señor comandante general le dijo el virrey mientras enlazaba sus manos en la espalda y caminaba con andares pausados que hacía que los tres hombres fueran lentos en el paseo . Y estoy de acuerdo con vos. Cuanta más gente acuda allí, mejor. Es necesario que aquella tierra se ocupe por familias españolas, que saquen rendimientos de ella y vivan de manera próspera y tranquila.

Exactamente, excelencia. Y solo conseguiremos que allí se viva de forma pacífica y sin penalidades, si somos capaces de mantener la paz y asegurarles una vida sin peligro ni sobresaltos.

¿Es eso posible? El Regente de la Audiencia Real, hombre dado a la realidad, sin adornos ni subterfugios, mantenía que era complicado que aquellas tierras tan lejanas e inhóspitas alcanzaran una población numerosa y estable.

Creo que sí respondió firme y seguro el Comandante General . Si se confirman los rumores de que hay plata en abundancia, atraerá un buen número de gente. Pero por otra parte se adelantó a la siguiente pregunta del Regente , hay que conseguir que los indígenas de allí se vuelvan mansos y no provoquen altercados, ataques ni inestabilidad.

Entonces, si le he entendido bien, la pacificación de la zona es esencial, ¿no es así comandante general?

Yo no diría que la zona requiere pacificación… Eso indicaría que hay revueltas continuamente, y no es así, Excelencia. Teodoro de Croix respiró con profundidad. Él

había acompañado a su tío cuando fue virrey por aquellas tierras y algo las conocía . Existen bandas incontroladas, grupos que no se someten a nuestras leyes ni a la justicia española, pero no son un ejército que nos impida ejercer nuestro gobierno.

Soy consciente dijo el virrey deteniéndose y volviendo a contemplar las obras del Paseo Nuevo de que no significan un peligro en sí. Pero también, señor comandante general, que si no se consigue que esos grupos de nativos incontrolados se amansen, será muy difícil que haya gente que pueble esas tierras. Los españoles solo queremos trabajar con tranquilidad y sacar adelante a nuestras familias de forma honrada y pacífica.

Eso será mi reto, excelencia.

Estoy convencido de que lo lograréis. Se detuvo el virrey observando a unos operarios plantar uno de aquellos fresnos que en poco tiempo crecerían en aquel paseo dotándole de sombra y refugio en las tardes calurosas . ¿Y cuándo haréis efectivo ese traslado? añadió un instante después.

Como ya está allí instalada la Intendencia de Arizpe[3], mi deseo hacerlo cuanto antes. Estimo que en poco tiempo podré vivir de forma permanente. Por el momento, y mientras dispongo de todo lo necesario, viajaré hasta allí con regularidad para tener cumplida información de todo lo que acontece.

Vais a pasar muchos días por los caminos… dijo el Regente de la Real Audiencia, Francisco Romá y Rosell.

No es problema, excelencia le contestó Croix , con todo mi respeto, mis posaderas están acostumbradas a

cabalgar días completos. Soy militar… añadió con una amplia sonrisa.

Le echaremos de menos cuando decida irse definitivamente de aquí, comandante general. Mientras intervino el virrey con voz sosegada y tranquila, le ruego que nos visite las veces que estime necesarias. Su presencia siempre es un placer.

Capítulo 2

Misión de San Javier de Tortolitas.
Virreinato de Nueva España.
A un cuarto de legua del presidio
de Santa Teresa de la Plata.
10 de junio de 1778.

Había caído la noche, pero la temperatura se mantenía agradable. Mucho mejor que durante el día, con ese calor aplastante. Aun sentía el ardor de la rabia en la cara, y aunque no podía verse, estaba segura de que tenía inflamado el pómulo. Todavía le dolían en la cara y en el alma las tres bofetadas que le había propinado su padrastro. Sí, era cierto que los negocios se le venían abajo, pero no estaba dispuesta a tragar con casarse con el libertino y putero por lo que se decía de don Javier. Dos lágrimas de cólera le rodaron por las mejillas.

Desmontó del excelente caballo tordo, lo cogió por las riendas y se acercó a la puerta de la misión. Detrás, su criado Tomás seguía rezando padrenuestro tras padrenuestro como una vieja miedosa. Nunca se había distinguido por su valentía. Sí, en cambio, por su fidelidad.

Tocó con los nudillos por segunda vez en la puerta de madera y escuchó por fin al otro lado un ruido de sandalias arrastradas acercándose. Se oyó como descorrían el pestillo y desatrancaban la entrada. Una cara, apenas iluminada por la vela de una palmatoria, se vio por fin tras abrir el portón.

¡Isabel! ¿Qué haces aquí? Tras un par de segundos en el que el sueño y las legañas le mantuvieron desconectados la mirada y el pensamiento, el religioso reaccionó dando casi un brinco. La expresión facial de sorpresa del franciscano era notoria. Detrás de él, empezaron a arremolinarse un par de mujeres indias y un varón de apenas quince o dieciséis años, también indígena—. ¿Qué te ha pasado? —añadió al observar el fuerte golpe en el rostro de la mujer.

Buenas noches, padre Antonio. ¿Cómo está?

Bien, bastante bien contestó de forma atropellada el religioso . Pero, dime, ¿qué haces tú aquí, a estas horas… de noche? ¿Te ha pasado algo?

Me he ido de mi casa… No aguanto más a don Rafael…

¿A tu padrastro…? Pero… hija mía, ¿qué ha sucedido? —intentó añadir el fraile. Ya eran más de diez personas las que se agolpaban a sus espaldas intentando ver qué sucedía—. Pasa, por favor, y me cuentas tranquilamente… Dios mío, tienes un fuerte golpe…

—Sí..., así es. —Ella sonrió con tristeza—. Gracias, padre. Necesito que alguien se ocupe de las monturas y de Tomás, mi criado. Llevamos muchas horas a caballo.

A la mujer se la notaba acostumbrada a mandar. Había en ella un evidente halo de riqueza, de buenas maneras y de educación. Estaba clara su buena cuna y, aunque vistiera como una amazona, no era difícil imaginársela con un magnífico vestido y buenas joyas en sus dedos, sus orejas o en su esbelto cuello.

—Luis, por favor —se dirigió el franciscano al joven indio que estaba a sus espaldas, con los ojos como platos viendo a aquella guapa mujer que acababa de aparecer en la misión—. Llévalos a la cuadra y a Tomás le das un jergón para que duerma.

—Sí, padre, ahora mismo voy —contestó el muchacho obediente, saliendo rápido a ayudar a Tomás a asir las riendas y conducir a los caballos a las cuadras.

—Por favor, el resto, volved a vuestras cosas. Isabel es una amiga y su padre fue uno de los benefactores de la misión. —El franciscano acompañó sus palabras con unas palmas para impeler a los curiosos. La llegada de la joven había congregado a muchas indias de la misión, sus hijos y alguno de los varones. Todos, sin excepción, querían saber quién era y de dónde venía aquella mujer tan guapa, y que demostraba una educación y un linaje poco usual por allí—. Venga, vamos —siguió el franciscano empujando con la voz a los más remolones—, es tarde y mañana tenemos un duro día. Volved a la cama o a lo que estuvierais haciendo.

—Dime qué ha sucedido, Isabel. Por favor —le rogó el religioso, cuando ya se quedaron a solas. Se sentaron en un banco de piedra situado cerca de la huerta de la misión.

La mujer se echó la larga melena, negra como el ala de un cuervo, hacia atrás. Tenía la piel morena, ojos rasgados del color de la miel, y una piel fina y suave de no haber trabajado nunca ni haber estado expuesta al sol más allá que una merienda en una terraza en algún palacio colonial. Tenía buenos modales y unos movimientos exquisitos que denotaban una excelente educación.

—Me obligaban a casarme con Javier Ceballos… —Reprimió un amago de sollozo . No sé si lo conoce. Es un funcionario real… Se detuvo.

El padre Antonio asintió mecánicamente, aunque aquel nombre no le era conocido. La mujer continuó, pasándose antes el dedo índice de su mano derecha por los ojos para secar dos furtivas lágrimas que se habían quedado colgando de sus largas y rizadas pestañas.

—Ese hombre es un… un verdadero sátiro. —Le costó decir la palabra—. Es un vividor y un mujeriego. Y estoy segura de que también es un corrupto…

Esas son palabras muy gruesas, hija mía dispuso el religioso . No se debe acusar sin pruebas. ¿Las tienes? preguntó al instante.

Isabel negó con la cabeza.

No. No las tengo, padre. Si así fuera, y supiera que es un corrupto, ya estaría denunciado. Puede estar seguro… Son solo sospechas.

—¿Es amigo de la familia? —inquirió el hombre de Dios, que no era muy ducho en los laberintos de la sociedad criolla y colonial.

—Es amigo de mi padrastro.

—¿Y tu madre?

—Mi madre no se entera de nada, padre. Está muy enferma, con la cabeza ida… No nos puede escuchar, ni tampoco hablar…

—¿Y la has abandonado así…? —El fraile se santiguó muy deprisa—. ¿Quién se encargará ahora de ella…?

—Está mi tía a su cuidado. —Isabel se quedó callada, con la mirada perdida—. Desde que enfermó y se quedó así, es ella la que más se preocupa. Sé que no he hecho lo mejor para mi madre, pero no aguantaba más. —Empezó de nuevo a llorar en silencio—. No quiero terminar con un hombre al que no quiero y que tampoco creo que sea beneficioso para mí, ni para mi familia.

El religioso se quedó mirándola. La pasó un brazo por los hombros y ella guardó su cara en sus manos. El llanto era silencioso, sin estridencias. Sufrido. Así estuvieron un tiempo. El franciscano pensando y ella derramando lágrimas en silencio. Para el padre Antonio la llegada de Isabel Aláiz constituía un pequeño problema. No tenía muchos recursos la misión y una boca más que alimentar —dos con Tomás— le descuadraría su limitada hacienda. Eso sin pensar en las consecuencias que para la obra religiosa a su cargo podía tener enemistarse con alguien poderoso como el padrastro de Isabel. Mañana, con algo más de tiempo, pensaría en todo aquello, se dijo. Esa noche, su obligación cristiana era dar cobijo y techo a la afligida mujer.

Poco a poco ella se fue calmando y el llanto se hizo más sostenido y sosegado. Respiró con profundidad, miró al cielo cuajado de estrellas brillantes y una gran luna de hueso.

—El hombre con quien me quiere casar mi padrastro tiene una querida de hace ya algún tiempo en Arizpe[4].

—¿Cómo lo sabes?

Isabel Aláiz sonrió con tristeza. Luego, suspiró largamente y miró hacia el fraile. No era mayor, pero tampoco joven. Flaco, con las carnes muy justas y los huesos punzantes. Tenía unos ojos tristes, con bolsas y ojeras. Una tonsura descuidada y un hábito gastado. Pero su padre, ya fallecido, siempre dijo que era aún hombre valiente, bueno y justo.

—Mandé seguirlo… Tomás me lo dijo.

—Entiendo…

—Perdóneme, padre, pero es imposible que entienda nada. Se lo digo con todo mi cariño… —Isabel se calló y volvió a mirar al cielo. Dos nuevas lágrimas asomaron a sus ojos color caramelo—. Usted no puede entender cuando un hombre resbala la mirada sobre una mujer. Duele casi lo mismo que si lo hiciera con las manos. Tampoco puede entender lo que significa que la acosen a una por las esquinas y que su padrastro, no solo no haga nada, sino que, además, insista en una boda no deseada, solo por los negocios. Y no puede entender lo que es el miedo a que en la noche de bodas, en vez de hacer el amor, una sea violada…

—Entre esposos…

—No, padre… Entre esposos hay también violaciones. No le quepa la menor duda de ello. —Se estiró la falda y se atusó un poco el pelo. Sin duda era coqueta, y aún en los peores momentos intentaba estar presentable y digna—. Desde que mi señor padre murió, todo ha ido mal. Nunca me gustó mi padrastro, pero mi madre, quedó prendada de él. Fue atento, amable y cariñoso con la pobre y desconsolada viuda. Aunque mi hermano y yo siempre sospechamos que lo que buscaba era el dinero de mi progenitor. Sea como fuera, mi madre fue enfermando hasta que un día se despertó

sin conocer a nadie, sin mover apenas un lado del cuerpo y necesitando más atenciones que un niño pequeño. Mi tía, que, como ya sabe, es soltera, se hizo cargo de ella. Nosotros, mi hermano y yo, ayudamos cuanto pudimos, pero también teníamos que estar vigilantes con nuestro padrastro porque intentaba dominar los negocios y manejar todo. Mi hermano se lo impidió y entonces su carácter se agrió. Descubrimos sus verdaderas intenciones.

Ambos se quedaron envueltos en un nuevo silencio. Solo se oía a los grillos y el ulular de una lechuza cercana. Un instante después, un coyote aulló desde algún lugar inconcreto de las colinas y las ovejas del cercado balaron nerviosas, sintiendo la presencia cercana del depredador.

Ambos volvieron a quedarse callados. Ella, concentrada en sus reflexiones. El padre Antonio en cómo abordar este tema que no tenía fácil solución.

—Necesito descansar, padre… Le ruego, por caridad cristiana, que me permita quedarme un tiempo aquí. Intentaré ser de ayuda y no molestaré. Se lo prometo. Pero necesito alejarme de mi casa y de mi padrastro. Ayúdeme, por favor —le dijo con suavidad no exenta de firmeza, cogiéndole las manos mientras su mirada transmitía una cierta angustia.

—Claro, hija, claro que sí… Puedes quedarte. No tenemos comodidades, ni el tipo de vida al que estás acostumbrada, pero… Se encogió de hombros en señal de disculpa . Ya lo apañaremos. Pero me inquieta la reacción de tu padrastro…

—No se preocupe, por él padre. Sabré encararlo. Respiró con profundidad y miró a los ojos del religioso mientras apretaba con fuerza las manos del franciscano con las suyas . Y no seré un estorbo. Ayudaré en todo lo que

pueda, como una más. Volvió a callarse un momento y reprimió dos nuevas lágrimas . Se lo agradezco mucho.

—Te indicaré dónde puedes dormir… Mañana intentaré acomodarte en un sitio mejor, pero hoy…

—Cualquier cama me servirá. Desde que salimos de Arizpe, solo he descansado al raso… Hoy necesito dormir y mañana, padre, hablamos todo lo que usted quiera.

—De acuerdo, Isabel —convino el eclesiástico a la vez que se levantaba e indicaba el camino a seguir a la joven —. Te acompaño a donde esta noche podrás descansar.

La joven no tardo en quedarse dormida. Sin duda, las muchas horas a caballo durante el día y las noches durmiendo a la intemperie habían hecho mella en ella.

El padre Antonio se quedó pensativo. No era ducho en relaciones sociales, ni en cuestiones familiares, más allá de las que imperaban entre los indios de la misión y los alrededores. Gente simple, sencilla, acostumbrada al trabajo diario y a sacar provecho de tierras yermas y secas. Nada que ver con señoritas de alta alcurnia y prósperas familias.

Pero era su deber cuidarla y protegerla. De eso no tenía duda. La cuestión, era saber cómo iba a encajar en aquellos parajes una mujer como Isabel, acostumbrada a una vida tan distinta a la que ellos llevaban día tras día, trabajando la huerta o cuidando de los rebaños.

Con la vela de la palmatoria a medio consumir, el padre Antonio volvió a su camastro. Mañana, con más calma pensaría en acomodar a Isabel.

Capítulo 3

Presidio de Santa Teresa de la Plata.
Virreinato de Nueva España.
10 de junio de 1778.

Llegué al presidio a la tarde, con un margen de menos de un par de horas de sol. La luz marcaba sombras alargadas en los cactus y en las columnas terrosas que rodeaban el presidio. Me llamó mucho la atención la majestuosidad y belleza de aquel paisaje tan árido, brutal y salvaje.

Me recibió el cabo de guardia, un soldado mestizo, quien me señaló donde estaba la capitanía. Le pedí que me indicara dónde podía asearme un poco, porque no me parecía apropiado aparecer lleno de polvo y sudoroso a mi superior. Me adecenté lo mejor que pude, y me fui directo hacia el despacho del capitán para presentarme. Ni siquiera deshice mi equipaje que seguía a lomos del segundo caballo que me acompañaba. Entré en el edificio de la capitanía y mis pasos resonaron en la tablazón del suelo. Solo vi a un indio sentado en un escritorio que hacía las veces de soldado de guardia. Estaba como ensimismado, con la mirada perdida y sin apenas moverse. Tan solo me señaló una puerta entrea-

bierta cuando le pregunté por el capitán Sobarriba. Golpeé con los nudillos la puerta y esperé que me dieran permiso.

—¡Adelante! —Sonó una voz desde dentro.

El despacho del capitán era más bien pequeño. Tenía las paredes de adobe y, como el resto del edificio, un suelo de tablones algo desiguales y decolorados por haber estado expuestos al sol más de lo debido. Una mesa de madera oscura, sin el más mínimo adorno, y un par de armarios también muy sencillos. Una silla con el respaldo y el asiento repujados de piel, y algo de relleno para hacerla más cómoda. Junto con otras dos de parecidas características para quien acudiera a su despacho y pudiera sentarse, eran todo el mobiliario.

Desde la ventana, tenía una vista casi total a la plaza de armas del presidio, así como hacia la torre más alta y que cubría la entrada y la esquina sureste. La bandera de España, izada en lo alto del mástil, en ese momento se mecía con mucha lentitud. Estaba ya anocheciendo y las primeros candiles y teas se encendieron en los puestos de guardia y en algunas de las edificaciones anexas al presidio. El mismo capitán tenía un velón de sebo encendido que le alumbraba la mesa. Dos quinqués de aceite también daban luz a la estancia desde la pared, a la espalda del asiento del oficial al mando.

—Buenas tardes, señor capitán. Se presenta el alférez Alonso de Barrena. —Y sin más preámbulos, le extendí el papel donde se me comunicaba mi destino en el presidio de Santa Teresa de la Plata.

El capitán alzó un momento la vista de los papeles que le ocupaban en ese momento, cogió el que yo le tendía y lo leyó por encima. Luego, tras largarme un rápido vistazo,

lo depósito sin más encima de otros, en una esquina de la mesa.

—Así que usted es el nuevo alférez… Sí, lo estábamos esperando —me dijo volviendo a posar la vista en los papeles que estaba revisando.

Era un hombre delgado, fibroso. Tenía el pelo castaño, recogido en una descuidada coleta. Los ojos fríos, de un color parecido al plomo, y el gesto serio, pétreo.

Me quedé callado; más que nada, porque no supe reaccionar. Lo cierto era que esperaba algo más de efusividad en su saludo.

—Descanse, alférez. No hace falta que esté tan envarado. Parece que se ha trabado un palo. —Alzó la vista un instante, lo justo para observarme con brevedad, y sonrió levemente—. Aquí se sigue el reglamento militar, pero no somos tan estrictos. —Y volvió a prestar atención al pliego que en ese momento estaba leyendo. Parecía una carta lacrada por lo que puede ver. Sin prisa, cuando terminó de leerla, se levantó por fin, rodeó la mesa y me tendió la mano diestra.

—Soy el capitán Alberto Sobarriba. Le habrán dicho de mí muchas cosas: que soy irrespetuoso con mis superiores; que soy un exagerado con el peligro de los apaches; que quiero hacer del presidio de Santa Teresa de la Plata el más importante de Arizona… —Se encogió de hombros—. Lo cierto es que tienen razón en todo. Se detuvo y me miró fijamente . Bien, ¿qué me dice de usted?

Tenía mi misma estatura y parecía en buena forma. La cara, cuando la tuve más cerca, me pareció angulosa, con algunas arrugas y vi que tenía una mirada sin brillo. No parecía mayor, pero sí algo avejentado.

—Poco puedo añadir a que soy el alférez Alonso de Barrena, señor. Mi experiencia es todavía muy corta. Hace apenas un año que me gradué como oficial —le dije por toda respuesta, pues sí, en efecto, me habían prevenido contra él. Sobre todo, en lo de la falta de respeto con uno de los coroneles del Virrey. Algo relacionado con la estrategia de los presidios, según me relataron.

—Ya nos iremos conociendo… ¿Sabe usted algo sobre los apaches? —Me preguntó casi de sopetón.

—¿Apaches? —repetí sin pensarlo, un poco sorprendido por la pregunta—. ¿Se refiere a los indios?

—Sí, claro que me refiero a los indios, alférez. Supongo que está al corriente de que los apaches viven por estas colinas que nos rodean, que nos roban todo el ganado que pueden, matan cuando de vez en cuando a alguno de los nuestros, secuestran o violan mujeres y que, de vez en cuando, atacan directamente a los presidios. —Se quedó esperando mi respuesta arrugando un poco la mirada.

—Claro, señor capitán. Sé de la problemática de esta zona. He intentado ponerme al día… —repliqué, pero mi superior no me dejó terminar.

—Por su respuesta intuyo que nunca ha visto en su vida a un apache, ni sabe casi nada de ellos. —Meneó ligeramente la cabeza—. No se ofenda, que no he querido ser descortés con usted… Solo plasmar una impresión inicial… ¿Estoy en lo cierto? —Me miró a los ojos con fijeza. Eran acerados, entre grises y azules; y fríos como el metal.

—Bueno…, la verdad que no he visto ninguno y que nunca me he enfrentado a ellos… Pero quiero pensar que son un enemigo como cualquier otro.

El capitán se quedó de nuevo callado. Observándome con atención. Luego, negó levemente con la cabeza.

—Siento decirle que se equivoca, alférez. No son un enemigo cualquiera. Son feroces, astutos, dañinos, crueles, buenos jinetes, grandes tiradores con el arco y la flecha… No, no son un enemigo común como los que ha estudiado en la academia, alférez. —Se detuvo y siguió observándome. Su discurso era duro, directo como un puñetazo y seco igual que una paletada de tierra, pero tenía razón. No sabía absolutamente nada de los susodichos apaches—. Eso me obliga a que tenga usted que aprender rápido.

—No hay ningún problema, señor —respondí con aplomo—. Soy buen alumno. —Sonreí intentando parecer amable y cercano, pero el capitán no esbozó la más mínima sonrisa ni hizo tampoco ningún atisbo de intentarlo.

—Bien, alférez, confío en lo que me dice. En ese caso, mañana mismo saldremos de patrulla para que se familiarice con los hombres y nuestra forma de actuar. Yo mismo iré para ir conociéndonos.

—Como ordene, señor capitán.

Sin quitarme un segundo la vista, asintió repetidas veces y muy despacio. Seguidamente, con las manos entrelazadas a la espalda, volvió a su mesa. Se sentó y comenzó a ojear el siguiente papel pendiente. Cogió la pluma, la mojó en el tintero y lo firmó. Alzó la vista al ver que no me movía.

—¿Alguna cosa más, alférez?

—No, señor capitán… —No sabía si debía continuar, salir del despacho o quedarme allí hasta que me indicara que podía irme.

—Entonces, puede retirarse. Que le lleven a la casa que ocupará mientras esté aquí destinado. Descanse, que

mañana será un día duro. ¡Jeremías! —El indio que estaba en el escritorio entró sin llamar y sin decir una sola palabra—. Lleva al alférez a sus dependencias.

—Como usted ordene, señor —taconeé con marcialidad castrense—. ¿A qué hora saldremos mañana?

—Siempre lo hacemos antes de que salga el sol. Luego hace mucho calor —me contestó sin levantar la vista del siguiente papel que acababa de firmar y que, tras secar la tinta soplando varias veces en él, lo guardó en un cartapacio —. Buenas noches, alférez.

Y así fue mi llegada al presidio de Santa Teresa de la Plata. Pero debo disculparme porque no me he presentado todavía, y les ruego que me disculpen. Mi nombre es Alonso de Barrena y soy alférez del Regimiento Volante de Dragones de Sonora. Mi familia es de sangre española pura, descendiente de la villa de Oñate, allí en las provincias vascongadas, y aunque he nacido aquí, en Nueva España, me siento exactamente igual de español que uno que haya visto su primera luz en Toledo, Madrid o Sevilla, aunque todavía no haya tenido la fortuna de haber estado por allí.

Quinto hijo de unos hidalgos rurales de la villa de Oñate, como antes he dicho, mi señor padre vino a Nueva España solicitado por su tío, Gaspar de Barrena, dueño de una pequeña mina de plata. El negocio no iba muy boyante que se dijera, pero mi progenitor, que siempre estuvo dotado para los negocios, asumió el mando cuando enfermó el tío Gaspar y en un solo año había, no solo vuelto a los beneficios, sino que dobló los réditos al siguiente. Poco después, y conocedor de que se habían descubierto nuevas vetas en el Real del Monte[5], pidió un préstamo a un rico hacendado y

sumando los beneficios de la mina de plata del tío Gaspar, abrió otra explotación minera. En apenas dos años, consiguió que ya diera los primeros beneficios.

Mi padre siempre ha ido muy sagaz y muy avispado con las cosas del comercio. Como no podía heredar el mayorazgo de la familia, mis abuelos lo dedicaron a los estudios. En principio iba para la carrera eclesiástica, pero muy pronto se vio prendado de las teorías mercantiles y de los números. Olvidado el seminario, estudio leyes y comercio. Y eso, sumado a su espíritu aventurero y emprendedor, hizo que no solo obtuviera unos muy dignos beneficios en la mina del tío Gaspar, sino también que mi familia consiguiera una pequeña fortuna gracias a la mina de Oñate —así se llamó a la que abrió mi padre en el Real del Monte— y a algunas inversiones que realizó por la zona. A aquello se sumó el porcentaje que el tío Gaspar le dejó a su muerte. Finalmente, un par de años más tarde vendió su parte de la mina del tío y se concentró en la que hoy sigue siendo de su propiedad.

Allí se casó con mi madre, una rica y guapa andaluza, nacida por aquel entonces hacía veintidós años, y cuyo padre había sido uno de los administradores y funcionarios del Virrey. Ahora, ya retirado, tenía una excelente yeguada de gran calidad que servía, no solo al Ejército, sino también a muchos que acudían a comprar sus monturas y corceles.

Tengo un hermano —Ignacio— y dos hermanas —Teresa y Carmen—, todos mayores que yo. Mi hermano, tan hábil como mi padre para los negocios, es quien se ocupa de seguir con el legado familiar, y he de decir que lo hace con mucha sapiencia. No solo ayuda a nuestro padre en las labores de dirección de la mina de plata de Oñate, sino que fue él el que propuso conseguir más minas en los recientes filones descubiertos en el noroeste de Sonora. Mis hermanas se han

casado ambas con hijos de buenas familias de la zona y con posibles. En breve, Carmen será madre y Teresa está intentando serlo. Sus hijos, con seguridad, serán hombres o mujeres de la más alta clase social de Nueva España, buenos servidores de nuestro rey Carlos el Tercero y dignos y honestos como somos el resto de la familia.

Yo, en cambio, aunque no salí malo para los estudios, enseguida me di perfecta cuenta de que la vida militar era para mí. Siempre me tiraron más los espacios abiertos que las bibliotecas; prefería montar un buen caballo que estudiar largas horas, y desde muy niño me atrajo la aventura y el riesgo, más que la comodidad de un techo seguro. Por todo ello, no era raro que mi cabeza estuviera mucho más enfocada a los uniformes y a las armas, que a los negocios. Además, si eso no fuera poco, carezco de la templanza necesaria que se le debe suponer y exigir a alguien que debe dedicarse a la vida comercial. Por eso, mi padre, avispado e inteligente como pocos, sabiendo mis preferencias y mi carácter, me animó a seguir el honorable camino de la milicia. Y así, completé mis estudios como oficial, hace de ello apenas un año.

Mi idea hubiera sido quedar alistado en un regimiento virreinal cercano a mi familia, pero por razones de faldas que ahora no vienen al caso, hube de salir de mi ciudad un poco atropelladamente, mientras mi señor padre intentaba mitigar con dineros una honra supuestamente mancillada. Aunque, muy poco después, descubrimos que era más bien comerciada, sabedora su dueña, de los beneficios que podría sacar, tras meter en un escándalo a una familia adinerada como la mía. Aún así, y conociendo que mi progenitor también era consciente de las artimañas de aquella supuesta señorita —y la de su familia—, prefirió pagar, y que la

dura vida en un árido territorio, me despejaran la mente, sosegaran mi inmadura hombría, y sufriera lo necesario para recapacitar y domar mi viril fogosidad. Y de paso, tuviera un ojo en el proyecto que mi hermano Ignacio había desarrollado para conseguir minas de plata en las inmediaciones del desierto de Sonora

Por todo ello, solicité plaza de alférez en el presidio de Santa Teresa de la Plata, una población de no más allá de trescientas almas, dos o tres cientos de indios *mansos*[6] que vivían en varios campamentos de los alrededores, una cercana misión franciscana y varias rancherías expuestas últimamente a los ataques de los apaches.

Allí, si las cosas se hacían de forma conveniente, era un destino en donde, al menos en teoría, se podía promocionar más rápidamente que en un despacho virreinal. Esa fue otra de las razones que me movieron a atreverme a solicitar la plaza del alférez, vacante desde que el último fuera destinado tras su ascenso, a la guarnición de Altar.

El presidio de Santa Teresa de la Plata está a unas doce leguas del de San Agustín del Tucsón y se estableció un poco más al norte del río San Pedro, muy cerca de las colinas de las Tortolitas[7], con el ánimo de mantener el control de un territorio que todo indicaba muy rico en minas de plata. Los primeros pobladores vinieron con el capitán Sobarriba desde San Agustín del Tucsón y se establecieron cerca de un antiguo poblado pima que, aunque en ese entonces no tenía más allá de cincuenta o sesenta almas, con la llegada de los primeros colonos y del Ejército, consiguió que se doblara en menos de tres meses. Lo mismo pasó con los españoles que se desplazaron hasta allí en búsqueda de la veta de plata que les granjera la tranquilidad financiera para el resto de sus días. Y eso, a su vez, hizo que unos cuantos ganaderos y

granjeros se unieran a los mineros y plateros que en sí constituían el grueso de la población.

El destacamento militar estaba formado por unos cien hombres a los que había que sumar un par de docenas de indios pimas que se solían sumar a las partidas contra los apaches. Varios de ellos, además, eran nuestros exploradores y rastreadores. No éramos una fuerza muy potente, pero nuestro principal enemigo, las bandas de apaches que habitaban en las colinas de las Tortolitas y las llanuras del desierto de Sonora que se extendían más allá de ellas, no solían sumar más allá de treinta o cuarenta individuos cada una de ellas , en el mejor de los casos. Solían vivir de la caza y la recolección de frutos silvestres. Hay quien dice que han empezado a cultivar algunas huertas, pero que sepamos, nunca se han dedicado a ello, y dudo mucho que lo vayan a hacer ahora. Su principal fuente de riqueza es el robo y la rapiña. Caballos y piezas de ganado, principalmente. Y luego, claro, está el odio que nace en ellos hacia nosotros. Según me refirieron, no dudan en matar frailes, soldados o colonos. Y en no pocas ocasiones, esos muertos han sido torturados de las formas más crueles que un ser humano se puede imaginar.

Aquella tierra, además del peligro de los apaches, significaba sol, desierto, serpientes venenosas, escorpiones, alacranes, elevaciones salpicadas de saguaros, arena rojiza, grandes rocas —siempre de formas caprichosas— y desfiladeros de paredes terrosas. Sí, todo eso, pero también ofrecía la posibilidad de destacar y de conseguir logros para la Corona Española y, asimismo, que el mismísimo Virrey tuviera una buena opinión de mí.

En un principio, se suponía que podía ser un destino sencillo, en donde tras un pasar tres o cuatro años, mi padre, moviendo los hilos necesarios, me conseguiría un

buen puesto en la capital de Virreinato de Nueva España. Y una vez allí, ya solo el destino diría dónde terminaría mi carrera. Porque mi padre siempre me dijo que me ayudaría al principio, pero que una vez que estuviera encauzada mi vida, ya tenía que valérmelas por mí mismo. Bueno, si he de ser sincero, pensaba que mi progenitor me volvería a echar una mano en el siguiente destino, ese que imaginaba al lado de los altos oficiales y del virrey.

Debo reconocer que al principio me sentí un poco defraudado. Estaba lejos de todo, sin ni siquiera una limitada vida social. Aquello era uno de los últimos lugares del mundo, una de las esquinas y rincones del gigantesco Imperio Español. Mi padre, teniendo en consideración mi torpeza con aquella mujer —ya no quiero llamarla señorita— pensó que un lugar alejado, sin vida social y con el único atractivo que la lectura, la meditación personal, junto con el sacrificio y el esfuerzo que imprime una tierra tan yerma y tan dura, me ayudarían en la forja del carácter y de mi personalidad. Acertó de pleno, pero también provocó que aquella tierra inhóspita y difícil me atrapara para siempre.

En lo que se refería a mis compañeros de armas, me sentí muy poco ilusionado nada más conocerlos. Quizá esperaba un comedor de oficiales, amenas charlas o simplemente, un esparcimiento mayor. No fue así. Aquello era todo lo contrario a lo que me esperaba. Para empezar, mi superior, el capitán, era ya de por sí, singular. No sabría definirlo bien, y solamente tenía algunos datos, muchos de ellos aún sin confirmar. Alberto Sobarriba era un tipo duro, de los habituados a las cabalgadas y a la disciplina cuartelera. Español, nacido en Andalucía como mi madre. Creo que en Sevilla, aunque no solía hablar mucho de ello. En resumen, un soldado veterano, con un aspecto más avejentado de lo normal y con cos-

tumbres no demasiado marciales. Puedo asegurar por contra, que era noble y uno de esos oficiales que no dudan en defender a sus soldados por encima de todo. Es muy posible que no fuera un hombre bueno en el sentido amplio de la palabra o de la expresión, pero tenía su propio código de honor. Y lo cumplía a rajatabla, como pude comprobar en el tiempo en que estuve a sus órdenes. Podía ser frío como la hoja de un puñal indio si así lo requería la situación, o la sangre le hervía hasta explotar, ante lo que él podía entender como una injusticia.

Nunca supe su edad, pero aparentaba, sin duda, algunos años más de los que tenía. Solía mirarte con unos ojos entre grises y azules, duros como el pedernal. Su rostro era anguloso y prieto, tostado por el implacable sol de Arizona. Delgado y fuerte, montaba con habilidad y mantenía una relación con los hombres que iba desde la camaradería más cercana a la exigencia más absoluta cuando se trataba de salir de patrulla. De pelo largo, de color trigueño, pero sin brillo, atado con un lazo en una simple coleta. Solía dejarse crecer la barba varios días, y lucía un amplio mostacho rubio, de púas duras. No tendría más de treinta y cinco o treinta y ocho años, pero como digo, aparentaba más. El vino, el aguardiente y la vida solitaria que llevaba, era lo que le sumaba edad. Su ambición se debió quedar allá por Andalucía o en algún destino anterior, en algún oscuro desván de su pasado, y ya solo se concentraba en que le dejaran vivir en aquel rincón de España a su manera. No era muy amigo de la disciplina de los coroneles y generales, y menos de las cursilerías de salón, y prefería unas buenas botas de montar a un mocasín de baile; una chaqueta de cuera a una casaca de fiesta y su simple coleta, atada con lazo, a una peluca empolvada.

Vivía solo, en la casa de adobe del presidio que correspondía a su rango, pero mantenía relaciones casi de amancebamiento con una bonita y sumisa india pima que vivía a pocas varas de la fortificación militar. Las malas lenguas decían que el hijo de esta era en verdad del capitán, y aunque nadie lo podía asegurar fehacientemente, el color moreno de la piel, sin llegar al cobrizo de su madre, y los ojos garzos del chiquillo, así lo parecían indicar. Era cierto, además, que la trataba con respeto, y aunque estuviera templado por el alcohol, nunca se propasó con ella. Porque no se podía decir que el capitán fuera cariñoso —ni con ella, ni con nadie—, pero ese mismo trato afable y respetuoso era también una prueba de que a pesar de amancebarse y no tener la más mínima intención de casarse, la consideraba bastante más que una simple mantenida.

Uno de los puntos oscuros del capitán era la bebida. Bebía a solas en su casa, nunca en el despacho del presidio o en una patrulla, salvo un trago esporádico y muy de vez en cuando. En alguna ocasión, sin que se percatara que lo observaba a través de la ventana de donde vivía, le vi beber en silencio, sin molestar a nadie, hasta casi quedar inconsciente.

—Todos los demonios anidan en nuestro interior y el aguardiente les suelta con facilidad. El capitán guarda alguno en su alma… —Fue lo que me dijo un día Isidro Ponka, decía que se llamaba en su lengua , el indio pima que hacía las veces de curandero y afirmaba que «hablaba con los espíritus».

Sea como fuere, algo hacía que por las noches que se quedaba a solas con sus recuerdos, el capitán Alberto Sobarriba terminaba con una borrachera silenciosa y melancólica. Sucedía mientras sus ojos fríos y azules, ya sin el brillo

de ningún futuro, miraban hacia algún lugar oculto de sus recuerdos.

Llevaba en el presidio desde que se fundó, dos años atrás, y antes estuvo en el de Tucsón[8], del que dicen que salió de mala forma por mantener serias desavenencias con el mismo gobernador. Pero aquí, en la última frontera de España, con estos pueblos, presidios y rancherías pequeñas, todo se magnificaba; hay poco de qué hablar y, obviamente, los chismes están siempre a la orden del día.

Quién más me contó sobre el capitán fue el sargento armero Iñigo Unzurrunzaga. Vizcaíno, que llegó aquí a Arizona con la esperanza de encontrar alguna buena veta de plata, pero que tuvo que conformarse con alistarse y que le ascendieran pronto a suboficial. Comentan que los verdaderos vascongados son de buen comer y buen beber, y el sargento, sin lugar a dudas, lo cumplía modélicamente. Era un tipo de carácter afable, pero implacable y muy riguroso cuando se trataba de la seguridad de una patrulla, por ejemplo. No concebía a un soldado que no cuidara de sus armas y de su caballo. Si no estaban impolutamente limpias la lanza, el sable, las pistolas o el mosquete, podía montar en cólera. En una tierra arenosa y seca como pocas, era necesario tener un especial cuidado. Lo cierto era que tu vida dependía en buena medida de ello. Y él, como maestro armero del presidio, cumplía con el cometido de tener todo siempre dispuesto y en perfecto orden de revista. Los dos pequeños cañones de ocho libras y el pedrero eran una buena prueba de ello.

—El capitán es un buen soldado. Un oficial en el que se puede confiar. Siempre añadía con seguridad . Pero tiene un pasado borrascoso. De esos de los que nunca se habla y solo se sufren.

Esas palabras de Unzurrunzaga me resultaron misteriosas. Desconozco si conocía el pasado del capitán o simplemente, me ponía en antecedentes de forma genérica. Sea como fuere, lo cierto era que parecía conocerlo muy bien. Sé que habían cabalgado mucho juntos y que el sargento, que llevaba allí algo así como diez años por aquel confín de España, era un experto conocedor de todas las sierras, llanuras, desiertos, cauces y lechos de ríos. Entendía incluso alguna palabra pima y aseguraba que había matado más de cien apaches.

Las murallas del presidio eran un adobe terroso y endurecido al máximo por el tremendo calor que reinaba en aquella zona. Medía unos doscientos cincuenta pasos por el lado más extenso y unos cien por el menor. La planta era casi rectangular, salvo la pequeña huerta, el pozo y el cementerio que sobresalían, de la pared norte. La torre principal, la más alta y fortificada, que era la del noroeste, cubría esa zona desde su posición dominante y, aunque era la zona peor defendida a simple vista, si yo fuera un atacante, no lo intentaría jamás por ahí. Además de la torre principal, tenía otras tres, una en cada esquina restante.

Hacía apenas un mes que se había terminado y para ellos, más de treinta indios pimas, así como la tropa y algunos colonos voluntarios, habían constituido su mano de obra. Aún hoy, se realizaban algunas obras en el interior, tal como un segundo almacén para grano y aperos de labranza, y una pequeña casa para el médico. Este se trataba de un hombre ya mayor, y que compartía con el capitán un oscuro pasado y también la afición por la bebida. Tomás Alcázar era un tipo solitario, malencarado, arisco; las más de las veces, iba con el pelo descuidado y poco limpio. Además, solía tener una presencia poco adecentada y la sensación que más de uno había

muerto en sus manos en vez de quedar sano. Alguien me dijo que en realidad nunca terminó los estudios de medicina, y que tuvo que salir de Ciudad de México a todo correr y por la noche. Quizá fuera cierto o no, pero sin lugar a dudas era el más capacitado para curar heridas de arma blanca, de flechas apaches, picaduras de serpientes o heridas provenientes de cualquier accidente doméstico. Sencillamente, no había otro como él en muchas leguas a la redonda. Y en aquellos parajes, en la frontera última del Virreinato de la Nueva España, poco o nada se miraba el pasado de cada uno mientras el presente fuera útil. Y en el caso de Alcázar, aunque no despertaba demasiadas simpatías entre los soldados, los indios o los colonos, no era mala alternativa.

Los oficiales del presidio éramos tres, el capitán Sobarriba, el teniente Paones y el que esto les narra. El teniente había nacido en Nueva España y era hijo de españoles. En eso coincidíamos. Pero en nada más. Había ascendido desde soldado y era un tipo curtido, de pocas palabras y muy apegado al capitán. Fibroso, alto, de piel tostada, no recuerdo haberle visto sonreír apenas nunca. Tenía en la cara una cicatriz que le bajaba desde la sien hasta la barbilla, y le marcaba una fina línea blanca en su tez cetrina. Un cuchillo apache, de piedra afilada, casi se lo llevó por delante. Tendría unos cuarenta y cinco años. Quizá alguno más; pero, al contrario de Sobarriba, parecía más joven. Se conservaba en una excelente forma y era muy diestro en el manejo de los caballos y las armas. Tenía una mirada que te atravesaba de parte a parte y si el capitán podía ser duro, exigente y a la vez cercano, el teniente conseguía que nuestro superior fuera un colegial. Un día vi que ordenaba azotar a un soldado únicamente por mirar mal y decir una grosería a la mujer del herrero del presidio, una coyote[9] callada y pequeña que anda-

ba siempre con la vista por el suelo. En otra ocasión, le quito los galones de cabo a un indio pima explorador por llegar tarde a una revista antes de salir de patrulla. No se los devolvió hasta casi tres meses después.

Dentro de las obligaciones de la guarnición, además de las patrullas que regularmente se hacían visitando a las misiones cercanas, ranchos más alejados y las explotaciones mineras, debíamos mantener entre los presidios más próximos, la comunicación, el correo y, según en qué ocasiones, escoltar envíos de mercancías; sobre todo, la valiosa plata. Los presidios de Altar, Santa Cruz de Terrenate, Tubac, Tucsón, Fronteras y el de Santa Teresa de la Plata, eran los más cercanos y manteníamos un contacto regular. Entre todos, asegurábamos la llamada Pimería Alta y el desierto de Sonora. Una vez al mes se mantenía correspondencia entre los diferentes puestos, y se realizaban mercados y días de feria para la venta de carne, hortalizas, pieles, platería, herramientas, añil, tabaco, semillas, algodón, tejidos y artesanía. A esos mercados podían acudir los indios que también comerciaban con sus trabajos. De hecho, en el mercado de Taos, en Nuevo México, el más importante de la región, era normal ver a comanches[10] enemigos mortales de los apaches, por cierto , comerciando.

Dos sargentos hacían las veces de suboficiales, apoyados por los cabos. Uno de ellos, Ramón Crespo, natural de Horcasitas[11], era joven, muy dispuesto y de gran apego a la milicia. Su padre había sido teniente en el presidio de Monterrey y se retiró tras una herida de flecha en una pierna que lo dejó con una cojera permanente. Ahora criaba ganado vacuno y caballos. Crespo era pequeño, de corta estatura, delgado, pero muy fuerte y ágil. Excelente jinete, sabía prácticamente todo acerca de los equinos; su cría, cuidados, enfer-

medades, adecuada alimentación… En un presidio como el de Santa Teresa de la Plata, alguien como él era muy necesario. Tenía el pelo muy negro, como el tizón; abundante, brillante y siempre bien peinado. Una barba recortada y perfilada le hacía la cara más angulosa, que se acentuaba aún más con su nariz aguileña y prominente. Ojos oscuros, muy negros, y de mirada fija y penetrante. Un buen militar, muy cumplidor y dotado para el mando.

El segundo sargento, Juan Gallo, era casi lo contrapuesto a Crespo. Alto, desgarbado, barbilampiño, y con el pelo trigueño y descuidado; de tez blanquecina y con algunas pecas. Ojos claros, muy azulados, casi acuosos, e inquietos. Tenía ademanes nerviosos y eso se reflejaba en su monta, haciendo que los caballos estuvieran constantemente inquietos y poco tranquilos con él. Instruía a los indios pimas, a los pápagos y ópatas para que pudieran servir como tropas auxiliares en caso de necesidad, así como a los colonos, en el uso de las armas de fuego y en los mínimos conocimientos de defensa con sable, cuchillo, arcos y flechas. Incluso les enseñaba como usar sus aperos de labranza o minería en caso de ataque de los apaches. En un sitio como en el que vivíamos, rodeados de desierto, pieles rojas hostiles y de naturaleza dura, o se es capaz de dominar el ambiente o tarde o temprano cae sobre ti una cuarta de tierra, te rezan un padrenuestro y adiós muy buenas.

Teníamos dos cañones de bronce de ocho libras que no es que fuera un gran calibre, pero utilizados desde la torre sur o las plataformas que se habían construido al efecto en cada desde cada esquina, eran más que suficiente para que a un considerable espacio a la redonda el presidio estuviera bien defendido.

Es cierto que este se construyó pensando en que las minas de plata —que se pensaban muchas y muy ricas— iban a atraer a miles de colonos. Pero la realidad no fue así. Sí, había minas, pero no en tanta cantidad, ni las vetas permitían grandes explotaciones. Con el tiempo, se quedaron en dos o tres de cierta dimensión, además de otras diez o doce en donde un minero y un par de indios eran capaces de sacar el sustento diario y ahorrar para, al menos, poder tener ganado, más tierras y una pequeña granja agrícola. Pero de ahí a hacerse ricos, mediaba un gran trecho. Nuestro padre, impulsado por mi hermano, hizo préstamos a varios mineros para que explotaran minas a cambio del cuarenta por ciento de lo extraído durante quince años.

Asimismo, la quinta parte a descontar para la Corona Española sería dividida a partes iguales entre los socios. Bien es cierto que el negocio tenía su riesgo, puesto que el minero podía no dar con la veta, tardar en conseguirla o simplemente huir y nadie sabría nada más de él. Por eso, en previsión de que aquello pudiera suceder, los títulos y contratos en donde el gobernador del territorio de Sonora otorgaba la propiedad de la mina, estaban puestos a nombre de mi progenitor; si bien condicionado a que, al cabo de un año de trabajo efectivo, esos mismos títulos se cambiarían en los porcentajes acordados. Es cierto que mi padre no esperaba sacar grandes beneficios, pero tampoco salir mal parado. Al final, dos años y medio después de que se empezaran las primeras excavaciones, tres de los mineros a los que prestó dinero, seguían sacando plata de las entrañas de la tierra. Y uno de ellos, Matías Míguez, era el que poseía la mina de mayores dimensiones y con más posibilidades de continuidad en un futuro. Con eso, mi señor padre no perdía y a partir de este momento, empezaba a contar las ganancias.

Por lo tanto, mi vida se presumía que iba a desarrollarse de forma tranquila, y más bien, aburrida. No había muchas jóvenes casaderas y todas eran hijas de colonos o de militares, lo que, si bien no me importaba, ya que no era un hombre clasista, me impedía ir más allá por razones más bien de conducta. Se esperaba que un oficial del presidio no se dedicara a flirtear con las hijas de los españoles que allí vivían. Se suponía también que yo debía estar para defenderlos a todos de los indios y de conseguir una seguridad en sus vidas. La búsqueda de esposa no entraba en mis obligaciones allí.

Y las indias tampoco eran el tipo de mujer que a mí me gustara. Jamás tuve nada en contra de los pieles rojas, salvo la defensa de mi pellejo. Sentía por ellos, incluso, respeto. Su vida era dura, la mayoría trabajaban decentemente de sol a sol y ellas, muy hacendosas, cuidaban de la familia sin descanso. Pero, aun así, esas mujeres, cada uno es como es , no despertaban en mí la llama de la pasión. Por lo tanto, mis horas de asueto las dedicaría a charlar, leer o a tomar un vino en la cantina del presidio, que regentaba un español de malas pulgas llamado Lucas Pérez. No tenía mujer, y se decía que un día desapareció abandonándolo por su mal carácter. Otros, en cambio comentaban que cuando llegó a San Ignacio de Tubac, ya sin ella, era porque durante el viaje se deshizo de su esposa y la enterró en algún lugar del desierto. Ya dije que en un pueblo pequeño, donde no hay nada que hacer, se cuchichea demasiado y se inventan un sinfín de historias truculentas que nadie sabe si son o no verdad.

Lo cierto es que mi llegada al presidio de Santa Teresa de la Plata no tuvo la más mínima pompa ni agasajo. Casi como que nadie me esperaba cuando me presenté al capitán Sobarriba. Ese día me fui pronto a mi habitación —algo

mejor y más grande que la de los suboficiales y tropa que pernoctaban en el presidio y que no disponían de casa propia—, con todas estas ideas revoloteando en el interior de mi cabeza. A pesar del cansancio, tardé en dormirme.

Las palabras del capitán, su recibimiento, más bien distante, o aquel paraje, tan duro y tan fascinante a la vez, me desvelaron. En resumen, sentía una mezcla de atracción y de incertidumbre por mi nuevo destino. Lo que estaba meridianamente claro, era que, tras mi entrevista con el capitán Sobarriba, ya me imaginaba a esos apaches a lomos de sus caballos, a mí mismo defendiendo al presidio, y este convirtiéndose en una ciudad importante para España.

Siempre fui algo soñador; lo reconozco, y ahora que me encuentro en la última frontera del Virreinato de Nueva España, no iba a ser menos. Más bien al contrario. Aquella tierra, tan dura y tan atractiva a la vez, era quizá lo que necesitaba para iniciar mi vida militar, olvidar los errores cometidos y labrarme un futuro en el que quedaba casi todo por hacer.

Capítulo 4

Desierto de Sonora, a unas diez leguas del presidio de Santa Teresa de la Plata. Virreinato de Nueva España. 11 de junio de 1778.

Salimos del presidio antes de que amaneciera, tal y como me había dicho la tarde anterior mi superior. En total, doce dragones, contándonos al capitán y a mí. Dos indios exploradores completaban la patrulla. No estaba seguro de que fuéramos muchos y cargué munición a conciencia. Empezaba a creer que los apaches eran realmente peligrosos. Durante las primeras horas experimenté una sensación muy grata. No hacía calor y el paisaje era impresionante por su rudeza y sequedad. Matorrales, espinos, mezquites y grandes cactus saguaros salpicaban la vista en toda su extensión. De vez en cuando, rocas y paredes que casi parecían cortadas a cuchillo. Vimos liebres, pájaros que no supe identificar, un berrendo[12] y varios tipos de lagartos. Todo iba bien hasta que, al descender de una suave colina, el explorador más próximo nos señaló hacia un enorme cactus, a unos cincuenta metros de donde estábamos.

La escena era escalofriante. Me habían hablado de la crueldad de los indios apaches, pero no podía imaginar que aquello fuera real. No había visto nunca nada igual y tuve que reprimir una arcada. Por fortuna, pude controlarla y rehacerme. Yo no estaba acostumbrado a esto ni mucho menos y la primera vez, juro que impresiona mucho. Bien es cierto que a lo largo de mi vida he podido ver numerosas muestras de crueldad de estos salvajes, y, siendo sinceros,

muchas sobrepasaron a esta. Pero era mi primera vez y, como es imaginable, me impactó.

El fraile franciscano estaba muerto y con total seguridad, había sufrido lo indecible. Lo encontramos atado con cuerdas y clavado a las afiladas y largas púas del enorme cactus saguaro, de más de diez metros de alto, que teníamos enfrente. De su grueso tronco central salían otros tres grandes y espinosos brazos, tal como si fuera un gigantesco candelabro. Al religioso le habían arrancado la cabellera y una mancha de sangre seca le cubría toda la cabeza y la cara. Los zopilotes u otras aves carroñeras le habían comido los ojos y la lengua. El hábito estaba hechos jirones y permitía ver las numerosas heridas que le habían proferido en el cuerpo: cortes, tiras de piel arrancadas, quemaduras y espinas clavadas en el pecho, abdomen y la entrepierna, de la que le faltaban los colgajos que todo hombre tiene. Era muy posible que alguna de las heridas se la hubieran realizado los coyotes por la noche, al olor de la sangre fresca, y muy posiblemente, cuando estaba aún vivo. No me acerqué mucho, pero juraría que vi desgarrones y mordeduras.

Las tiras de cuero que le amarraban al cactus estaban secas, duras y comprimidas al máximo. Sí me fijé en ese detalle, que tampoco le pasó desapercibido al capitán.

Ninguno de nosotros habló. Ni siquiera los dos fieles pimas[13] Honorio y Arcadio que nos acompañaban como exploradores. Tampoco los caballos piafaron. Solo se escuchó el batir de alas y el siseante y tenebroso gorjeo[14] de un solitario zopilote, quien se posó sin más en un mezquite seco, a pocas varas de allí.

Utilizan tiras de cuero mojadas para atar a la gente a los cactus. A medida que se secan por el sol, te oprimen

y las espinas se te clavan… lentamente. Comentó el capitán sin apenas mirarme desde su caballo.

Yo volví a mirar aquellas bandas de piel, tirantes y duras e intenté imaginar el dolor que el sacerdote debía haber sufrido al sentir como se clavaban poco a poco las espinas en su espalda.

Según me dijo luego el capitán, de un tiempo a esta parte, los apaches se venían mostrando muy crueles y atrevidos. Atacaban a las granjas o rancherías aisladas, robaban los caballos, el ganado, y mataban sin piedad a sus ocupantes, no sin antes violar salvajemente a las mujeres. Viejas, maduras o jóvenes; a estos perros salvajes les daba igual. Y no solo se llevaban los caballos, que era su más preciado botín, sino que no era el primer niño o niña que terminaba en sus manos secuestrados a la fuerza para convertirlos en esclavos a ellos, o sus concubinas y esclavas sexuales, ellas. A un adolescente blanco, criado en una tribu, lo cambiaban por tres caballos. A una muchacha, por uno. Salvo que fuera joven y de buenas caderas, para parir, que solían quedársela, y quedaba como desaparecida para siempre.

El capitán Sobarriba descendió del caballo. Se quitó el sombrero y observó, arrugando la mirada, al fraile asesinado y torturado. Lanzó después un escupitajo que se quedó clavado, denso y espeso, en le tierra rojiza y reseca.

—Hijos de puta… —murmuró entre dientes.

—Es el padre Urroz… —apuntó el cabo Aguilar.

El franciscano, sin seguir el consejo del capitán, se había empeñado en cristianizar a estos demonios. Y, con su Biblia, un caballo, dos indios y dos mulas, se adentró un día por las Tortolitas lleno de buena fe, de inocencia y de estupidez. De eso hacía menos de una semana, y este era su final.

Seguimos en silencio por unos instantes, mirando al despojo humano en que se había convertido el fraile, y al que el negro y tétrico zopilote no quitaba ojo.

—Honorio —llamó el capitán a uno de los pimas que nos acompañaba a la patrulla de dragones de cuera españoles—, ¿hace cuánto ha sido?

El indio, vestido con un chaleco corto de piel, unos calzones de algodón y un grueso pañuelo, anudado a la cabeza, desmontó y se acercó silencioso al cadáver. Lo observó unos minutos desde más cerca, y en concreto a alguna de las heridas.

—Esta noche. Hacer diez horas. —El indio hablaba español en frases cortas, con el infinitivo, sin conjugar los verbos. Su cara, oscura, cetrina y pétrea, no mostró ningún signo de emoción.

Sobarriba miró hacia las colinas que se alzaban a escasas seis o siete horas de donde estábamos. Allí, sin duda, estaban ya los apaches que habían hecho aquello. Suspiró ruidosamente y por dentro se ciscó en todos sus ancestros.

—Hijos de puta... —repitió—. ¿Va hacia las montañas el rastro, Honorio?

El pima asintió levemente con la cabeza. Luego, señaló con la diestra unas piedras sueltas y un par de pisadas de caballos que se dibujaban en la tierra.

—Ayer. Noche —añadió, circunspecto.

Aquello nos dejaba muy pocas oportunidades para poder cazarlos. Las colinas no eran excesivamente altas, ni complejas, pero lo suficiente como para tener todas las ventajas a su favor; era su territorio y allí nos podían emboscar en cualquier sitio. Diez soldados y dos indios exploradores podía ser una fuerza importante para un par de bandas de

apaches, pero también ser insuficientes; ellos podían ser otra docena o quizás un centenar. Esas alturas eran su seguridad, siendo muy peligroso meterse en ellas sin estar seguro o bien protegido.

—Antúnez y Muñoz, desatad y desenclavad al cura del saguaro. Vamos a amortajarlo y llevarlo de vuelta para enterrarlo como Dios manda. No quiero que ese puto buitre se empache con él —ordenó el capitán. Luego, encendió un cigarro y fumó despacio mientras los soldados mencionados descendían y, sin mucho agrado, se acercaban al religioso muerto—. Y daos prisa, que en una hora quiero salir de aquí. Alférez —se dirigió a mí—, adelántese con dos soldados y uno de los exploradores hasta los promontorios de allí. —Señaló con una mano a unas pequeñas elevaciones secas y yermas, coronadas con un par de solitarios cactus y algunos arbustos de mezquite—. No vaya a ser que estos salvajes nos ataquen mientras preparamos el cadáver del padre. Desde allí pueden ver mucho mejor si se acercan. Aguilar, ve tú también.

—Puedo ir sin el cabo…

—Hijo, claro que puede, pero será mejor que Aguilar le acompañe. Huele a los apaches desde una legua. Hasta hace no mucho fue uno de ellos, ¿verdad? —Y Sobarriba se rio con una carcajada seca y poco sonora, que se asemejó por un momento al graznido de un cuervo.

Cuando el capitán llamaba «hijo» a alguien, y en este caso concreto a uno de sus oficiales, en pura verdad, te estaba transmitiendo que no sabías nada de esto y que te fiaras de los que ya habían pasado por la experiencia de enfrentarse a los indios. No había, por tanto, opción a réplica ni a intentar convencerlo de otra cosa que no fuera lo que había ordenado.

Me dispuse a obedecer a mi superior y tiré de las riendas del caballo para dirigirme hacia donde me ordenaba. A mi lado, Arcadio, el segundo indio pima, se colocó silencioso y con la raya de su mirada, fija en aquellas pequeñas elevaciones. Aguilar y dos soldados se situaron detrás de mí. Algo iban diciendo, y seguramente referida a mi bisoñez, porque emitieron un par de risas contenidas.

—¿Algo gracioso que me quiera decir, cabo? —pregunté con un punto de molestia, sin ni siquiera darme la vuelta.

—No era nada —contestó el aludido—. Hablaba con el dragón Díez —añadió.

Me sentó mal que no me respondiera de acuerdo al reglamento. Una cosa era que yo fuera nuevo, y otra bien distinta que no se me guardara el debido respeto. No estaba dispuesto a ello. Quizá, pensé, el veterano soldado me estaba probando.

—¿No era nada? —insistí con ceño. Detuve mi caballo, me giré un poco y le fulminé con la mirada.

El cabo Aguilar entornó los ojos. Probablemente, le sorprendí o sencillamente, no estaba seguro de que no los hubiera oído.

—No, no era nada importante —contestó con desgana.

—No era nada importante…, señor alférez. En lo sucesivo, quiero que me conteste de forma reglamentaria. —Respiré hondo—. ¿Entendido? —continué, alzando levemente la voz.

—Disculpe, señor alférez. No era mi intención molestarle. —Su tono me pareció todavía un poco chulesco y displicente.

No quise continuar. A fin de cuentas, él era un veterano y yo un joven oficial recién llegado al presidio. Y aunque me quemaran las tripas por dentro, mi intuición me decía que no siguiera por el camino del enfrentamiento con mis hombres. Decidí calmarme. Respiré un par de veces, me ajusté el sombrero y miré al frente. hacia las colinas. Aguanté un poco antes de volver a hablar.

—¿Estuvo entonces con los apaches? —Le dije sin mirarle siquiera, intentando relajar la conversación.

No contestó de inmediato. Luego, cuando aminoré el paso de mi montura y él se colocó a mi altura, me miró detenidamente. Quizá me estuviera estudiando, de la misma forma que antes podía haber estado probándome.

—Sí, así es, señor alférez. Estuve casi dos años con ellos. —Me dijo finalmente—. Me secuestraron cuando tenía apenas catorce. Entonces vivíamos en la misión de San Xabier del Bac[15]... Se detuvo sin duda recordando a los suyos, asesinados de forma cruel y miserable por los apaches . Mataron a mis padres y a mi hermana, después de forzarla entre tres de ellos. —Se quedó callado de nuevo durante otro instante. Luego, muy despacio y con la mirada aún en el pasado, continuó—: El capitán y un grupo de dragones del presidio de Santa Cruz y Terrenate nos liberaron a mí y a otros tres españoles, dos muchachas y un chico. De eso hace menos de siete años.

Ahora fui yo quien le miró con curiosidad. Él sonrió con un gesto torcido.

—Los conozco muy bien. Demasiado... —Después, arrugó la frente y entornó la mirada—. A esos salvajes me refiero, señor alférez.

Llegamos al paso a los dos pequeños promontorios y Arcadio, el indio pima, avanzó aun un poco más en dirección a las colinas. Yo, mientras, miraba a través del catalejo extensible, intentando descubrir a alguno de esos indios entre los peñascos que salpicaban las laderas de la elevación más próxima.

—Cabo, ¿cree que nos observan los apaches desde allí? —Señalé con la barbilla y mi mano derecha en dirección a las primeras alturas.

—¿Los ha visto con el catalejo, señor alférez? —preguntó despacio y mirando hacia el cielo mientras se quitaba el sombrero y se sacaba el sudor con un pañuelo.

—No, la verdad que no… Solo se ven peñas y arbustos.

El cabo Aguilar asintió apenas y sonrió levemente de lado. Otra vez con suficiencia y un punto de chulería.

—Entonces, señor alférez, sí nos están observando. —Se calló un instante antes de proseguir—. Nos ven, aunque nosotros a ellos no.

En las primeras elevaciones, oculto entre un peñasco y un grupo de arbustos de mezquite, alguien miraba en efecto a los españoles. Observó cómo algunos de adelantaban, mientras el resto envolvía en una especie de manta al hombre de religión que pocos días atrás se había adentrado en sus tierras intentando convencerles de que sus dioses eran falsos y que solo en el que él creía, era lo verdadero. A su lado, se encontraban dos apaches más, también tumbados y quietos, observando todo.

Los invasores de aquel territorio habían llegado allí queriendo romper su modo de vida. Sus cotos de caza ya no

eran solamente suyos; la tierra de sus antepasados ahora estaba poblada por ellos. Casas, ranchos y animales dóciles, se extendían ahora por donde antes campaban las liebres, los berrendos y los ciervos de grandes orejas[16] o de cola blanca. El presidio de los españoles, y el pueblo que lo rodeaba, habían quitado una parte del cazadero. Justo, el que estaba más cercano al río y a donde los animales iban a beber cada atardecer. Y así, muchas ovejas y vacas habían ocupado su lugar en el tradicional hábitat de sus ancestros, alejando a las presas que ellos, los apaches, los verdaderos y únicos dueños de aquella tierra, solían cazar.

Y esos hombres de religión, frailes, como le había dicho Martín, el chico español que llevaba nueve años con ellos, que pronto estaría casado con una apache, con la que criaría, si los espíritus así lo querían, grandes guerreros.

Aquellos españoles eran sus enemigos. Los comanches, también. Pero estos quedaban más al norte, hacia las montañas y las praderas. Aquí, en las colinas y en el desierto, los soldados de la Corona Española, con sus armas de fuego, eran los enemigos a batir. Y sus caballos, el botín más preciado. Más que las mujeres y los niños.

Eran tres soldados y un pima. Detrás, donde había quedado el cuerpo del hombre de religión, se quedaron más militares. Entonces lo vio. Allí estaba *Pelo atado*. Era el jefe de los españoles. Lo distinguió en cuanto se quitó el sombrero y sus cabellos, agrupados en una coleta, se movieron ligeramente. Algún día conseguiría cortarle la cabellera y exhibirla en el poblado. Miró a los dos apaches tumbados a su lado y que también observaban, y sigilosamente, sin levantar el cuerpo del suelo, se dirigieron todos hacia sus équidos, que ramoneaban unas raquíticas hierbas al lado de una peñas rojizas y redondeadas, siempre fuera del alcance de la vi-

sión de los españoles. Mientras montaba, se prometió de nuevo a sí mismo que un día le arrancaría la cabellera a *Pelo atado*.

Cuando regresábamos, el capitán se situó a mi lado. Yo cabalgaba en silencio, intentando no pensar demasiado y rogando porque la desgarradora imagen del fraile se me fuera de la cabeza lo ante posible.

—Eso que ha visto hoy, alférez, son los apaches.

Yo no contesté. Asentí levemente a mi superior y esperé a que continuara.

—No es el primer fraile que muere, ni tampoco será el último. Se empeñan en no seguir mis consejos y se adentran en tierra hostil, con la esperanza que la cruz les sirva de escudo. Y eso, con los apaches nunca ha funcionado.

Se calló, pero mantuvo el paso de su caballo con el mío.

—Se acostumbrará rápido a esta tierra. Más le vale… porque si no, será muy peligrosa para usted, alférez —remató la lúgubre perspectiva.

—¿Cuántos frailes más han muerto, señor capitán?

—¿Quiere decir torturados como el padre Urroz? —Me preguntó directamente, ahora mirándome a los ojos—. Sí, no es el primero. Hace un mes, encontramos al padre Aquino. Un franciscano joven que, sin hacernos tampoco el menor caso, intentó convencer a las tribus apaches más cercanas. Cuando se cansaron de su sermón, lo cogieron y lo ataron de pies y manos a estacas clavadas en la tierra. Luego, le forzaron con una piedra en la boca para obligarle a mantenerla abierta y así le abandonaron en mitad del desierto, cerca de un enorme hormiguero.

Sobarriba se detuvo en su relato. Me miró como él solía hacer: directo y duro, con esas pupilas aceradas y sin brillo.

—¿Sabe lo que sucede cuando los apaches te atan y te dejan cerca de un enorme hormiguero como al padre Aquino?

Negué con la cabeza, pero en mi mente se iban componiendo imágenes espeluznantes.

—Pues que las hormigas te devoran por dentro. Puedes tardar tres o cuatro días en morir, y me imagino que entre terribles dolores y sufrimientos. Las primeras hormigas te entran por la boca, las narices y las orejas, buscando dónde empezar a morder. Al principio son pocas, pero luego son centenares las que entran y empiezan a comerte desde dentro. Dicen que particularmente son nuestras entrañas y los intestinos los que más les atraen.

—Tuvo que ser atroz —acerté a decir con media voz, imaginándome a miles de hormigas recorriendo mi cuerpo por dentro y mordiéndome en todas partes.

—Sin duda que lo fue —continuó el capitán en tono grave—. Le encontró una patrulla de dragones apenas una semana más tarde de su salida de la misión. Dicen que la expresión de lo que quedaba de la cara, todavía mostraba una mueca de horror. —Me volvió a mirar—. Así son esos salvajes.

Llegamos al presidio por la tarde con el cuerpo del fraile envuelto en una manta y a lomos de una de las monturas. Los dos exploradores, a partir de que encontráramos al franciscano, se turnaron en el caballo de Honorio. Fuimos prácticamente todo el rato al paso, por lo que no fue demasiado cansado.

El capitán, más hablador que la tarde anterior, aprovechó para contarme algunas cosas del presidio y de los colonos. Sobre los asuntos militares, me relacionó a los oficiales y suboficiales, así como sus cometidos y su aptitud a la hora de llevar a los hombres, tanto en momentos de paz, como en operaciones de patrulla o de castigo. No había problemas con ellos. Eran, en general, gente dura, acostumbrada al desierto de Sonora, a la vida en los presidios y, sobre todo y muy importante, veteranos que conocían muy bien a los apaches.

—El hecho de que todos sean gente con experiencia, alférez, le ayudará sin duda. Este territorio es especial. No libramos batallas ni realizamos operaciones de muchos hombres. Aquí funcionamos con pequeños grupos, que pueden cabalgar muchas horas, que conocen el terreno y que, por tanto, podemos realizar muchas patrullas a la vez.

—¿Los apaches son muchos, señor capitán?

Sonrió antes de contestarme.

—No lo sabemos. En verdad —añadió al momento—, nadie lo conoce fehacientemente. Ni ellos mismos… Lo normal es que funcionen como bandas de alrededor de diez a treinta guerreros, todos varones por encima de los dieciséis o diecisiete años de edad. Viven en poblados de unos sesenta a ochenta miembros, contando con mujeres, niños y ancianos, y entre ellos mismos compiten por la caza, la pesca y el robo. Puede que dos de estos grupos se odien tanto que peleen entre ellos. O tal vez no y en ocasiones, se unan para atacarnos. —Se encogió de hombros—. Son unos salvajes muy anárquicos, independientes y orgullosos.

—¿No tienen un jefe, un comandante? —pregunté con un poco de extrañeza.

—En cada poblado suele haber un anciano que hace las veces de líder. Pero no hay que entenderlo como un jefe en el sentido estricto nuestro. Es más bien espiritual o moral. Y nunca militar. El guerrero más fuerte o que mejor monta y dispara el arco y las flechas, suele ser el que dirige la caza, el ataque o el pillaje. Pero como le digo, no tienen una jerarquía militar. Esa es nuestra gran ventaja. —Y me miró sonriendo a medias.

—Entonces, ¿cómo es que son tan peligrosos, señor capitán? Sin un buen general que dirija a los hombres, el combate se convierte en desorden y eso, como usted muy bien sabe, lleva sin duda a la derrota. Siempre. —Apostillé con rotundidad. Era posible que no supiera de apaches, pero sí de táctica militar, disciplina y estrategia.

No me respondió enseguida. Pareció como que pensara la respuesta. Me miró un instante y luego carraspeó ligeramente.

—Ha visto a ese pobre franciscano y la crueldad de los apaches. Añada a eso que conocen muy bien el terreno, que son excelentes jinetes, letales disparando sus flechas, y que nunca se enfrentan en campo abierto…

—Es decir, una guerra de guerrillas…

—Más que una guerra de guerrillas, una guerra de terror. Ya me entenderá…

Yo, en ese momento, no comprendí esa peligrosidad tan acentuada de los apaches. De hecho, pensaba que si robaban ganado era más por descuido de los colonos que por otra cosa. Lo mismo que si había habido algún rapto. Si las niñas y muchachas estuvieran cerca del presidio o de sus padres, aquello no pasaría.

—Es posible que aún con crea en mis palabras. Pero le aseguro que terminará pensando como yo. —Por un momento cavilé mentalmente que entre las virtudes de mi superior estaba la de leer el pensamiento.

La frase del capitán, rematada con una sonrisa parecida a la de los maestros que enseñan a un alumno torpe, me pareció que encerraba un alto concepto de sí mismo. Decidí no pensar más en aquello. El tiempo mi iría enseñando.

—Y para añadir, es necesario que sepa que hay varios grupos de apaches. Los chiricauas[17] y los apaches de San Carlos[18], que son los que viven por aquí; los mescaleros[19], allá por el presidio del Paso, Santa Fe o San Elizario, y más al este, los apaches lipanes[20]. Y cada una de ellas tiene sus respectivas bandas y clanes. Algo complicado al principio, pero se termina dominando. Luego, están los navajos[21], que son parientes y viven algunos en rancherías cerca de las misiones. Aunque sean primos, por así decirlo, es normal que se pelean entre ellos por la caza y los pastos. Como ve, hijo, no es fácil. Pero se irá acostumbrando. —Sonrió de nuevo—. Todos lo hemos hecho —añadió mirándome de nuevo . La única ventaja que sacamos de toda esta disgregación de bandas y clanes, es que entre ellos se odian y se matan por un cazadero… Trabajo que nos ahorran. Finalizó con una escueta sonrisa, mientras se quitaba el sombrero con la mano izquierda, se recolocaba la coleta y volvía a encajárselo en la cabeza.

Capítulo 5

Presidio de Santa Teresa de la Plata.
Virreinato de Nueva España.
20 de junio de 1778.

Como era de esperar, los días que no había patrulla eran bastante tediosos. Algo de entrenamiento con el caballo, la

lanza, el sable, el mosquete o la pistola, y el rutinario día a día con la tropa. En alguna ocasión, los soldados dragones, con la excusa de alguna magulladura por caídas o golpes, mostraban quejas exageradas que buscaban tener días extra sin servicio, y poco más. Pero cuando pasaban por las manos de nuestro galeno, don Tomás Alcázar, más de uno hubiera preferido seguir con las obligaciones de la milicia. No es que fuera mal médico, todo lo contrario. Pero no tenía ningún miramiento a la hora de recomponer fracturas, cauterizar heridas, coser cortes o, simplemente, masajear una zona dolorida. Recuerdo una picadura de serpiente a un jovenzuelo, hijo de un mestizo que trabajaba la plata. Situado entre unas rocas, escondiéndose de su hermana y del grupo de jóvenes que jugaban a escasos pasos de la pared de adobe del presidio, una serpiente de las de cascabel le mordió en el tobillo. Inmediatamente, le llevaron a que don Tomás le hiciera la cura, y lo primero que realizó fue atar con cierta fuerza un pañuelo, un poco más abajo de la rodilla del muchacho, pero sin que actuara como un torniquete. Con eso pretendía ralentizar el flujo sanguíneo, pero no detenerlo completamente.

—¿Hace cuánto ha sido la mordedura? —preguntó con su hosquedad habitual al resto de muchachos que enseguida habían traído a su amigo.

—Muy poco. Estábamos jugando donde los tres saguaros —dijo el más alto y que parecía de mayor edad—. Al lado de la puerta de las cuadras del presidio.

—¿Cuánto, joder? —insistió Alcázar, observando con atención los dos puntos en donde la serpiente había mordido al chico.

—No sé, menos de dos o tres minutos… —continuó el muchacho que había contestado antes al médico—. Hemos

venido corriendo.

—¿Este también ha venido corriendo? —Señaló con la cabeza al herido mientras buscaba algo en un cajón.

—Sí. Todos hemos venido enseguida.

—Mal hecho. Teníais que haberle traído a la espalda. Si ha corrido mucho, el corazón bombea más sangre. Os lo hemos dicho muchas veces… Pero no hacéis caso de nada, ¡joder!

Alcázar se echó hacia atrás el pelo, lacio y grasiento, que le colgaba de la frente y pensó durante un instante. El niño estaba sentado, para que la pierna permaneciera por debajo del corazón. Con cara de espanto y un miedo atroz en la mirada, vio como el galeno preparaba un cuchillo que tenía pinta de estar muy afilado.

—Sujetadle con fuerza. Pero con fuerza de verdad… No puede moverse.

Tras calcular un momento, sin encomendase a Dios ni al diablo, y ni siquiera avisar al niño de lo que iba a hacer, trazó con el cuchillo un corte horizontal un poco más de una cuarta más arriba de los dos puntos que marcaban la entrada de los colmillos de la serpiente. Luego, succionó con fuerza por ahí y escupió varias veces la sangre del muchacho. Así estuvo, al menos tres o cuatro minutos.

—No creo que le quede mucho veneno dentro. Tú —se dirigió al muchacho que estaba más cerca de la puerta—, ve y trae a Antonio. Mientras tanto —buscó en un armario, sacando un tarro de barro de boca estrecha y tapado con un corcho—, tómate esto. No sabe bien, pero te curará.

Lo que le ofrecía era una bebida espesa que preparaba el curandero pima, hecha a base de ciertas hierbas y semillas, que sanaba o reducía de forma efectiva los efectos del

veneno de las mordeduras de las serpientes de cascabel[22]. Era curioso que nuestro galeno se llevara bien con el curandero de los indios pimas y que no rivalizaran en temas de salud. Aunque lo que quizá les unía en verdad, era la bebida del mescal que ambos compartían con generosidad.

Pero quitando cuestiones como esta que, aunque fueran preocupantes, hacían que la existencia en el presidio fuera más llevadera y agitada. Por eso, recibí con agrado la orden del teniente Paones acerca de salir hacia la misión de San Javier de Tortolitas y visitar al sacerdote Antonio Carvajal, tras la muerte de su compañero el padre Urroz. Formamos la comitiva a la referida misión, cinco dragones y yo. Distaba apenas media legua del presidio, y se alzaba justo al lado de un poblado de indios pápagos. Constituíamos el grupo, el cabo Aguilar, a quien sospecho que el capitán había obligado a acompañarme en todas mis salidas, no fuera a meter la pata, y los dragones Cordero, Berruezo, Valdivia y Valcárcel.

Nuestra relación con los franciscanos de las misiones era buena, aunque en el presidio, nuestro capellán, el padre Miguel, nos decía que el verdadero esfuerzo era vivir con pecadores y no con indios mansos que obedecen a todo lo que se les dijera. Sospecho que entre ambos frailes la relación, sin ser mala, no era todo lo buena que cabría esperar.

Había quién decía que el padre Miguel había fracasado intentando evangelizar a los indios seris allá en el presidio de Altar, y que, finalmente, su orden le había concedido la capellanía de nuestro presidio. Lo cierto era que su carácter no parecía el más apropiado para evangelizar; se suponía que la paciencia, el espíritu de sacrificio, el esfuerzo y la convicción, eran los principales rasgos a la hora de acometer la conversión de los pieles rojas. Y, ciertamente, el padre Mi-

guel era áspero en el trato, tajante en las observaciones, poco dispuesto a soportar a críos, mujeres lloronas, colonos quejicas y condiciones no demasiado cómodas. En cambio, el padre Antonio, al que yo aún no conocía, tenía fama de hombre cumplidor, austero, de firme voluntad, muy sacrificado y ajeno a dolores, fiebres y enfermedades.

—¿Nos vamos, señor alférez? —preguntó el cabo Aguilar, ya dispuesto, subido en el caballo y con el resto de dragones ya en formación y preparados para partir.

—Sí, cabo. Nos vamos… Dé la orden —le contesté, colocando mi pie en el estribo y aupándome a mi montura.

El capitán nos miraba desde la puerta de su despacho. A su lado, el sargento armero charlaba con él.

—¡Dragones, marchen! —La voz del cabo Aguilar se escuchó potente en el presidio. Los caballos de mis hombres salieron al paso y yo, antes de incorporarme a la pequeña columna, me acerqué hasta donde estaba el capitán y el sargento Unzurrunzaga.

—Señor capitán, salimos ya a la misión de San Javier. ¿Alguna orden más?

—No, alférez. Salude al padre Antonio de nuestra parte y recuérdele que me debe una arroba de tomates. Los de la huerta de la misión son los mejores de la zona. ¿Verdad, sargento?

—Sin duda, señor. Son extraordinarios. No sé qué cojones les da ese cura para que salgan tan buenos. Lo mismo les riega con agua bendita… ¿No cree, capitán? —El suboficial se palmeaba la tripa, algo prominente ya, mientras reía con verdadera franqueza.

—Eso debe ser, o algún tipo de milagro. En fin, alférez, nada más. Vayan con Dios. —Se despidió Sobarriba. Yo,

saludándole con la marcialidad debida, me incorporé con un ligero trote a la pequeña columna que ya salía en ese momento por el doble portón de madera del presidio.

Hacía una buena mañana. El sol brillaba, pero como era temprano, no calentaba aún en exceso. Mientras pasábamos entre las casas de los colonos vimos a las mujeres barrer las puertas y terrazas, a los niños empezar a prepararse para ir a la escuela con el padre Miguel, y a los hombres disponiéndose para sus labores diarias. La mayoría nos saludó con alegría. En Santa Teresa de la Plata las cosas marchaban razonablemente bien, y salvo la muerte del padre Urroz, noticia que corrió como la pólvora negra ardiendo, entre todos los habitantes, la vida se presentaba placentera y tranquila.

Capítulo 6

Ciudad de Arizpe.
Virreinato de Nueva España.
22 de junio de 1778.

—Esto es indignante. El ridículo que he hecho es inmenso. Y sinceramente, a nadie le gusta hacerlo. Y menos a mí. —Javier Ceballos, responsable de Pagaduría Real de la Intendencia de Arizpe[23] estaba realmente enfadado.

Rafael Pacheco, el padrastro de Isabel Aláiz permanecía mudo esperando que el enfado de su amigo fuera decayendo. Pero llevaba casi una hora y más que aminorar, la sensación era que aumentaba incluso. Habían intentado agasajarle al máximo con una excelente comida, bebidas dignas de un príncipe y una contundente sesión de adulación desmedida. No había dado resultado y nada indicaba que lo fuera a hacer.

—Así no llegaremos a ningún acuerdo, Rafael. Hicimos un trato y yo he cumplido. Se calló por un instante antes de continuar : mi carrera no puede permitirse un ridículo así. Seré el hazmerreír de todos los que desean mi caída y desgracia. Respiró colocando un pronunciado ceño . No puedo permitir que eso suceda. Finalizó con evidentes muestras de enfado, que lejos de amainar, parecía incluso crecer.

—No puedo doblegar la voluntad de Isabel, compréndelo…

—No, perdóname. Tú me dijiste que no habría problema, y yo, inocente de mí, lo anuncié a mis amistades. Bien

es cierto que fue a las más cercanas e íntimas y no a bombo y platillo... Solo hubiera faltado eso. —Ceballos bebió un sorbo del excelente brandy jerezano que le había servido su amigo . Pero la noticia se ha extendido ya... Lo suficiente como para que ya sea imposible echarse atrás.

—Sé que te lo dije... Pero esta mujer es muy rebelde. Si fuera mi hija... —Siseó con impotencia—. No dudes ni por un momento que ahora estaríais camino del altar. Pero no lo es...

—Hija o hijastra..., tú —mientras detenía su discurso un corto instante, Ceballos le señaló con el índice de su mano derecha— me lo dejaste fácil, claro y prácticamente hecho. Ahora me encuentro con que tengo que dar unas explicaciones que, para un hombre de mi posición, es tremendamente engorroso y violento.

Era cierto que Rafael Pacheco le había ofrecido la mano de su hijastra y que, en un error de medida, había prácticamente asegurado que ella aceptaría sin rechistar lo más mínimo. A fin de cuentas, era un hombre no demasiado mayor, viudo, sin hijos, y un funcionario de cierto recorrido en la administración del gobernador. Isabel, además, se llevaba un marido que la agasajaría en extremo, la cuidaría y la introduciría —aún más— en la más alta sociedad del Virreinato de Nueva España. Pero no solo estaba en juego eso. Para él que también tenía su parte del negocio en juego tenía previstos jugosos contratos con el Ejército y la Hacienda española. No, no podía dejar pasar esta oportunidad. Y más desde que los dos hijos de su esposa, cada día más ida y alejada del mundo y de la realidad, se empeñaban en dominar la herencia de su padre, sin que su madre, impedida a todas luces, pudiera ejercer el más mínimo poder. El hijo mayor, un año antes, y adelantándose a Rafael, había acudido al

notario real para que certificara que su madre era totalmente incapaz. De esa forma, aseguraban la herencia que quedaba y que todavía no había dilapidado don Rafael Pacheco con negocios absurdos y en gastos sin medida.

—¿Qué puedo hacer para que sigamos siendo... socios, Javier? —El padrastro de Isabel se aventuró a decir esa palabra, a pesar de que podía molestar a aquel hombre orgulloso y pagado de sí mismo hasta la extenuación.

Tardó en responder el aludido. Se quedo mirando primero a la copa de buen brandy de Jerez casi vacía de su mano derecha. Luego, desvió la mirada hacia el techo y, finalmente, la clavó con fijeza en los ojos de Rafael Pacheco.

—Consigue que vuelva y que se case conmigo. Si no... —Pareció pensarse la respuesta antes de añadir con lentitud—, nuestro acuerdo no se llevará a cabo. A fin de cuentas, es tu familia la que me ha dejado plantado. Comprenderás que en estas circunstancias no quiera tener muchos tratos con ella.

Pacheco asintió con la cabeza en amargo silencio. Sí, muy posiblemente no quedaba otra opción. Se tocó la calva, brillante del sudor que la empezaba a perlar, fruto del nerviosismo de la situación. Sus ojos, pequeños, escrutadores y muy vivos, mantuvieron la mirada de Javier Ceballos. Se acarició la barba con la mano izquierda, apuró su copa también de buen brandy español , de un último trago y respiró con profundidad.

—Dalo por hecho. Traeré aquí a Isabel. No sé aún cómo, pero lo haré.

—Creo que te puedo ayudar en ese aspecto. —Y la sonrisa de Ceballos se fue tensando como la de un coyote cuando ve a su presa indefensa.

—¿Me puedes ayudar? Pacheco abrió mucho los ojos . ¿A qué te refieres con eso? —insistió.

Conozco a alguien que te puede poner en contacto con un tipo que se ocupa de… ciertos encargos.

No me refería a eso. Yo puedo hacer todo lo que pueda por traer de vuelta a Isabel, pero no me quiero meter en nada ilegal… La verdad, no creo que sea necesario.

¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Vas a convencerla por las buenas…? Ceballos negó levemente con la cabeza . Permíteme que te diga que, o tu hijastra escarmienta, o lo volverá a hacer. Y eso, a mí no me conviene. Nada en absoluto apostilló serio y con el ceño fruncido.

¿Y qué sugieres entonces? No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Javier Ceballos era un hombre con fama de duro y cruel.

Sugiero que hables con alguien que se encargue de hacerlo. No te manches tú con estos temas… Siempre hay quien esté dispuesto por algo de dinero.

Si en vez de hijastra, hubiera sido su hija, jamás hubiera permitido que un tipo como Ceballos le hubiera puesto la vista encima. Pero no era el caso. Y luego estaban los jugosos negocios y contratos que aquel hombre podía proporcionarle. Sumado a esto, porque no era solamente el hecho que la boda de Isabel que aquel individuo le iba a granjear un buen beneficio, sino que le interesaba sacar a la hija de la casa familiar. Con el hijo ya fuera y ocupado de los negocios paternos que quedaban con cierta salud, solo Isabel se interponía entre él y la impedida y ausente madre. Si ella se iba, aquella casa, las joyas de la mujer y todo lo que ella aún tuviera, terminaría siendo suyo. Sin duda.

Muy bien. Lo haremos a tu manera. Pero los dos. Esto es una cosa en común contestó finalmente Pacheco con determinación . Y si finalmente, sale como deseamos hizo una pequeña pausa , entiendo que nuestro acuerdo queda intacto. ¿Es así, Javier? Quiso recalcarlo, pues su interlocutor no era precisamente un hombre sosegado, de los que una vez que ha dado su palabra, esta es inamovible.

Su carácter era voluble, caprichoso e irascible. Por eso mismo, Pacheco entendía que debía dejarlo lo más claro posible.

Sí. Tardó algo en responder al aludido. A ese monosílabo añadió después : Si el matrimonio con Isabel se formaliza, nuestro acuerdo sigue en pie. Con todas las consecuencias.

Rafael Pacheco elevó la copa en señal de brindis y sorbió después un ligero trago. Ceballos, le imitó, pero seguía parco en sonrisas y amabilidades. No era cuestión de que su próximo socio pensara que todo estaba ya hecho. No. Lo primero era la boda; luego, los negocios.

Amancio Silva se secó la frente con el pañuelo que llevaba en el bolsillo. Tras ello, se quitó el sudor de la reluciente calva y de la cara. La barba de varios días le devolvió un sonido como el de la lija. Se frotó los ojos, pequeños y oscuros como un pozo sin agua. Luego, estiró la espalda y colocó sus encallecidas manos en los riñones que se estiraron con un leve dolor, aunque placentero. Se iba haciendo viejo, pensó, mientras volvía a secarse la frente; ya tenía suficientes años como para andar revolviendo las aguas con el cedazo y aventando piedras con una lona, para separar el oro y la plata de la tierra y del resto de impurezas. En cuanto encontrara esa veta que le haría rico, lo dejaría y se compraría una bonita casa o

construiría una granja de caballos y de vacas. Sí, eso era mucho más descansado que destripar la tierra todos los días.

Hasta ayer había estado acompañado por dos indios ópatas[24], pero le habían dejado esa noche llevándose una mula y un pequeño saco con una parte —muy pequeña— del trabajo de los últimos diez días. Si los encontraba, por sus muertos que se iban a enterar. No era un hombre que se anduviera con muchos remilgos a la hora de zanjar cuentas pendientes. Él no era una persona amable; lo sabía, pero eso no significaba que por un par de patadas y unos insultos podían dejarle plantado en medio de aquel secarral con un sol de justicia. Al menos, había salvado la gran parte del fruto de su trabajo. Los ópatas, la verdad sea dicha, no eran muy listos, pensó. Podían haberlo matado y robado todo, pero eran cristianos, bautizados por el franciscano de la misión hacía menos de dos años. Y cuando la nueva fe es reciente, se es más estricto con sus mandamientos.

Aunque lo verdaderamente cierto era que los dos pieles rojas, no sabían en dónde guardaba el minero la gran parte de la plata sacada de la tierra. De hecho, Amancio Silva se había encargado de ello; principalmente, debido a su desconfianza, pero también a su proverbial avaricia. Nunca pensó en pagarles el porcentaje convenido y desde el primer momento, les hurtó el conocimiento de lo que verdaderamente habían ido obteniendo. Por ello, había escondido y enterrado en pequeñas bolsas, la mayor parte de las planchas y bolas de plata[25]. Un pequeño mapa, hecho por él mismo, y del que jamás se desprendía, marcaba el lugar donde estaban situadas. En otro, más pequeño, porque no había tenido mucha suerte aún, guardaba algunas pequeñas pepitas de oro sacadas del lecho del río San Pedro en el que ahora estaba. Pero ese se encontraba en el bolsillo de su pantalón y nunca sal-

dría de allí hasta llegar al presidio de Santa Teresa de la Plata. Allí calcularía con exactitud el peso y, con suerte, en menos de un par de semanas, estaría en Arizpe o en el presidio, al que solía acercarse a medir y pesar , vendiéndolas a Lorenzo Abad, sin duda el mejor platero de la zona.

Sonrió satisfecho ante semejante perspectiva y lanzó después un escupitajo denso y espeso. Necesitaba beber un par de tragos de agua. Mientras se dirigía a su caballo, que pastaba unas duras hierbas a la sombra de un mezquite, se acordó de las palabras de su amigo Mariano acerca de los indios: «Son todos unos cabrones. El mejor indio es el que está lejos de ti… O muerto. La mayoría son unos vagos y unos ladrones.»

Sí. Era posible que Anselmo tuviera razón. Aunque él, bien que se lo pasaba con un par de indias jóvenes que tenía como sirvientas en el rancho que regentaba cerca del presidio de Altar. Eran tiernas, sumisas, de pelo negro y talle estrecho. Buenas hembras para pasar un tiempo con ellas. Un día, él haría lo mismo, se prometió a sí mismo, tocándose la entrepierna y sonriendo torcido pensando en la piel rojiza y suave de aquellas indígenas. Escupió otra vez en el suelo y se abanicó con el chambergo. Fue a su caballo y bebió un par de largos tragos de agua del odre que colgaba de la silla de montar. En unos minutos, volvería a sentir el aplastante calor que ese día hacía. Miró al cielo y vio el sol muy alto. Lo mejor sería parar, refrescarse un poco en el río, llenar bien el odre, darse un descanso y luego, continuar la interminable labor.

El San Pedro corría lento y despacio, con apenas tres cuartas de agua en su cauce. Metió el sombrero y tras mojarlo a conciencia, se lo puso de nuevo en la cabeza. Así,

sintió la frescura del líquido elemento bajándole por la espalda y el pecho.

Hoy llevaba unas un par de pepitas de oro y estaba bastante satisfecho. Ya no se recogían las cantidades de hacía unos años, pero seguía siendo rentable para un minero como él. Estiró de nuevo la espalda y respiró profundamente. Decidió que, tras comer un poco de cecina, descansaría en la misma sombra en la que su caballo pastaba. Sí, no le vendría mal una buena siesta.

Se tumbó con lentitud mientras mordía con parsimonia y un punto de aburrimiento, la carne seca que había cogido un momento antes de la alforja de su équido. Se recostó en una roca, y siguió masticando con calma. Al alcance de su mano, tenía un pequeño odre de vino peleón y avinagrado por las horas de cabalgada y de sol a lomos de su montura. Pero era lo que había. Eso, o agua, y mientras tuviera vino, prefería esto último.

Un poco más, y volvería a Arizpe con la plata encontrada. Luego, con suerte, pensó bajándose el ala del sombrero hacia los ojos, vendría la compra de la casa, la cría de ganado y el gozar con las indias jóvenes. Sí, le quedaban poco para entregar el metal de color blanco. Eso, con seguridad, le iba a granjear una larga temporada de tranquilidad y de buena vida.

Alain Moreau se bajó del caballo y entró en la taberna. Sus andares —lentos y contundentes— eran las de un tipo seguro de sí mismo, con una media sonrisa y la mirada confiada. Al pisar el suelo de madera del local, sus espuelas marcaban un leve tintineo que coincidía con el sonido del tacón de sus botas camperas. Acababa de cerrar un trato de la venta de unos

caballos —robados a los apaches— a un ganadero de Arizpe. Buenos pesos ganados de forma muy fácil.

Cuatro hombres más componían su banda interracial. Un indio coyote, con varias mezclas de ópata y español; otro indio, también ópata, huido de una de las misiones donde dejó esposa y cuatro hijos; un mulato, que se decía había salido de una de las trece colonias británicas del este con la soga al cuello por un asesinato, pero que en verdad había nacido en Cuba. Lo de la soga, en cambio, sí era cierto. El restante, era un español natural de la ciudad de Horcasitas, de madre puta y padre desconocido, y que desde los quince años se había dedicado al robo y a vivir de lo ajeno. Él, Moreau, había nacido en la Nouvelle-Orléans francesa, de donde también tuvo que salir a uña de caballo tras haber matado a un hombre por una disputa de juego en una de las tabernas del centro de la ciudad. Dicen que allí estuvo amancebado con una de las prostitutas más caras y lujosas, y que sacó buenos réditos de ella. Y también contaban que un día la francesa desapareció, junto con todo su dinero y sus joyas. Nunca más se la vio. Pero todo aquello sucedió cuando usaba su verdadero nombre y en una época que ya apenas quería recordar.

—Ponme un vino, Tomás... Pero de los buenos, no de esos que les pones a los idiotas que se dejan caer por aquí. —A Tomás no le gustaba nada Moreau. Aunque era cierto que le granjeaba algunos beneficios. Por supuesto que sabía de sobra a qué se dedicaba, pero prefería hacerse el tonto. Si era sincero, la verdadera razón por la que le permitía todo no era eso. O al menos, no lo más importante, pues le debía un par de favores de esos que no se pagan con una invitación a comer. Cuando alguien se preocupa de que el que te molesta no lo vuelva a hacer en la vida, la gratitud se mezcla con el

miedo. Un miedo a que un día seas tú el que molesta a alguien y que entonces seas tú a quien decidan quitarte de en medio para siempre.

El tabernero, pequeño, flaco y con cara avinagrada, cogió una botella de un vino un poco más escondido que el resto, y le sirvió al francés. Luego, se apartó un mechón de pelo grasiento y negro que le caía por la frente. Si apenas sonreía en su vida normal, prácticamente nunca delante de Moreau. No fuera a malentenderlo.

—No sé si habéis pensado en el mercado de Taos[26] —le preguntó en un susurro mientras cogía un saquete de monedas que le dio disimuladamente Alain.

El francés no contestó. No solía hacerlo con los que él consideraba inferiores Y el tabernero era uno de ellos porque le tenía por poca cosa, débil de carácter, miedoso y con infinidad de escrúpulos. Una mezcla que casi le producía urticaria. Cogió el vaso de vino y le dio un pequeño sorbo.

—Si esto es lo mejor que tienes… Te queda poco para cerrar. —Chasqueó la lengua en señal de desagrado—. Escúchame bien. —Acercó la cara al tabernero y le miró directamente a los ojos—. Cuando venga por aquí quiero buen vino. O buen coñac, mescal, jerez español, o… Lo que se me antoje. Pero bueno de verdad, ¿entendido? —Se lo dijo suave, incluso bajando la voz. Y cuando hacía eso, Alain Moreau era peligroso. Mucho. Volvió a dar un sorbo al vaso de vino. Cuando terminó, sin apartar la vista de Tomás Villar, y arrugando la cara en señal de no estar convencido de la propuesta, precisó—: Taos… Eso queda encima de Santa Fe… Demasiado lejos.

El tabernero carraspeó y dudó si debía continuar. Se decidió a hacerlo, no fuera a ser que el maldito francés estu-

viera esperando alguna sugerencia.

—Allí no se os conoce y sería más fácil la venta de ganado… O de plata.

Moreau se quedó un momento pensativo y observando con detenimiento al mequetrefe de Tomás. Plata. Aquello sí le sonó como un buen negocio. Asintió levemente y entornó un poco su ojo derecho. Pero lo que no le apetecía nada de nada era ser minero, que era terriblemente cansado y con pocas esperanzas de enriquecerse. Eso quedaba para los destripaterrones de los españoles o los indios, quienes tenían la esperanza de remover tierra con sus picos, palas y cedazos para encontrar una veta que les hiciera ricos. No, el negocio que él veía era quitársela a uno de estos y luego, venderla al mejor postor. Y ahí Taos o cualquier otro lugar sí podía ser una opción válida.

—Ya sabes… Si me dices de alguien que tenga una buena cantidad, tendrías tu parte. —como buen francés, arrastraba las erres y dejaba un deje gutural en cada frase—. Como en todos los negocios que hacemos —añadió después, encogiéndose de hombros y encendiendo un cigarro—. Pero eso solo si puedo beber aquí cosas mejores que este asqueroso brebaje… Soy de morro fino, ¿me entiendes?

Expelió el humo casi al rostro del español y sonrió con lentitud. Moreau podía parecer a simple vista por un buen tipo, pero no lo era en absoluto. De cara muy normal, de esas que pasarían desapercibidas para casi todo el mundo. Ojos grises y lobunos, cabello flácido y más bien pajizo. Poca barba, de pelo también rubio y piel clara, que, aunque expuesta al sol, nunca pasaba de tomar un ligero color. No destacaba por su físico. No era alto, ni tampoco corpulento. Tampoco flaco ni desgarbado. Pero en lo que sí sobresalía, era en su trabajo. Se trataba de un tipo cruel y hasta sangui-

nario. Cuatrero, ladrón y asesino por encargo, sin que la conciencia le oprimiera absolutamente nada. No, en definitiva, no era un buen tipo.

El gabacho se quedó mirando durante un largo instante al tabernero.

—Si me has hablado de plata, es porque sabes de algo o de alguien. Espero que lo compartas conmigo… y dividamos ganancias. Como siempre… Si no lo haces, me sentiré traicionado. Como una de esas putas a las que su cliente habitual abandona por una más joven. —Se acercó de nuevo con una sonrisa de reptil—. Y eso no me gusta. Nada de nada. —Chasqueó la lengua, quitó la sonrisa y apuró el vaso de vino. Luego, se limpió con el dorso de la mano, dándose la vuelta dispuesto a salir de la taberna. En ningún momento hizo el más mínimo además de pagar y Tomás tampoco se lo recordó.

Tomás Villar tragó saliva ruidosamente. Tenía que haberse callado y no decirle nada de la plata. Ahora, Moreau estaría esperando que él le dijera algo. Y cuando a este bandido se le metía entre ceja y ceja «un negocio», como él decía, solía haber algún muerto que terminaba enterrado en el desierto. No quería ser él. A fin de cuentas, no había llegado hasta allí desde su Soria natal para terminar de abono de un saguaro cualquiera.

Volveré luego, y me contarás esa idea de la plata… dijo desde el quicio de la puerta el francés.

Capítulo 7

Misión de San Javier de Tortolitas, a media legua del presidio de Santa Teresa de la Plata.
Virreinato de Nueva España.
26 de junio de 1778.

Hacía un buen día y la columna de soldados españoles habíamos ido al paso todo el camino. Cuando llegamos a las puertas de la misión, varios niños ópatas se adelantaron para vernos de cerca. Los soldados, sus monturas y las armas, tanto las blancas como las de fuego, siempre llamaban la atención de los más pequeños.

Tras desmontar, salió en ese momento el padre Antonio a recibirnos. Venía sudoroso y restregándose las manos en un desgastado mandil. Todo indicaba que había estado en la huerta trabajando.

—Buenos días, padre. Soy el alférez Barrena. —Le ofrecí mi diestra, después de quitarme los guantes que seguía usando para protegerme las manos del continuo roce de las bridas al cabalgar.

—Buenos días nos dé Dios, hijo. No lo conocía, oficial… ¿Es nuevo en el presidio? —me contestó con amplia sonrisa, aceptando mi extremidad superior y estrechándola con fuerza.

—Sí, padre, llevo aquí pocos días.

—Pasen. Les podemos ofrecer algo de fruta y agua. Ya sabe que esta misión es pobre…

—No hace falta que me excuse, padre. Algo de agua será más que suficiente. Los soldados acamparán en una sombra y tenemos nuestra carne seca y pan para comer.

—No, oficial, de ninguna manera —negó enérgicamente acompañándose con la cabeza—. Usted y sus hombres comerán con nosotros. En nuestra mesa.

—No es necesario…

—Insisto, alférez. Si el capitán no le ha dicho que soy muy cabezón, ya se lo adelanto yo. No me hará cambiar de idea. —El padre Antonio sonrió bonachón. Un par de pelos rebeldes, de los ya escasos que tenía en la cabeza, se levantaron con una ligera ráfaga de viento.

Me fijé que tenía los ojos acuosos, marrones, como los del más común de los mortales y una cara afilada de nariz y barbilla prominentes. Era delgado como un palo seco, con manos huesudas y de dedos largos. Tenía la barba de varios días y el hábito tenía algunas manchas ya veteranas y restos de tierra; seguramente, del huerto que trabajaba. Movía las manos me recordaron a sarmientos en invierno con energía y miraba con atención cuando escuchaba.

—Cabo, ordene desmontar a los hombres y que dejen los caballos a la sombra ordené a Aguilar.

—Manuel los acompañará —dijo el franciscano, acariciando el cabello negrísimo de un niño indio de unos diez o doce años—. ¿Verdad que sí? —Se lo alborotó un poco.

—Claro, padre. —El chiquillo salió casi corriendo hacia donde estaban los dragones desmontando y les indicó dónde se encontraban las caballerizas.

—Es un muchacho apache. Está al cuidado de un matrimonio de indios ópatas. Es un buen chico —me dijo, sonriendo, aquel hombre de Dios.

—¿Tiene aquí más apaches?

—Uno más. Ese es mayor y aunque no es mal muchacho, tiene otro carácter. Más díscolo, más orgulloso… me contestó con un deje preocupado.

—Más apache en suma, ¿no? —apostillé sin dudarlo.

—Sí, en efecto, alférez… Usted lo ha dicho muy bien: más apache. Está también con una viuda ópata que hace lo que puede. Tengo esperanza en que al final terminemos haciendo de él un hombre de provecho.

—¿Cómo llegaron aquí? —pregunté interesado, mirando al niño, que ya se encaminaba llevando de la brida el caballo del cabo Aguilar.

—Lo típico. Los apaches raptaron a un par de muchachos, los soldados al mando del capitán les persiguieron hasta su ranchería… —Se encogió de hombros, pero al ver que yo no respondía, se me quedó mirando con curiosidad antes de proseguir—: Usted lleva poco tiempo aquí, ¿verdad?

—Ya le he dicho que soy prácticamente nuevo.

El sacerdote asentía mientras me observaba. En sus ojos no había alegría.

—Los apaches son muy difíciles. Gente brava, muy silvestre. Apegada a su tierra, a sus costumbres… Es muy difícil cristianizarlos. Ya sabe lo del padre Urroz… —Me miró un instante. Luego, dirigió la vista a las estribaciones de las montañas de las Tortolitas que se alzaban a muy pocas leguas de allí. Se quedó callado. Seguramente recordando a su compañero de orden religiosa.

—Los soldados sorprendieron a los apaches en su ranchería… Hubo disparos, muertos… Y no encontraron a los chicos españoles que habían raptado. —Volvió a quedarse en silencio. Después, hinchó el pecho, extendió los brazos y

abriendo los ojos, a la vez que encogía los hombros, continuó explicando—: En fin..., que los soldados trajeron a estos dos muchachos y a una niña.

No quise preguntar por sus padres. Pero me imaginaba que habían caído en la refriega, por los sables o lanzas de nuestros dragones. Era difícil de explicar. No éramos asesinos, ni matábamos mujeres o niños. Pero, aunque fuera complicado de entender, había veces que la furia se desataba sin control. No era tampoco el primer caso de un soldado o de un colono, que se unía al grupo de búsqueda para tomarse la justicia por su mano. Bastantes muchachas españolas habían sido raptadas y, según se decía, convertidas en esclavas de los apaches. Y cuando se decía esto, había que tener claro que aquellas pobres niñas eran violadas o sometidas a siniestras vejaciones por sus raptores. No, no estaba de acuerdo en matar niños, niñas, mujeres o ancianos, pero la sed de venganza cuando has perdido un hijo o una hija a manos de los apaches, era, seguramente, muy complicada de dominar. No quise continuar con ese siniestro pensamiento y seguí al fraile, que se encaminaba hacia la huerta para enseñarme las acequias de riego y los frutales y sembrados que habían conseguido hacer crecer.

—Tenemos las sacas del correo y varios documentos del capitán —le dije al padre Antonio, uniéndome a él.

—Muy bien, alférez. Más tarde podremos verlo, si quiere. ¿Le han dicho que nuestros tomates son excepcionales? —Me sonrió.

—Algo me han informado el sargento Unzurrunzaga y el capitán Sobarriba —le contesté con cortesía—. Hay quien dice que les riega con agua bendita y que son los mejores de toda Nueva España.

—Una parte de eso es verdad. —El eclesiástico siguió sonriendo—. Me refiero a la de que son los mejores de esta parte de nuestra querida España —puntualizó enseguida —. Lo del agua bendita, no es cierto, pero es una opción a considerar. Sonrió bonachón.

—Lo suponía, padre. Nunca creí que les regara con las aguas para el bautismo de los mortales… —Aunque no había quitado la sonrisa en su explicación, no quise que entendiera que podía ser irrespetuoso con la religión católica. Al contrario, yo soy creyente y eso ha sido el freno que me ha hecho no cometer en mi vida atrocidades ni salvajadas.

—Pero sin querer pecar de soberbia, Dios me libre, tengo que admitir, que esos tomates son de lo mejor de esta misión, con todos mis respetos al Santo Padre y a sus hijos que aquí viven.

En ese momento, justo cuando alcanzábamos el vallado de palos de madera de la huerta, y el franciscano me ofrecía el paso, la vi por primera vez. Mi corazón entonces tocó a rebato. A pesar del brillo del sudor en su piel y del pelo ligeramente alborotado por el trabajo en la huerta, la contemplé embobado como la preciosidad que era. Juro que sentí que mi corazón se paraba durante unos segundos.

Me acerqué con toda la caballerosidad y la educación que mis padres me habían regalado, y así me presenté.

Buenos días, señorita. Mi nombre es Alonso de Barrena, alférez del Ejército de su Majestad el Rey Carlos Tercero.

Buenos días, alférez. Me sonrió dejando ver unos dientes blancos, perfectos.

Me fijé en sus ojos. Del color de la miel; rasgados, penetrantes. Preciosos, en suma. Tenía el pelo recogido en

una larga trenza y era del color del azabache. Negro y brillante. Un sombrero de buena piel trabajada la protegía del sol. El barboquejo, del mismo tono, le colgaba más abajo de la barbilla.

Durante unos segundos me quedé callado, mirando aquella belleza que ni por lo más remoto esperaba encontrarme allí, en la frontera norte del inmenso Virreinato de Nueva España.

Ella sonrió otra vez y se quitó el sombrero. Se abanicó con él y con los labios extendidos, dejando ver esa magnífica fila de perlados dientes, me miró divertida.

¿Le pasa algo, alférez? Me preguntó, colocándose de nuevo el sombrero y dejando aquellos ojos en su sombra protectora . Se ha quedado como un pasmarote continuó con la misma sonrisa.

Lo siento, señora… —logré articular con manifiesta torpeza.

Señorita. Isabel Aláiz. Me tendió una delicada mano que yo besé con la mejor de mis reverencias.

Encantado…, señorita Isabel dije más relajado, intentando mostrar la más encantadora de mis sonrisas. Todo ello mientras me estiraba y deseaba que mi uniforme y mi cuera estuvieran lo más presentables posible.

A pesar de vestir con ropas cómodas, casi de faena, Isabel tenía una belleza literalmente arrebatadora. No eran solo sus inmaculados dientes encajados en su perfecta sonrisa. Ni sus ojos almendrados y turbadores. Toda ella destilaba elegancia y apostura. Me la imaginé vestida como una dama, y mi cabeza empezó a revolucionarse de ensoñaciones e imágenes románticas, muy evocadoras.

Y sí, debo confesar que aquel inesperado encuentro con Isabel provocó que mi vida en aquellas tierras tomara un giro inesperado. Y definitivo. De pronto, todo lo vi agradable. El sol y el calor se mostraban más amables, el paisaje menos árido y la rutinaria vida castrense en el presidio, súbitamente pasó a ser algo infinitamente más deseable.

Por alguna razón muy posiblemente, para no volver a defraudarlos, pensé en mis padres. Me vi presentándolos a Isabel y así, la entrañable escena se me hizo muy fácil y cómoda.

Ella seguía mirándome, con esa sonrisa burlona, esperando alguna reacción mía. Miré al padre Antonio y carraspeé algo azorado.

Padre, mis hombres y yo aceptamos encantados esa comida a la que nos invitaba. Luego, miré fijamente a Isabel. ¿Nos acompañará, no es así?

Capítulo 8

Ciudad de Arizpe.
Virreinato de Nueva España.
28 de junio de 1778.

Javier Ceballos terminó de abotonarse la camisa de manga larga. Se incorporó de la cama y estiró luego sus pantalones sobre los clásicos calzoncillos, ajustados hasta la rodilla como marcaba la moda. Se miró en el espejo y giró su mirada hacia Dolores, que estaba extendida de medio lado en la cama medianamente revuelta.

Era bella y sensual. Con un punto de voluptuosidad en una mirada penetrante y del color de las esmeraldas; largas piernas y cuerpo sinuoso, que se movía con una cadencia lenta y tersa como las cuerdas de una guitarra española bien afinada. Piel morena; lo suficientemente tostada para que pareciera hecha de la canela de la India. Nadie sabía bien de dónde venía. Unos decían que era natural de España, más concretamente de Andalucía. Otros, en cambio, que era una criolla con algo de sangre indígena del Nuevo Mundo en las venas. Pero nadie apostaba porque hubiera nacido como así era en la inmensa España de ultramar; y que había sido a través del galeón de Manila, cuando Dolores Vargas, hija de una mestiza filipina y un oficial español de Caballería, lle-

gó a Acapulco intentando labrarse un provenir que no le había sido posible en las Islas Filipinas.

De su madre, muerta en el parto, no recordaba absolutamente nada. Y de su progenitor, un apuesto y galante comandante de Caballería destinado en Manila, sabía que se esforzó en darla una exquisita educación con las Madres Clarisas. Luego, obtuvo un trabajo como doncella de compañía de una joven, esposa de un viudo comerciante de especias —español afincado allá— y que hacía mucho dinero con los holandeses y británicos.

Todo iba bien, demasiado quizás. Hasta que un joven militar capitán , e hijo de una adinerada familia en España, empezó a cortejarla. Ella aceptó, pero se calló que, a la vez, frecuentaba la cama de uno de los hombres más ricos de Manila; alguien literalmente loco por su piel. Así, disfrutaba, por un lado, de la fogosidad del joven castrense, y de la hombría apagada, pero muy generosa en regalos, de su maduro y rico amante.

Aquella situación perfecta para Dolores , estalló cuando este hombre, ya entrado en años y que la colmaba de joyas y caprichos, enviudó y le propuso matrimonio. Lo pensó y aceptó. Por un lado, tenía a su joven amante, siempre dispuesto a sacudir el colchón de plumas con la voluntad de un potro joven y fuerte, y por el otro, disponía de la seguridad y del dinero de su futuro esposo. Calculó que podía mantener ambas situaciones. Y, de hecho, así había sido por algo más de un año, pero no contaba con los celos de su nuevo futuro marido, empeñado en tener nueva descendencia y en cortar su absoluta libertad de movimientos. Y así, un buen día, descubrió que aquel capitán de Infantería era quien de verdad desfogaba a su futura mujer dos o tres días por semana.

Ella, adelantándose a la reacción de su pactado cónyuge, embarcó en el galeón de Manila con nombre falso, todas las alhajas que le habían regalado, así como una gran suma de dinero que le robó al que ya no iba a convertirse jamás en su esposo. Con todo ello, decidió instalarse en un lugar remoto en donde no fuera fácil seguirla la pista. Nuevo nombre, nueva vida y dinero más que suficiente para vivir de forma holgada, como una señora. Y un cuerpo y una cara que, sin necesidad de prostituirse, era todavía capaz de engatusar a cualquier varón, y recibir de él infinidad de joyas y regalos.

Querida... empezó a hablar el funcionario , ¿no me dijiste un día que conocías a un francés, amante de una conocida tuya que, ¿cómo decirlo...? se detuvo un instante, dándose importancia , es un personaje, de esos que pueden hacer encargos... especiales.

Dolores se estiró aún más en la cama y recordó a Alain Moreau, que, apenas dos días antes había estado en ese mismo lecho yaciendo con ella. Javier, tan engreído como vanidoso, pensaba que era el único amante que Dolores tenía. Los hombres, cuanto más poderosos, muchas veces son más pagados de sí mismos, y prestos a engañarse. No, ni mucho menos era el único amante de Dolores Vargas, como ahora se llamaba. Alain Moreau y otro rico hacendado, que no residía en Arizpe, eran los que hoy por hoy se podían considerar fijos. Y eso no quitaba que se sumaran otros. Para ella, su bienestar era lo principal y si para eso tenía que estar con varios a la vez, no tenía ningún problema. Nunca, en verdad lo había tenido, se decía ufana y orgullosa.

Pero ella sabía que se mentía a sí misma. Sí, hubo una vez alguien de la que estuvo enamorada. Un militar también capitán, pero esta vez de Caballería que ya quedaba lejano en sus recuerdos. Un hombre que la hizo sentirse especial,

que nunca pidió nada, y que se mostró galante y dispuesto. Obviamente, no supo en su momento que compartía el lecho con Javier Ceballos, el más antiguo que sus queridos. Cuando lo descubrió, aquel oficial del Ejército Real, en contra de lo esperado, no hizo ningún aspaviento, ni tampoco ningún reproche. Solo la miró y serio, la espetó con la rudeza y contundencia de las palabras sosegadas:

Has robado el cariño a quien suele regalarlo con toda honestidad. —Hizo una pausa, con el semblante muy serio—. Que lo disfrutes. Sé feliz. No te molestaré nunca más.

Y se fue. Con paso tranquilo, sin volver la espalda. Ella, estuvo segura durante las dos primeras semanas que regresaría a su lado, como un perro herido a manos de su dueño. Pero no fue así. Pasaron los días, y el primer mes. Y aquel capitán nunca más volvió.

Quizás fue que no supo nunca que aquel varón significaba algo para ella. O, simplemente, que al haber sido él quien tomó la decisión de dejarla sin el más mínimo atisbo de cólera ni de reproche, le hizo sentirlo más. O tal vez que le gustaba de verdad y que, al no volver a tenerlo, le pesó.

Hizo por olvidar. Por hacer que nunca le había importado más allá que el roce carnal. Pero poco a poco supo que no iba a ser así. Y entonces, como suele suceder en muchos casos, aquel sentimiento de ausencia, muy cercano al enamoramiento descontrolado, se fue tornando en un cierto odio. Contra sí misma y contra ese capitán.

¿No me lo dijiste en alguna ocasión? insistió Javier Ceballos, sacándola de sus ensoñaciones y recuerdos a Dolores.

Ella sonrió con elasticidad. Movió una pierna y rozó con el pie la pernera del funcionario. Gatuna, sensual y provocati-

va.

Sí…, fue el amante de una amiga mía… Pero no te puedo decir quién es. No estaría bien por mi parte romper ese secreto con ella. Puso un fingido mohín de inocencia que contrarrestaba con el leve roce de su pie izquierdo en la entrepierna de Javier Ceballos, quien con una sonrisa perversa se acercó a la cama.

No puedo atenderte, querida. Ya me gustaría… Pero me es imposible. La acarició el pie y la pantorrilla. Luego se inclinó y la besó en los labios con deseo . Te ruego que si das con ese francés… Me pongas en contacto. Me interesa.

Cuando se fue, Dolores se quedó pensativa. Miró el reloj de pared y decidió que iría a ver a Esperanza. Una buena amiga suya, del círculo de mujeres que frecuentaba. Todas ellas de buena familia, casadas o viudas, con solvencia y posibles. A fin de cuentas, en su cédula de identidad ella, Dolores Vargas, era la hija de un español muerto de fiebres en Manila y que, debido al acoso que un viejo comerciante inglés afincado allá, hizo que tuviera que vender todo lo que poseía y asentarse en América.

Obviamente, nadie sabía su lista de amantes. Salvo algún detalle pícaro y ligeramente obsceno que le transmitía a alguna de sus amigas mientras merendaban en la casa de cualquiera de ellas. A fin de cuentas, ella era una señora, con dinero, de buena familia y, además, con una mezcla explosiva de apostura y exótica belleza como muy pocas había.

Luego, sonrió lentamente y volvió a acordarse del francés. Buen amante, con un punto barriobajero y canalla que le gustaba. Y por qué no decirlo, esa supuesta peligrosidad de la que él mismo hacía gala con su verborrea. Sí, Alain, era un bocado apetitoso, cercano a lo prohibido y muy tentador.

Capítulo 9

Desierto de Sonora.
Virreinato de Nueva España.
30 de junio de 1778.

No tardé mucho en enfrentarme a los apaches. Como me decía el capitán Sobarriba, era solo una cuestión de tiempo que terminara peleando contra ellos. Fue un día caluroso, como casi todos en aquella parte de aquel inhóspito territorio de Nueva España. Estaba en ese momento pensando en Isabel bien es cierto que lo hacía con frecuencia , cavilando qué excusa podría poner a mi superior para acercarme otra vez a la misión de San Javier de Tortolitas.

La voz de un soldado de vigilancia dando la alarma me sacó bruscamente de mis pensamientos. Había amanecido hacía apenas una hora y me encontraba en el final de mi turno de guardia, deseando irme a la cama a descansar y a seguir paseando por mis ensoñaciones con Isabel. Pero la realidad hizo que aquel día me enfrentara, por primera vez, a los apaches, en vez de caer en los brazos de Morfeo como hubiera sido lo deseado por mí. Salí corriendo del habitáculo de guardia y mientras me abrochaba el cinturón con el sable reglamentario, preguntaba al sargento Ramón Crespo qué había sucedido.

Un grupo de apaches nos acaban de robar los caballos del cercado.

Aquella banda había sustraído los équidos poco antes del amanecer. De forma sigilosa, se habían acercado al cercado del presidio y, entre seis o siete, habían conseguido sacar a una buena parte del ellos. Suerte que teníamos varios cercados y que, al menos, la otra parte de la caballada se había quedado a salvo. El soldado del guardia de ese sector, un indio ópata, pudo dar la señal de alarma justo cuando ya se iban. Eran alrededor de diez. Una docena, como mucho. Y se llevaban casi medio centenar de caballos del presidio. Con seguridad habían estado observando al soldado, y aprovechado el momento justo en que se encontraba lo más alejado de la puerta de la cerca.

Por suerte, el capitán ordenaba tener siempre un retén de cuatro hombres preparados para situaciones de emergencia como estas. Pero en este caso, eran pocos, por lo que hubo de aumentar la cifra de dragones para perseguirlos. Aun así, fuimos capaces de preparar la partida en poco tiempo. No había pasado apenas media hora y ya estábamos saliendo por la puerta del presidio diez dragones a mi man-

do, con el sargento Juan Gallo y el cabo Aguilar. El capitán en persona me ordeno que fuera yo quien dirigiera la partida, pero que me fiara de las indicaciones que me daban ambos dragones. Expertos como los que más en seguir a los apaches y en combatirlos.

Lo cierto era que el tener dispuestos estos cuerpos de guardia de respuesta rápida era fundamental. Si se quería coger a los apaches, no podíamos demorarnos mucho en prepararlas, porque en cuanto se tardase más allá de lo estrictamente necesario, se adentrarían en las colinas de las Tortolitas y les perderíamos la pista. Y alrededor de cincuenta caballos, en aquella áspera tierra, era un botín excelente para ellos y un grave contratiempo para nosotros.

Salimos al trote siguiendo el rastro que Honorio nos iba enseñando. Siempre sin apearse del caballo. Y manteniendo la distancia. Los apaches no debían vernos si los queríamos sorprender. Por eso fuimos con cautela y utilizando colinas y árboles para escondernos. Al paso o al trote suave, para no levantar polvareda y con todos los sentidos alerta por si habían dejado guerreros en retaguardia para sorprendernos.

Fácil de seguir me dijo como respuesta, cuando le miré interrogativamente.

En un momento dado, apenas a un par de horas de marcha, el explorador pima nos hizo señal de parar alzando una mano.

Cerca precisó cuando me puse a su lado.

Al momento, el sargento Juan Gallo y el cabo Aguilar se nos unieron.

Cerca repitió Honorio, señalando ahora en dirección noroeste.

¿Cuánto? pregunté al instante.

Poco. —Lacónico, señaló unas pisadas en un arbusto de mezquite . En el río. Se encogió luego de hombros.

¿Piensas que están en el río, Honorio? quiso saber el sargento.

Sí contestó el indio con un único asentimiento . Allí. Y volvió a señalar en la misma dirección que antes.

¿Por qué lo sabes? pregunté con curiosidad.

No hay indios para vigilar si les perseguimos. Ellos están tranquilos me contestó con la cara hierática, sin el menor gesto, ni atisbo de él. Honorio era un excelente explorador; seco y adusto, con una piel curtida como el cuero, unos ojos negros como el basalto y nariz prominente.

Hay veces, aunque no es ni mucho menos una conducta habitual, que los apaches suelen dejar algún guerrero a la retaguardia para avisarles o para retrasar a quien les persigue. Honorio dice que esta vez no los hay me aclaró el sargento Gallo . Es un grupo pequeño y no lo habrán considerado necesario. Los apaches sin impredecibles. Hay veces que actúan de una forma y otras, simplemente, de la contraria.

Puede que no los haya visto… dije yo, a su vez.

No. No han puesto. Ellos confiados. aseguró el pima explorador.

¿Cómo puede estar tan seguro, sargento?

Señor alférez, no lo sé. Pero Honorio muy pocas veces falla. A veces, dudo si de verdad no tiene poderes sobrenaturales y sabe cosas que nosotros desconocemos… me contestó el veterano suboficial, encogiéndose después de hombros . Pero yo, si fuera usted, le haría caso. Lo más seguro es que hayan esperado un tiempo y al ver que no llegába-

mos, se hayan confiado. Eso, o que hemos tenido mucha suerte…

Bien concluí con convicción . ¿Cómo hacemos ahora?

Si como dice Honorio están en el río, descansando y abrevando a los caballos antes de empezar a subir las colinas de las Tortolitas y perderlos definitivamente de vista, lo mejor es separarnos en dos grupos. El sargento desmontó y con un palo seco de mezquite empezó a dibujar en la tierra . Si este es el río, y nosotros estamos aquí, lo que yo sugiero, señor alférez, es que un grupo rodee estas rocas marcó un punto en la tierra y luego, señaló a los peñascos que se refería y se lance hacia a los apaches. El otro grupo, desviándose un poco a la derecha, podría atacarlos, pero una vez que haya vadeado el río por aquí. Es un paso muy poco profundo. Está a muy poco tiempo cabalgando al trote en hacía el este. Con el palo, indicó la dirección en la que se encontraba ese vado.

¿Qué ganamos dividiendo nuestras fuerzas? pregunté ante esa alternativa táctica.

Los apaches son valientes. Pero si comprenden que pueden ser vencidos, abandonarán los caballos y se largarán con viento fresco. Entiendo que lo más importante es recuperar esas monturas, ¿no, señor alférez? Si de paso les atizamos un poco de plomo, pues mucho mejor. Pero lo principal creo que es recuperar esos caballos que son esenciales para nosotros.

Sí, los caballos es la razón por la que estamos aquí. Mi contestación sonó un poco endeble. No porque no lo pensará así, sino debido a que mi intención era ir de frente hacia los apaches. Teníamos la sorpresa y nuestros mosquetes a favor. Entendía que eso les haría huir como liebres asustadas.

Los apaches no entienden de tácticas ni de estrategia continuó el sargento . Utilizan su astucia para robar y para pequeños golpes de mano, pero en cuanto ven un grupo de dragones, salen en desbandada. Pero si se llevan los caballos, nos hacen una putada, señor alférez. Por eso, si les atacamos desde los dos sitios, lo más normal es que los abandonen y salgan zumbando como almas que llevan el diablo.

Pues así haremos. Sargento, usted escoja a los hombres para que vadeen el río. Yo iré con los que los atacarán una vez hayamos rodeado esas rocas. ¿De acuerdo?

Como usted diga, señor alférez.

Pues entonces, elija a la mitad de los hombres y vayan hacia el vado.

Para coordinar el ataque, le sugiero, señor alférez, que primero disparemos un tiro de pólvora al aire. Así sabremos que estamos todos colocados y en posición intervino el cabo Aguilar.

Sí, me parece bien. En cuanto estemos en las rocas que hemos de rodear Señalé con el índice diestro hacia donde estaban , dispararé un tiro de mosquete al aire.

Nos separamos en dos grupos de cinco dragones cada uno, quedándose el pima Honorio conmigo. Nos fue guiando al paso, con ascensiones lentas y evitando ruidos innecesarios hasta los rojizos peñascos. Una vez allí, el explorador desmontó y nos hizo la clásica señal de silencio con un índice sobre los labios. Se acercó arrastrándose hasta la roca más próxima y oteó desde esa nueva posición. Le acompañó el cabo Aguilar.

Un minuto después, este regresó hasta donde yo estaba.

Son dos bandas de apaches, señor alférez. Unos veinte. Han debido esperar aquí al otro grupo me dijo en cuanto

estuvo a mi lado.

¿Dos grupos?

Sí, señor alférez. Uno es el que perseguimos, con los caballos del presidio. Están en efecto abrevando y descansando tranquilamente. El otro grupo parece que acaba de llegar.

¿Y qué hacen? pregunté curioso.

No lo sé. Pero da la sensación como que han robado los caballos para los del segundo grupo.

Bien, no perdamos más tiempo. Vamos a por ellos, que hay que recuperar esas monturas como sea. Decidí tras un instante de silencio . Que los hombres carguen todas las armas de fuego, mosquetes y pistolas, y esperen mi orden. Disparo, y nos lanzamos a por ellos.

Como ordene, señor alférez —replicó el cabo.

Me acerqué a ver a los apaches. Sí, parecía que estaban conversando y que el segundo grupo acababa de llegar. No había ninguno desmontado y dos de ellos se dirigían a puestos de vigilancia. Uno de los apaches que se había separado, montaba al paso con tranquilidad y se acercaba, precisamente, hacia las rocas que ocupábamos. No en vano, era un punto de observación muy bueno.

El tiro de aviso lo haremos a ese apache. Así aprovechamos. ¿Quién es el mejor tirador? Pregunté a los dragones que estaban apostados conmigo.

Dos de ellos cruzaron sendas miradas significativas.

Creo que yo, señor alférez.

O yo contestó una segunda voz.

Volví la mirada a quien había contestado el primero que era el dragón Cordero.

¿Podrás matarlo?

En cuanto esté a unos cincuenta pasos, cuente con ellos, señor alférez.

El apache ascendía al paso y estaba todavía lejos para el disparo. Dudé si esperar o lanzarnos al galope tendido sobre ellos y atacarles. Si esperábamos a que ascendiera hasta la distancia de tiro de mosquete, tendríamos que esperar quizá demasiado. No, no podíamos demorarnos más.

Va a tardar en llegar una eternidad, Cordero dijo Aguilar . Mi opinión es que salgamos ya y les arrollemos. A ese apache le queda poco tiempo, con disparo o sin disparo, señor alférez.

Sopesé lo dicho por Aguilar. Si, quizá nos demorábamos en exceso si esperábamos que ascendiera hasta donde estábamos nosotros. Cuanto más tardáramos en atacar, cualquier ruido, relincho o piedra suelta, podría alertar a los indios y nuestra sorpresa desaparecer. Como noté mi nerviosismo, carraspeé ligeramente, elevé mi mano derecha con la pistola cargada y disparé.

Todo pareció detenerse un instante en medio de la detonación. Espoleamos a los caballos y nos lanzamos a galope contra el grupo de apaches que ahora se movía con rapidez hacia sus monturas y armas. El que ascendía lentamente hasta nuestra posición se vio sorprendido y tardó en reaccionar un tiempo que se le hizo letal. El dragón Berruezo le alcanzó cuando iniciaba el galope de huida. No le dio tiempo y la lanza del militar español le hirió mortalmente en la espalda, a la altura del riñón derecho. Cayó como un fardo y el caballo se detuvo tras notar que no le presionaban para seguir galopando.

El resto continuamos al galope aprovechando que teníamos el terreno a nuestro favor y que la suave pendiente nos daba más velocidad. Cabalgábamos separados cuatro o cinco

varas cada uno, con el fin de no ofrecer un blanco fácil a las temidas flechas apaches.

¡Apunten! ¡Fuego! ordené con brío.

En medio del galope no era el mejor momento de disparar con el mosquete, pero entendía que eso aumentaría la sensación de miedo entre nuestros enemigos. También era cierto que los dragones de cuera somos de los mejores tiradores del Virreinato de Nueva España, y aunque fuera a caballo, éramos muy capaces de acertar.

En efecto, un apache, del grupo que empezaba a buscar sus caballos, fue alcanzado en un brazo y cayó desmadejado gritando de dolor. Otro, a su lado, le socorrió y le ayudó a montar en un corcel castaño que tenía toda la pinta de haber sido español no hacía mucho.

La sorpresa fue total. A pesar de ser más que nosotros, no pensaron hacernos frente y en medio de algunos gritos y de un par de flechazos, que pasaron lejos de nuestros cuerpos, se dispusieron a salir huyendo dejando los caballos robados. En ese momento, oímos a los hombres del sargento Gallo que se lanzaban también al galope, desde la orilla opuesta y por el flanco izquierdo de los apaches. Sonaron algunas detonaciones de mosquetes y otro piel roja más, quedo inerte en el lecho del río.

Aproveché ese momento de prevista confusión para terminar de cargar la pistola y juntarme con los cinco dragones que, al alcanzar las primeras posiciones de los apaches, habían ralentizado el galope. De un sablazo, el dragón Valcárcel derribó a uno de aquellos pieles rojas que ya estaba casi montado en su caballo dispuesto a huir. Yo, en ese mismo momento, apunté mi arma corta de fuego a un segundo que, a menos de cinco varas de mí, me miraba con miedo mientras intentaba girar a su caballo e iniciaba la huida. La re-

donda bala de plomo le alcanzó en un costado y le desmontó con fuerza, haciendo que el bruto animal relinchara al sentir que el apache le tiraba de las crines para no caer. Desenvainé mi sable para rematarlo, pero entendí que aquel apache iba a morir. No perdí tiempo y me centré en el resto de enemigos.

Varias flechas surcaron el aire veloces y letales. Una de ellas fue a clavarse en la cuera del dragón Luis Díez, que acababa de disparar su mosquete hacia el grupo de apaches que ya huía abiertamente ante la sorpresa de nuestro ataque. Se miró el costado y, tras emitir una pequeña imprecación, soltó seguidamente una blasfemia gruesa. Acto seguido, espoleó a su montura y blandiendo la lanza, se la clavó en la espalda al apache que había disparado con su arco, justo bajo el omoplato derecho. El salvaje apenas había comenzado la huida, y al iniciar el giro taloneando a su caballo y darle la espalda al español, irónicamente le ofreció un blanco mucho mayor e indefenso. Díez, veterano de muchas campañas contra los apaches, no lo desaprovechó. El enemigo cayó muerto, como un saco, en el lecho del río, manteniendo hincada la lanza que no pudo desclavar el dragón español.

Blandí mi sable y me dirigí hacia tres apaches que dudaban entre enfrentarse a nosotros o salir cabalgando como almas que llevan el diablo. Optaron finalmente por lo segundo, aunque no contaron con el grupo del sargento Crespo que soltó una pequeña descarga de fusilería, dejando así a uno más revolcándose y herido. El cabo Aguilar se me adelantó con un medio galope y lo remató con la lanza sin ningún miramiento.

Había sido mi bautismo de guerra con los apaches y mi primer muerto. Tenía la garganta seca, y en la cabeza me daban vueltas aún las últimas imágenes del combate. Se me acercó el sargento Crespo, cruzando el río.

Señor alférez, los apaches huyen. Podríamos seguirlos… me insinuó, aunque no me pareció precisamente que con la mirada corrobora esa sugerencia.

Yo creo que lo mejor es que reunamos a los caballos antes de que se esparzan demasiado y volvamos al presidio.

A sus órdenes, señor alférez. El curtido suboficial inició el trote para volver con sus hombres, pero se detuvo y me miró con fijeza . ¿Qué hacemos con los apaches muertos?

¿Con los apaches muertos? pregunté extrañado.

El capitán suele pedirnos que los llevemos… Gallo se encogió de hombros.

¿Para qué? inquirí, persistiendo así en mi extrañeza.

El capitán Sobarriba decidió que cada vez que los apaches ataquen el presidio o secuestran a alguien… O como ahora, que han intentado robarnos los caballos, reciban un escarmiento. Me miró intentando ver si yo comprendía. Al ver que no, continuó . El capitán suele colocar sus cabezas en estacas.

¿Estacas…? —repetí, incrédulo ante esa bárbara novedad.

Señor alférez mi subordinado carraspeó , los apaches siempre intentan recoger a sus muertos del campo de batalla. Si no se lo permitimos, por muy duro que sea, no deja de ser una forma de decirles que no nos rendimos, que no nos vamos de nuestro territorio, y que si nos atacan, terminarán también como sus compañeros… se detuvo un escaso momento . En las estacas… Añadió con cierta frialdad.

Me quedé mirando al sargento y no supe reaccionar enseguida. No me parecía necesario, aunque entendía que aquellas tierras necesitaban de acciones algo más brutales de lo habitual. Aun así, iba a negarme cuando volvió a hablarme:

Esa táctica suele funcionar, señor alférez. Los apaches se quedan una temporada tranquilos y la vida en el presidio se hace más segura para sus habitantes. Y lo mismo con los rancheros, granjeros e indios de la misión. Se encogió luego de hombros.

En ese momento, pensé en Isabel atacada, secuestrada y ultrajada por un apache, y se me revolvieron las tripas. Tosí ligeramente, para que no se notara mi turbación y me quedé mirando al sargento un momento.

Carguen a los muertos apaches y se los llevamos al capitán. Que él decida qué hacer con ellos. Y que los hombres se afanen en recoger a los caballos. No quiero perder mucho tiempo. Aguilar me volví hacia él , coloqué unos hombres de guardia por si los apaches deciden volver.

Como ordene, señor alférez.

No quiero sorpresas —insistí con ceño pronunciado.

El sargento taloneó a su caballo y a voz en grito, dio las órdenes pertinentes. Los hombres, entendiendo que había que salir de allí cuanto antes, no perdieron tiempo y se pusieron manos a la obra enseguida.

Berruezo, Cordero... Conmigo ordenó a su vez Aguilar.

Mientras tanto, salí trotando con mi caballo sin saber bien a dónde ir. Me detuve en el lecho opuesto del río. Observé desde allí como dos dragones cargaban los pieles rojas muertos, a lomos de uno de los caballos que los apaches habían intentado robar. Otros cuatro se afanaban en recoger a los nobles brutos más dispersos, tal y como yo había ordenado. El cabo Aguilar y dos dragones más se situaban en lo alto del promontorio desde donde habíamos atacados vigilando por

si los apaches volvían. Decididamente, aquella tierra era dura. Y yo, hoy, había matado a mi primer hombre. Un apache.

Pensé en que quizá, un día más desafortunado, yo podría estar en el lugar de los apaches, muerto en el lecho de un río, tras una emboscada. Me acordé entonces de mis familiares. Y de Isabel.

Apenas los españoles se hubieron ido, empezaron a aparecer algunos apaches a caballo en los riscos cercanos al vado del río en donde había sucedido el enfrentamiento.

Los apaches, en la medida de lo posible, tal y como le había referido el suboficial al alférez, siempre intentaban recoger a sus muertos del campo de batalla. Y esta vez, no iba a ser menos. Los espíritus los acogerían y cuidarían de ellos.

Algunos guerreros se acercaron con cuidado, vigilantes. Llevaban dos caballos agarrados de las crines. El único par de los robados que habían salido galopando asustados por los disparos y que habían podido recuperar.

El que parecía mandar, un piel roja tocado con más plumas de águila que el resto, más alto y más fuerte también que los que le rodeaban, descabalgó con un gesto muy serio. Vio un arco tirado en la orilla del río. Unas flechas esparcidas y no usadas. Recogió todo y se lo dio al apache que iba a su lado.

No estaban los cuerpos de los muertos. Los españoles seguramente se los habían llevado, como habían hecho otras veces. Aquello le encendió de rabia el pecho y gritó con todas sus fuerzas mientras apretaba los puños.

¿Era *Pelo Atado* el que los dirigía? preguntó sin girarse al guerrero más cercano y cuando pudo calmarse un poco.

No. Era uno más joven.

El apache no habló. Se quedó mirando en dirección al presidio. Mantenía los puños cerrados y el ceño fruncido.

¿Muy joven? preguntó casi sin despegar los labios.

Sí. Mucho más joven que *Pelo Atado*.

¿Se han llevado a nuestros hermanos muertos? Él lo sabía, pero necesitaba que se lo confirmaran.

Sí. El apache que montaba a su lado, se lo confirmó . Seis muertos.

Gian-nah-ta se quedó en silencio de nuevo. Luego volvió a subir a su caballo con lentitud.

Pues entonces, mi fiel Nah-do-zin levantó su puño al cielo mientras nombraba a su guerrero *Jefe Joven*, también morirá.

Capítulo 10

Ciudad de Arizpe.
Virreinato de Nueva España.
1 de julio de 1778.

Alain Moreau tensó la sonrisa mientras aplastaba la toba del cigarro que acababa de terminar. El humo, a medias de gris y azulado, se movía con lentitud entre las sombras y la tenue luz del candil de aceite, que apenas iluminaba la estancia. Luego, miró a Javier Ceballos con esos ojos que parecían los de un buen chico a punto de pedir la mano de una damisela. Seguía sonriendo con cierto aire de suficiencia. Tenía las piernas cruzadas y las manos entrelazadas. Tosió ligeramente y se incorporó un poco en la silla.

—Si no he entendido mal, señor Ceballos, me propone que secuestre a una mujer que iba a casarse con usted. ¿Es así?

—Que va a casarse reafirmó, remarcando con seguridad y rotundidad el nombrado . Sí, podría decirse que es así… Con matices, pero… añadió tras ello ante la impasible mirada del francés, y su atisbo de cínica mirada.

—Con todos los matices que usted quiera, pero, insisto: ¿tengo o no que traer a Arizpe a una mujer que se supone

que iba a casarse con usted y que ha huido? —Lo interrumpió su interlocutor, con los ojos ligeramente abiertos y extendiendo las palmas de las manos—. ¿Es así?

Ceballos no contestó en un principio. Se quedó con los ojos clavados en los del natural de la Nueva Orleans ahora española. Si no fuera porque lo necesitaba, saldría de allí en ese mismo momento y lo denunciaría a las autoridades. Era irritante, soberbio a más no poder, y con una muy buena dosis de autocomplacencia. Carraspeó antes de hablar.

—Podemos decir que sí... —Concedió finalmente al galo de origen, quien estiró aún un poco más la sonrisa.

—Lo que yo decía. Apuntó un poco más la sonrisa . Bien, continuemos. —Moreau volvió a entrelazar las manos—. Supongamos que tengo a la mujer... ¿La traigo a Arizpe?

—A mi casa. De noche, sin testigos y sin ruidos ni escándalos. Eso es esencial. —Elevó su dedo índice en señal de advertencia de nuevo Javier Ceballos . Un hombre de mi posición social no debe ser objeto de murmullos, dimes o diretes.

—Se hará lo que se pueda. Mi tarea sería entonces la de traer a la mujer a Arizpe del modo más discreto posible. Pero debe entender también que yo no puedo evitar que la mujer grite... Eso, salvo que se la amordace o abofetee. Y, por lo que supongo —se encogió ligeramente de hombros—, usted la quiere para casarse; es decir, sin magulladuras, golpes... Ese tipo de cosas que hacen que las mujeres no vayan tan bonitas a altar. ¿Es así?

—Señor Moreau —intervino Rafael Pacheco, viendo que a Ceballos empezaba a moverse nervioso en la silla, fruto de lo irritante que estaba siendo el francés , creo que es

usted un tipo inteligente. Y, por lo tanto, no tengo tampoco duda de que sabrá cómo manejar esa cuestión tan delicada. Por un lado, está la integridad física de la mujer. Y por el otro, que este tema se haga con la máxima discreción posible.

Alain Moreau estaba disfrutando. Asintió despacio y muy levemente mientras fijaba los ojos en ambos españoles. Gente de dinero o poder. O ambas cosas, pensaba. Pero cobardes, sin los arrestos ni los testículos suficientes para hacer esto por sí mismos. No había problema, ni el más mínimo, en traer a una muchacha de vuelta a Arizpe. Pero por ese trabajo, el dinero que sacaría no sería demasiado. Al menos no lo que él consideraba como tal. No, había que jugar los naipes bien en esta mano.

OceanofPDF.com

—Supone usted bien. Seré capaz… No le quepa duda de ello. —Descruzó las piernas y se estiró un poco el pantalón. El hecho de ser un forajido no era óbice para tener compostura y elegancia—. Pero esto me lleva a plantearles mis honorarios. Caballeros, ¿qué me llevo yo de esto?

Ambos españoles se miraron durante un segundo. Tomó la palabra Ceballos.

—Obviamente hemos pensado en una cantidad de dinero. A nuestro juicio, generosa —apuntó con gravedad—. Aunque no estamos al corriente de sus… tarifas, por así decirlo. —Mintió con aplomo.

El francés no quitaba la media sonrisa de la cara. Miró alternativamente a uno y a otro, y después, suspiró teatralmente.

—No quiero ser descortés, con lo cual les ruego que me disculpen si les incomodo con lo que voy a decir, pero eso no dice nada bueno de ustedes. Yo siempre procuro informarme de con quién negocio.

Siguió un silencio en el que los españoles no supieron ya qué decir. Se miraron uno u otro, sorprendidos por aquel bandido. Ceballos fue a intervenir de nuevo, pero le cortó con un enérgico gesto de la mano Moreau.

—Déjenme que les diga cuál va a ser mi tarifa innegociable. —La mirada ahora taladraba, tanto a uno como al otro—. Insisto —levantó el dedo índice de su mano derecha : innegociable. Caballeros, a diferencia de ustedes, yo sí estoy interesado en la buena información, la verdaderamente útil —remarcó con energía—. Y no tanto en una única cantidad de dinero. No me entiendan mal, por supuesto, que me llevaré un buen pellizco por traer de vuelta a la señorita a Arizpe. Aunque busco algo más. Un negocio en el que inclu-

so ustedes podrían ganar dinero. Soy ambicioso y egoísta, pero no estúpido, y por eso mismo, quiero que todos estemos implicados. —Tras decir esto, se recostó de nuevo en la silla de mimbre, volvió a enlazar sus manos y calló, esperando alguna respuesta o gesto de los españoles.

—¿Qué… qué tipo de información? —preguntó por fin Pacheco, en tono dubitativo y nervioso. Su papada parecía temblar y se pasó la mano diestra por la calva. Empezaba a sospechar que aquel hombre podría traerles problemas.

Y fue entonces cuando el francés se puso serio, irguió la espalda en la butaca y respiró con profundidad. Con deliberada parsimonia, saboreando con deleite cada sílaba, empezó a hablar:

—Información sobre el transporte de la plata del Rey.

Las palabras de aquel temible forajido flotaron un segundo en el aire. Densas, pesadas; como una noticia que se espera, pero no se desea oír. Al principio, ninguno de los españoles reaccionó. Luego, se miraron uno a otro con cara de sorpresa. Ceballos se revolvió incómodo en la butaca que ocupaba y carraspeó. Pensó en las palabras que iba a decir. Llenó los pulmones y se decidió a contestar al francés.

—Señor Moreau, eso es imposible. Yo, al menos, no me voy a arriesgar a una… una acción así, de esa envergadura.

—Ni yo —se unió con rapidez Pacheco, que empezó a sudar.

Alain Moreau volvió a relajar la espalda en el respaldo de la silla. Sonrió de nuevo y asintió levemente, pero lo hizo muy despacio.

—Ya veo. —Se pasó la mano por la frente, colocando un mechón de pelo rubio que le caía rebelde—. Lo malo, es

que si quieren traer de vuelta a Isabel, que creo recordar que se llama así la mujer en cuestión, no hay otra alternativa. —Se levantó despacio, cogió su sombrero, que estaba situado encima de la mesa del salón que ocupaban.

Fue hasta el mueble y se miró en el cristal. Se coloco después el pelo y el sombrero, se atusó el corbatín y giró hacia los españoles.

—No solo no hay otra alternativa, sino que me preocuparé de que nadie en esta ciudad haga ese encargo. Y por supuesto las autoridades competentes, conocerán con todo detalle, que ustedes pretenden secuestrar a una mujer española.

—Nadie le hará caso… —rezongó con fastidio Javier Ceballos.

El extranjero se acercó muy despacio y se detuvo a la distancia de medio brazo del español. Seguía sonriendo con esa cara de niño bien que ha cometido una pequeña travesura. Con tremenda rapidez, le soltó una bofetada que sonó como un latigazo y que tiró de la silla al funcionario. Pacheco se levantó sorprendido y puso cara de espanto. Ceballos, por su parte, se levantó con premura y su primer impulso fue encararse con el maldito francés que ya empuñaba un fino estilete en su mano derecha.

—No se equivoque. No sería el primero ni seguramente el último que me lleve por delante. —La cara del español, roja en el carrillo derecho como resultado de la bofetada, se quedó a un palmo escaso de la afilada daga que blandía con seguridad aquel forajido—. Lo más acertado es colaborar conmigo. Además, pueden ganar dinero. Como les he dicho antes, soy ambicioso, pero no tonto.

—Lo que nos pide es un delito contra su Majestad el Rey… —inició una tímida protesta Pacheco.

—Y secuestrar a su hijastra y a su futura esposa, ¿qué es? ¿Una excursión campestre? Los miró a ambos con seriedad . No me jodan, caballeros. Y perdonen por lo rudo de mi expresión, pero me estoy empezando a cansar de ustedes. —Acercó el estilete aún más al rostro de Ceballos.

—Por favor… —gimió este, dando un ligero paso atrás.

—No se ponga nervioso, Moreau… —añadió el padrastro de Isabel, tratando de calmar los excitados ánimos.

—¿Usted me ve intranquilo, señor Pacheco? —El aludido ni le miró. No apartó los ojos de la asustada cara del funcionario. Avanzó el paso atrás que había dado Ceballos—. Porque le aseguro que no lo estoy.

—Está bien… Le diremos todo lo que sepamos —admitió el amenazado, mostrando verdadera cara de terror y con las pupilas clavadas en la punta de la afilada daga.

—Eso está mejor, señor Ceballos. —En ese momento, con un movimiento ágil y rapidísimo, rasgó la camisa del español y una fina línea de sangré empezó a brotar a la altura de la tetilla izquierda—. Eso es para que se acuerde de nuestro acuerdo. Si lo incumplen, la siguiente será tres dedos más profunda… No sé si me entiende… Y con esto me refiero también a usted, señor Pacheco.

Javier Ceballos se tocó la herida y enseguida, en su camisa, brotó una mancha de sangre que se extendía con lentitud. Alain Moreau, ya sin sonreír y con una mirada glacial, guardó el estilete, anduvo dos pasos hacia atrás y a la altura de la puerta, se giró.

—Conozco el camino, señores. No hace falta que me acompañen. Y recuerden… Si me traicionan, será tres dedos más profunda. Las dos. —Ahora sí miró a Pacheco, que al ver esos ojos garzos, fríos y acerados, sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—Hijo de puta… —dijo Ceballos en cuanto escuchó la puerta de la calle cerrarse—. Debemos ir ahora mismo a las autoridades…

Rafael Pacheco, que seguía sintiendo aquellos dos ojos entre grises y azules clavados muy dentro, se sentó en la misma silla que antes había ocupado.

—Nos matará si hacemos eso… —reconoció en voz baja.

Ceballos no contestó. Se había quitado la camisa y apretaba contra la herida que, aunque seguía manando sangre, ya estaba más contenida. Solo se trataba de un corte superficial, pero la sensación que tenía era que por muy poco, su corazón, que latía como un caballo cimarrón galopando libre, había estado a punto de detenerse. Se quedó mirando pensativo hacia la ventana. Sabía fehacientemente que no podían negarse ante aquel chantaje. Se mesó el cabello, que le caía alborotado desde la tremenda bofetada del francés, y luego, se miró la camisa arrugada y manchada de sangre.

—Hijo de puta… —repitió, herido en su orgullo y con profunda rabia.

Capítulo 11

Presidio de Santa Teresa de la Plata.
Virreinato de Nueva España.
3 de julio de 1778.

Las sombras del atardecer se empezaban a alargar cuando Amancio Silva entró tranquilamente en el presidio a caballo de su montura y con dos mulas bien atadas a la silla. En una de ellas llevaba los aperos y herramientas para sacar a la tierra la plata y en la otra, las alforjas para la comida y el vino que necesitaba en los días que permanecía por las montañas y los lechos del San Pedro; siempre buscando incansable esa soñada veta de argento que le llevara directamente a la riqueza.

Desmontó delante de la capitanía de aquella fortificación de adobe con una amplia sonrisa.

Has debido tener suerte. Tu cara es todo un poema le saludó el capitán. Junto con el contador, había salido al porche de su despacho a recibirlo.

No me puedo quejar, capitán. He sudado lo mío. Y se dirigió sin más hacia la segunda de las mulas, cogiendo dos fardos de considerable tamaño. Los dejó en el suelo,

se secó el sudor de la frente con un arrugado y sucio pañuelo, y le tendió la mano al oficial y al hombre que estaba a su lado.

Don Miguel… le saludó al contador de la Casa Real, quien solía desplazarse regularmente al presidio para catalogar las riquezas que se iban desgranando de la tierra y separar lo que le correspondía al Rey de España, un diez por ciento de todo lo conseguido[27].

Con esfuerzo, el buscador de plata cogió los dos fardos y, junto con el capitán y el contador, entraron en uno de los despachos habilitados en la capitanía del presidio. Dentro, una báscula esperaba el pesaje de lo que Amancio Silva traía de sus días de trabajo y de esfuerzo.

Con calma, extrajo varias piezas irregulares de color blanquecino que fue colocando con cuidado en la mesa. Luego, acompañándose con una sonrisa, sacó dos saquetes con pepitas de oro. Seis en total, que mostró orgulloso tanto al capitán como al funcionario de la Casa Real.

¿Eso es oro? preguntó Sobarriba, un tanto sorprendido.

Sí. Oro del río San Pedro… Pero no le voy a decir dónde lo he conseguido, capitán contestó con una sonrisa pícara . Eso es tan secreto como los de alcoba. Silva rio después entre dientes, satisfecho de su procaz comentario.

No tengo ningún interés en conocer dónde lo has conseguido, Amancio le contestó rápido el militar . Mi preocupación va por otro lado… Ya solo nos faltaría que se vinieran por aquí todos los buscavidas y pendencieros de cien leguas a la redonda al calor del oro… No me jodas, Amancio. No le digas nada a nadie y quédatelo tú, pero no me traigas problemas le dijo a su vez el oficial al mando

del presidio con una media sonrisa, que no ocultaba la verdad de lo que pensaba . Ya tenemos suficiente con los apaches.

He visto algunos por las montañas. Grupos de cinco o seis, y siempre lejos. En cuanto los descubría, me iba de la zona. Ellos no están interesados en la plata ni tampoco en el oro... Pero con esos salvajes, nunca se sabe. Los ojillos de Silva se dirigieron al funcionario, dándose importancia.

¿Han tenido problemas con ellos? preguntó el contador mientras colocaba una de las piezas en la báscula de pesaje.

Hace unos pocos días nos robaron los caballos... Salimos a por ellos. Bueno, lo hizo un alférez nuevo, joven y recién llegado. Recuperó los caballos y me trajo seis apaches muertos. El capitán arrugó la frente mientras relataba los hechos de forma pausada y sin excesos.

Por eso he visto varias cabezas de apaches en las estacas... rio entre dientes el minero . Así aprenderán. Son ladrones por naturaleza: caballos, ovejas, pieles, mujeres, niños, niñas...

Sí. Hay que tener siempre mucho cuidado. Llevábamos una temporada tranquilos, pero asesinaron al padre Urroz y luego vino el robo de los caballos del presidio... El capitán chasqueó la lengua . No sé..., no me fío de ellos.

¿El padre Urroz? ¿El de la misión de San Javier de Tortolitas? preguntó, sorprendido, Amancio Silva.

Sí. Lo encontraos atado a un saguaro. Lleno de heridas, cortes y mordiscos. Ya sabe...

A esos cabrones les gusta mucho torturar. Y si queda algo de ti, cuando ya estás moribundo, te rematan los

coyotes… Esos apaches son crueles. Mucho… remarcó, elevando las cejas, el minero.

Para volver a Arizpe… tosió ligeramente el funcionario, temeroso digo yo, que me facilitarán escolta, ¿no es así?

¿No ha venido con dos dragones de la guarnición de allí? inquirió casi sonriendo el capitán, sintiendo el miedo que le había entrado al contador tras la conversación entre el minero y el militar acerca de los apaches, de la muerte del padre Urroz y del intento de robo al presidio.

Sí… claro, pero según están contando, los apaches son peligrosos. No sé yo si dos dragones serían suficientes… Y ellos, además contaban con que la escolta fuera de aquí. Creo que deben regresar cuanto antes… se disculpó el funcionario mientras se calaba las antiparras y en sus ojos, redondos y pequeños, se plasmaba el temor a ser atacado.

No se preocupe. Le colocaré un grupo de dragones que le escoltarán hasta San Agustín del Tucsón le tranquilizó el capitán.

Gracias. Se lo agradezco mucho dijo aliviado mientras se pasaba un dedo entre el cuello de la camisa y el pescuezo sudoroso.

Menos mal que los apaches no buscan plata ni oro… Sería muy complicado que pagaran el impuesto a Su Majestad comentó el minero al tiempo que, con toda su ironía, dejaba escapar unas risitas secas y cortas.

¿Miedo, don Miguel? La pregunta del capitán no estaba exenta de cierta provocación . No me extraña. Son gente peligrosa. Me atrevo a sugerirle por ello que cuando tenga la oportunidad de conversar con la autoridad militar competente, por favor, dígale que estamos en lo mínimo

para mantener aquí el orden. Y que, si de verdad quieren que esta zona de Nueva España sea próspera, haya gentes que quieran venir a vivir y tengamos una vida en paz, necesitamos más soldados, más dragones, más mosquetes, más balas y más pólvora. Sonrió con cierta desgana, enlazando después las manos en la espalda. Y, por supuesto, más caballos, que esos salvajes tienen la mala costumbre de robarlos.

Supongo, capitán, que todo esto que me dice usted ya se lo ha hecho saber por el conducto reglamentario... El funcionario le miró con cierta extrañeza.

Supone usted bien, don Miguel, pero tengo la intuición de que a usted puede que le haga más caso que a mí.

Había anochecido. En el presidio solo quedaban las sombras de los cactus, los soldados de guardia y la negrura de la noche, apenas rota por unas cuantas antorchas de brea.

¿Quieres un poco de sopa? La voz sonó suave, casi musical. Está recién hecha.

Él la miró con cierto cariño. Era atractiva, sumisa, dulce y hacendosa. En cualquier parte del mundo y en condiciones de normalidad, ella, sin duda, sería una buena mujer para cualquier hombre. Pero era india. Más bien coyote, aunque tenía los rasgos ópatas más acentuados que en una mezcla normal.

La miró a los ojos, negros, profundos, con cierto toque juvenil aún. Él la acarició con toda la ternura de la que, en ese momento, tras trasegar una botella de vino, era capaz. En otra vida, en otras circunstancias, quizás. Sonrió con tristeza y, asimismo, un punto de cobardía asumida.

En ese momento, una cara infantil, con una mueca de cierta alegría se acercó y se quedó mirando al capitán.

Apenas tendría tres años. Ojos también negros, más grandes, más inocentes, y sin el más mínimo rastro de malicia. Un buen niño, obediente y alegre. También coyote. De su madre y de él. Del capitán Sobarriba.

Vuelve a la cama, Jesús. Es tarde y mañana hay que ir a la escuela. Su madre le acarició la cabeza con dulzura mientras el niño se restregaba los ojos llenos de sueño interrumpido. El oficial al mando del presidio se acercó a él y le dio un pequeño pellizco en el moflete izquierdo. Luego, se arrodilló y se le quedó mirando. Nunca sabía qué decirle. Era su hijo bastardo y coyote , el único que tenía y que, muy posiblemente, sería el último de su vida. No le quedaba ya ningún deseo de paternidad ni de matrimonio. Tuvo bastante. Sonrió al niño y le acarició de nuevo la mejilla. Le apartó con suavidad el flequillo negro y fuerte de piel roja y casi se le escapa una lágrima al militar. Se levantó y carraspeó ligeramente. Otra vez había sido incapaz de decirle nada. El niño le sonrió y de la cálida mano de la madre, volvió a su dormitorio.

Al momento, ella cerró la puerta de la alcoba de su hijo y en silencio, sin hacer ningún ruido y sin mediar ninguna palabra, cogió de la mano al capitán y le llevó al dormitorio con suavidad. Él, mientras se desvestía, en medio de los efluvios de la moderada embriaguez, pensaba que la vida podía ser muy perra según con quién. Ella le quitó la camisa y le acarició el vello del pecho. Él, mirándola a los ojos, quiso pedir perdón por no poder ser todo lo hombre y padre que una mujer buena como ella en realidad se merecía. Sí. Era un cobarde. No con los apaches, pero sí con ella. Y, obviamente, con su hijo.

Pero también era cierto que la existencia para ella era sin duda más perra. Era solo la mantenida del capitán,

una especie de pasatiempo. Y aunque nadie osaba levantar el más mínimo comentario por respeto a su persona, ¿qué pasaría cuando él no estuviera? ¿Tendrían ella y su hijo una vida normal, como la del resto de los españoles que allí habitaban? Seguramente, no. Ni con los españoles, ni con los indios. Para esta hembra, su vida se ceñía a mantener su moderada felicidad mientras él estuviera al mando del presidio.

Para él quedaba, muy adentro y concentrada, su tristeza y rabia que apuntaba a una mujer que le hizo sufrir. Una mujer de la que nunca se olvidaría y a la que jamás podría perdonar. Quizás, se dijo, siguiera amándola siempre. Incluso con todo su odio.

Ella se desvistió por completo y a horcajadas sobre él, le besó en los labios con suavidad. Murmuró algo cariñoso en su oreja derecha, que él, todavía pendiente de sus amargos recuerdos, no entendió. Vio su sonrisa, amable, limpia y todo lo parecido al cariño que un hombre como él, en aquella dura y aislada tierra, y con su vida a cuestas, podía aspirar. La abrazó.

Y mientras el vino mantenía los hilachos de recuerdos, una vez más, se dejó hacer.

Capítulo 12

Misión de San Javier de Tortolitas.

A un cuarto de legua del presidio de Santa Teresa de la Plata. 5 de julio de 1778.

Anochecía con una temperatura agradable. Los días eran calurosos, pero las noches refrescaba lo suficiente como para que, una vez terminada mi labor en el presidio, montara el caballo y, con un trote suave, anduviera el escaso cuarto de legua que mediaba entre él y la misión franciscana.

Los apaches no suelen atacar de noche. Hasta ahora por lo menos, nunca lo han hecho —me dijo un día el sargento Unzurrunzaga . Eso le puede ayudar, mi alférez… —Me guiñó luego un ojo cómplice.

—No le entiendo, sargento —balbuceé, algo azorado.

Su risa era franca, campechana.

—Yo también fui joven, señor alférez. —Puso los brazos en jarras y me miró con simpatía—. Al capitán no le importará mientras no pierda el seso con esa señorita.

—¿Señorita…? —repetí como un tonto.

—No me disimule, señor alférez. Con todos mis respetos. —Seguía sonriendo—, creo que doña Isabel merece todas sus atenciones. Es rica, guapa. —Se encogió de hombros—. Tiene todo lo que un joven como usted puede pedir a la vida.

Terminé por ruborizarme del todo.

—¿Lo sabe el capitán? —pregunté después de un breve silencio por mi parte y también de carraspear ligeramente por la vergüenza de verme descubierto.

—El capitán Sobarriba sabe todo lo que quiere saber. Lo único que le importa —continuó el curtido suboficial luego de detenerse un instante— es que sus hombres no come-

tan errores que los maten. —Volvió a callarse—. Y en este caso ni la distancia es larga, ni peligrosa. Como le he dicho, señor alférez, los apaches no suelen atacar de noche. —Me palmeó el hombro izquierdo con fuerza—. Aproveche ahora que es joven —terminó con una risa franca y campechana.

Salí en un ligero trote con mi caballo. Era cierto que el camino de la misión, apenas un cuarto de legua del presidio y jalonada al principio de algunas de las casas y granjas de los españoles que residían en Santa María de la Plata, convertían en casi un paseo la distancia. Aun así, mi mosquete descansaba en la funda del arzón, mi sable pendía de mi cadera, y una pistola cebada y preparada para disparar, estaba dispuesta y a mano en otra funda especial en la silla. Me la había fabricado exprofeso el guarnicionero del presidio.

Iba nervioso, y no precisamente por los apaches. Era además consciente de que contra mi estado anímico ni un cañón de doce libras iba a ser suficiente. No, mi nerviosismo no estaba provocado por los indios, los pumas, jaguares o coyotes. Mi intranquilidad lo provocaba una cara angelical, con ojos del color de caramelo, una sonrisa perfecta de dientes blancos y perlados, una tez tersa y morena y un cabello que caía, como una catarata negra, sobre los hombros: Isabel.

Durante todo el camino, imaginé la conversación y a mí, de la forma más cortés y elegante que pudiera imaginar, pidiéndola permiso para visitarla, y si la hora era prudente, salir a pasear a caballo. Lo ensayé más de veinte veces en el recorrido; incluso la entonación. Y, por supuesto, elegí las palabras que pensaba más adecuadas. Lo juro por la salvación eterna de mis antepasados.

Cuando al doblar la última curva del camino descubrí la inconfundible silueta de la misión, oscurecida por las sombras del sol que ya se ponía, empecé a sentir un cosquilleo de nerviosismo que me hizo dudar de las frases que había elegido, de la entonación que había ensayado y hasta, si he de ser muy sincero, de mí mismo. ¿Y si ella no estaba? ¿Y si había vuelto a Arizpe? ¿O simplemente me decía que no, que no quería que la visitara más? Me detuve un momento e intenté tranquilizarme y ordenar los erráticos pensamientos. En ese momento, valoré que aquello era una locura y que, sin ninguna duda, me rechazaría de plano. Con decir que estuve a punto de dar la vuelta y desandar el camino hasta el presidio como un cobarde, uno puede imaginar mi azoramiento.

—Alférez Barrena, qué sorpresa verlo por aquí. —Era su voz, la de Isabel. ¿Estaba soñando? ¿Cómo era posible que la escuchara tan nítida y cercana?

Me giré aun en la silla de montar y miré hacia donde provenía. Mi corazón se detuvo un instante, para luego empezar a cabalgar a galope tendido en mi pecho. Sí, era ella, que sonriente caminaba acercándose hacia la posición en que me encontraba. Estoy seguro de que me ruboricé como un colegial. Por eso agradecí que las primeras sombras de la anochecida disimularan la vergüenza que sin duda estaba invadiendo mi rostro.

—Buenas noches —acerté a decir, solo una vez que ella casi hubiera llevado hasta mi caballo. Desmonté de inmediato y le besé la mano diestra como se entiende que un caballero español debe hacer siempre con una dama.

—¿Qué hace usted por aquí? —me preguntó con una sonrisa que deslumbraba y esos ojos llenos de arrebatadora belleza.

—Me gusta salir a pasear a caballo en la anochecida… Y la verdad, pues he tomado este camino —mentí descaradamente, como un bellaco, y entre algunos balbuceos.

Ella se rio. Fue una hilaridad plena de espontaneidad y franqueza. Limpia, rebosante de alegría y complicidad.

Yo también me alegro de verle, alférez… Y me cogió del brazo libre que me quedaba. Con el otro, yo seguía, absurdamente, manteniendo las bridas de mi caballo.

—Tengo que decirle me confiaba con un ligero mohín de enfado fingido— que no ha sido muy galante, señor alférez.

—Disculpe si la he molestado, yo… —acerté a expresar, confundido.

Ella, quitando el gesto ficticio de pequeña molestia, me volvió a mirar con esos ojos de caramelo, y la sonrisa, tersa y amplia, que casi me derrite.

—La próxima vez le aconsejo que diga que ha venido a verme. A cualquier mujer le gusta que le confiesen que cabalgan por ella por la noche.

Carraspeé y me sentí a la vez ridículo y memo como pocas veces en mi vida.

—Yo… —El imbécil que parió un día mi señora madre seguía sin poder articular las palabras necesarias y que, para mayor vergüenza, tanto había ensayado en el camino a la misión franciscana.

Ella rio de nuevo con franqueza. Fue una pequeña carcajada que me sonó absolutamente arrebatadora.

—Me encantará que venga más veces a verme; si así lo desea, alférez. Me agrada su compañía. Me palmeó significativamente el antebrazo un par de veces.

Se… se lo agradezco, y le pido perdón por mi… torpeza. —Me sentía inmensamente idiota y afortunado a la vez. Sí, ella había dicho que le gustaría que yo fuera a verla. En ese preciso momento mi corazón latía con la fuerza de una tamborrada—. Lo cierto es que… Tosí levemente para ganar tiempo— me es muy agradable hablar con usted…

—Eso está un poco mejor, señor alférez. —Me miró de nuevo sonriendo—. ¿Se va a quedar aquí, sosteniendo las riendas de su caballo? preguntó de forma encantadoramente burlona.

—No, claro que no —reaccioné, ahora más rápido, haciendo sin querer que me soltara el brazo—. Si le parece… —Carraspeé de nuevo—, puedo dejar atado el caballo a la entrada y… no sé…

—¿Charlamos de la vida social del presidio y de la misión…? ¿O tal vez de las nuevas obras de teatro estrenadas en Arizpe? ¿O de las tendencias musicales? ¿Qué prefiere usted? —Volvió a burlarse de mí con la amplia sonrisa y los ojos chispeantes de ironía.

—Quería decir que…

—Le pido disculpas, señor alférez, pero es tan gracioso verle así aguantando mis chanzas, que no puedo evitarlo. —Seguía con su encantadora sonrisa—. Estoy bromeando, por supuesto. No se lo tome a mal. ¿Qué le parece si entremos en la misión, deja al caballo y me acompaña a la huerta, que siempre hay algo que hacer? De hecho, iba hacia allí cuando me le he encontrado ahí, parado a lomos de su corcel. Por cierto, monta usted un excelente palomino.

—Sí, claro, que sí, señorita… Me refiero a que sí la acompañaré, faltaría más.

—Entonces, ¿no es un excelente palomino? —Sus bromas y su desbordante sentido del humor me agradaban sobremanera. Si ya su rostro, sus ojos y su larga caballera azabache, me enturbiaban la mente, que bromeara conmigo me parecía algo cercano a lo sublime. Y, además, su sonrisa seguía siendo perfecta. Es más, hacía que mi corazón siguiera tocando a rebato.

—Sí…, también. Es un magnífico animal… Pero no quería parecer descortés, señorita Aláiz.

—Puedes llamarme Isabel… Alonso, ¿no? —Me tuteó con toda normalidad mientras se encaminaba a la puerta de la misión.

Sí, Alonso de Barrena, seño… Isabel —acerté a contestar, ahora con un intenso nudo de emoción en la garganta.

Ella parecía disfrutar lo suyo con mi notable azoramiento y el añadido de mi torpeza. Y yo, entre que me sentía claramente inferior a ella en dotes sociales y con mi corazón golpeándome fuertemente el pecho, que no me dejaba pensar con fluidez, tampoco contribuí a que mi imagen fuera la más galante y refinada posible. Pero me parecía sencillamente maravilloso que se tomara esas licencias conmigo.

—¿Entiendes de caballos? —pregunté por fin, algo más tranquilo.

—Sí, se puede decir que sé bastante. Es algo que tenemos en común; o eso me parece a mí. Los caballos, muchas veces, son más nobles y sinceros que las personas. ¿No crees?

—Sí, es posible. —Pensé en aquella pérfida mujer que había fingido un embarazo para cazar la fortuna de mi familia.

—Yo te aseguro que así es. Hay mucha gente mala en el mundo. —Tras esa grave aseveración, su rostro se volvió triste y se quedó pensativa por un instante.

—No quiero provocar una conversación que te entristezca, Isabel —le dije con suavidad mientras me acercaba un paso más a ella y notaba el tibio aroma de su piel.

—No es tu culpa… Creo que eres una buena persona y no te imagino haciendo sufrir a otra.

Me callé y la observé con mucho detenimiento No iba vestida como se esperaba de una señorita rica de Arizpe, ni tampoco perfumada o enjoyada como seguramente había estado en más de una ocasión. Aun así, era arrebatadoramente bella.

—¿Qué me observas con tanto interés? —me preguntó a la vez que seguía caminando y acariciaba algunas flores con las yemas de los dedos.

—Lo bella que eres… —La frase me salió así, espontánea, de un audaz golpe.

Ella se volvió sonriendo y luego me miró a su vez con curiosidad.

—Ahora parece que ese arrojo militar se ha impuesto a la timidez del principio. Posó un momento sus ojos en mí

—Si te he molestado, lo siento. No volverá a pasar.

—Yo no he dicho que me hayas molestado. —Seguía esa sonrisa perturbadora en sus labios mientras miraba al frente y a mí alternativamente—. Me gusta lo que veo y escucho. —Me volvió a mirar, pero esta vez un instante más de lo normal y me sentí dichoso por ello.

Respiré hondo mientras avanzábamos algunos pasos y entrábamos en la huerta de la misión. Aquella mujer

me atraía mucho y su forma de ser, directa, simpática y amable, me parecía una combinación tan original que yo jamás podría olvidar.

—Dicen que los tomates de esta huerta son los mejores de Nueva España… —comenté, intentando iniciar una nueva conversación.

—Sí, eso me han dicho. Tienen fama.

Estuvimos un rato largo charlando de cuestiones sin importancia y de cosas nimias, del presidio y de la misión. Sin darnos cuenta, pasaron un par de horas, y ya la noche era absoluta y total. La acompañé de nuevo a la puerta de la misión y nos quedamos un momento mirándonos.

—Me gustaría volver a visitarte, Isabel —propuse con renovado brío.

—Y a mí me agradaría mucho que vinieras a verme, Alonso.

Sonó una lechuza, y entonces mi caballo cabeceó y se sacudió las crines al verme. Carraspeé ligeramente de nuevo porque veía el momento de partir. Es más, me hubiera gustado tanto que ese instante no llegara jamás. Siempre que dudaba o no sabía bien qué decir, hacía lo mismo. Ella empezó a sonreír de nuevo.

—No sé qué decir… —casi susurré.

—Entonces no digas nada —me dijo mientras se acercaba, se ponía de puntillas y me dejaba un pequeño beso en mis labios—. Hasta pronto. No tardes tanto esta vez. —Y entró en la misión mientras me miraba y su sonrisa se eternizaba en mis pensamientos.

Capítulo 13

Ciudad de Arizpe.
Virreinato de Nueva España.
7 de julio de 1778.

—… sí, ese nuevo presidio que lleva tres años. Al parecer, empiezan a llegar los cargamentos de plata hasta aquí… No sé si será cierto, pero el capitán Sobarriba, que es el que está al mando, debe venir por Arizpe a dar cuenta al gobernador. Quizá surjan oportunidades de negocio… Se encogió de hombros Ana Gonzaga.

Dolores Vargas se había quedado conmocionada al escuchar aquel apellido acompañando el rango castrense. De inmediato, oleadas de recuerdos y de sensaciones se le agolparon en la cabeza. Esperanza Vinuesa seguía hablando sin percatarse de lo sucedido. Ana Gonzaga, lo mismo. Ambas siguieron sorbiendo con lentitud el zumo con hielo picado que les refrescaba. La casa de Esperanza era grande, espaciosa, digna de un buen comerciante como era Gabriel Hornos, su marido. Telas, orfebrería, hortalizas…, cualquier cosa con la que hacer dinero, podía ser buena para él. El butacón en el que estaba sentada, empezó a parecer que se movía, un comienzo de sudor frío le punteó la frente y el corazón se le desbocó con fuerza.

—… y así se han reorganizado los presidios del norte. La verdad es que no me imagino en esas tierras inhóspitas, sin ley, donde los indios son un constante peligro y no hay ninguna vida social. Debe ser aburridísimo… —afirmaba, con un mohín de disgusto, Esperanza Vinuesa.

—Tampoco Arizpe es París… —apuntaba Ana Gonzaga, que siempre tenía un punto de negatividad en muchas de sus intervenciones, fruto de un cierto complejo Su hermana, casada con un diplomático, residía en esos momentos en el Milanesado.

Dolores Vargas continuaba todavía ensimismada en sus cosas. Recordaba en ese momento la cara del capitán del Ejército español cuando salió de su cuarto para no volver más. Su apostura, seriedad y hombría al no volver sobre sus pasos para reclamar su perdón. Y cómo su atracción por él se fue convirtiendo en algo muy complicado de definir. Una mezcla de odio y de amor; una ligazón insensata y complicada. Fuera lo que fuera lo que sentía era que ese hombre, casi muerto en las cenizas de sus recuerdos tras tantas llamas, acababa de rebrotar con inusitada furia y fuerza.

—¿Te pasa algo, querida? —le preguntó con extrañeza la anfitriona—. ¿Quieres algo más de zumo? Te noto algo sofocada…

—No es nada, gracias —acertó a contestar Dolores Vargas un momento después de que la sacaran de sus pensamientos—. Estoy cansada. No he pasado buena noche…

—No has pasado buena noche… o ha sido demasiado buena —rio Ana Gonzaga con ojos procaces.

Dolores no contestó. Solo sonrió y se abanicó ligeramente. No estaba azorada, ni se lo iba a provocar un comentario como ese. Pero sí era cierto, que empezaba a sentir incomodidad. Por un lado, el sudor frío y repentino y por otro el ascenso de cierto calor en sus mejillas.

—Cualquier diría que estás en otro sitio… ¿Te encuentras bien? —preguntó de nuevo Esperanza Vinuesa.

—Solo cansada, de verdad.

—Bueno, pues como os iba diciendo —continuó Ana Gonzaga—, la intención del gobernador es continuar con la expansión al norte. Dicen que los franceses y los ingleses están también interesados… Cualquier día nos liamos a tiros. El capitán Sobarriba es el que está destinado en Santa Teresa de la Plata, que dicen se va a convertir en una ciudad importante si de verdad consiguen sacar adelante las minas. En Tucsón, se comenta que también hay riquezas, en la tierra, pero por lo que le oigo a mi marido y a sus amigos, es que lo interesante son las vetas de plata de Santa Teresa.

—No sé si esas tierras son interesantes. El mío afirma que son un secarral y que nunca tendrán nada decente en ellas. Aunque pasen lustros y siglos, aquello será siempre un desierto… —intervino Esperanza, rotunda—. ¿Tú qué crees, Dolores?

La aludida no contestó de inmediato. Se estaba recreando con la figura del capitán Sobarriba al mando de esos dragones, conquistando tierras tan inhóspitas y peleando con los apaches. Entonces su corazón se volvió a acelerar. Se le imaginó con una flecha clavada y tendido en el suelo. Un cosquilleo nervioso le recorrió el espinazo. No, no podía morir. Al menos, sin verlo una vez más, ahora que sabía exactamente dónde estaba. Porque desde que se habían separado, ahora haría unos seis años, el oficial había estado destinado en Santa Fe un tiempo, y luego en otro presidio, aunque ya ahí le perdió la pista. Ahora, volvía a situarlo cerca. Y aquello le producía una sensación muy intensa de volver a tenerlo en su lecho, entre sábanas revueltas. Al menos, una vez más. Se preguntó si eso significaba que lo seguía queriendo o que, simplemente, necesitaba aplacar la sensación de perdedora que le quedó cuando él se fue para siempre, sin mirar atrás y sin volver a suplicarla de nuevo su amor.

—No lo sé… Son tierras duras. Creo que hacemos poco por allí y que nuestros soldados estarían mejor defendiéndonos a nosotros aquí, en Arizpe. —Y aquello le dio una idea que iba a poner en práctica en cuanto volviera a ver a su amante, Javier Ceballos.

—Bueno, sea como sea, si hay o no negocio, es cosa de nuestros maridos. Ellos sabrán… —sentenció Esperanza Vinuesa, dando así por zanjado el tema.

Entretanto, Dolores Vargas inició a maquinar mentalmente su plan para verse con el capitán Alberto Sobarriba muy pronto…

Capítulo 14

Presidio de Santa Teresa de la Plata.
Virreinato de Nueva España.
8 de julio de 1778.

El padre Antonio entró por la puerta del presidio todavía recordando las cabelleras y calaveras de los apaches en las estacas. Seis había contado. Cuando descendió del borrico, saludó efusivamente al sargento Unzurrunzaga y también al capitán Sobarriba. El teniente Paones estaba de patrulla y yo me encontraba en ese preciso momento de guardia, aten-

diendo a un grupo de indios pimas que, mal que bien, se estaban iniciando en el uso del mosquete. El sargento Juan Gallo los iba instruyendo con más paciencia que el santo Job. Dos colonos, ambos españoles, nacidos en la zona de Santa María del Pilar, al norte de Arizpe, también estaban recibiendo las clases que el sargento y un soldado les iban dando. El teniente Paones, con su meticulosidad habitual, era el que solía dar finalmente el visto bueno a estas enseñanzas, pero nos había requerido ayuda el capitán Pedro Allande[28] de San Agustín del Tucsón, y junto con un grupo de quince dragones, un sargento y dos exploradores se habían unido a una operación de castigo a los apaches de las cercanías de aquel fuerte militar. Al parecer, también llevaban bastante tiempo merodeando por los alrededores y robando ganado.

Yo esperaba poder ver a Isabel, aunque solo fuera un rato a solas, y para eso, tenía intención de pedirle permiso al capitán a fin de dar un paseo por los alrededores del presidio con ella; si no tenía inconveniente, claro. Pero mi timidez y el miedo cerval a ser rechazado, hacía que me fuera harto complicado. Una vez más, me salvó la suerte.

—Alférez Barrena. —La voz de Sobarriba sonó justo detrás de mí, tras una de las descargas de los aprendices de tiradores.

—Sí, señor capitán —contesté raudo, viendo que detrás de él Isabel sonreía. Además, se colocaba la mano a modo de visera para protegerse de sol que ya estaba alto y empezaba a calentar. A su lado, iba el franciscano don Antonio que charlaba con el sargento Unzurrunzaga de algo referente al huerto. Seguramente sería sobre esos tomates tan afamados que cultivaba en la misión.

—Alférez —repitió mi superior. Noté que, a pesar de su seriedad habitual, tenía una mirada más amable, quizás

hasta un punto guasona—, la señorita Aláiz desearía dar un paseo a caballo después de comer. Como sé que usted es un excelente jinete y un perfecto caballero, le encargó personalmente su escolta —apostilló con total intención, lo que hizo que me sonrojara como un crío pillado en una travesura—. Lo único que les ruego encarecidamente es que no se separen mucho del presidio. Y le sugiero que lleve a la señorita Aláiz a que vea el río San Pedro. Hará bastante calor, y den por seguro entonces que deberán refrescarse —insinuó finalmente.

Al principio me quedé sin poder articular palabra. Aquello me sonaba a chanza y a broma, pero la cara del capitán era seria. No así la del sargento, ni tampoco la del padre Antonio; aunque este estaba más distraído mirando un punto sin determinar del horizonte.

—Como ordene usted, señor capitán —contesté finalmente, después de unos segundos de vacilación, y notando que la cara de Isabel de burla simpática era toda una declaración de intenciones.

—Y no tengan prisa. Tómese la tarde libre, alférez.

—Señor capitán… —Fui a decirle que me quedaba por entregarle el rutinario parte de las enseñanzas de disparo a los colonos y los pimas, pero me cortó con una mano alzada.

—Es una orden que no se discute. Y que espero que la cumpla a la perfección, como un caballero que es, alférez. —Y entonces, en ese preciso momento, casi imperceptiblemente, el capitán Sobarriba sonrió mordaz.

Esa tarde, en efecto, nos aceramos al San Pedro, que avanzaba lento y con poca agua. El calor apretaba, pero salir a

pasear a caballo con Isabel lo compensaba todo. Anduvimos hasta la orilla del río, nos refrescamos y bebimos agua. Los caballos abrevaron y nosotros dos elegimos la sombra de un par de palos brea para sentarnos allí. Extendí una manta sobre el suelo y dejé que Isabel se sentara abrazando las piernas, embutidas en una falda larga de monta y botas camperas. Ambos árboles tenían varios cortes horizontales hechos con un pequeño cuchillo. Seguramente por niños del presidio que chupaban la savia dulce como si fuera caramelo.

—¿Por qué viniste aquí? —me preguntó Isabel—. No eres el típico soldado de frontera ni tampoco un colono… —Se encogió de hombros—. Me es mucho más fácil imaginarte en Arizpe o Ciudad México, destinado en cualquier regimiento de caballería y desfilando. Pero nunca en este desierto.

Sonreí con algo de tristeza. No sabía cuál sería su reacción si le contaba la verdad. Pero tampoco quería mentirla. Nunca se sabe lo que nos depara el futuro y las sorpresas que a uno le pueda dar la vida.

—Mi padre lo preparó todo. Me quiso alejar de… —Me quedé dudando.

Isabel giró la cara y puso sus preciosos ojos en mí. Tenía una mirada inteligente, profunda.

—¿Una mujer…? —inquirió después.

Yo no contesté y me entretuve en jugar con un pequeño palo, dibujando algo abstracto en la tierra. Por fin asentí en silencio con la cabeza. Ella siguió mirándome, esperando que le diera más información. Respiré profundamente, me coloqué en la misma posición que ella y le hablé con voz queda:

—Se llamaba… o se llama, mejor dicho, Ana García de la Cruz. —Volví a quedarme callado.

—¿Huiste por su nombre…? No es que me guste mucho, pero feo, tampoco bromeó Isabel, pero esta vez sin mirarme; aunque tenía prendida una pequeña sonrisa en el rostro que no me pareció tan alegre como en otras ocasiones.

—No. intenté sonreír, pero no puede . Ella intentó engañarme —resumí, ya con pronunciado ceño.

—¿Te engañaba con alguien, quieres decir? Giró de nuevo la vista hacia mí.

—Sí, claro… Se acostaba con un empleado de la familia. Un español, guaperas y chulo, que les hacía las veces de capataz en el rancho de ganado que poseen allí, en Real del Monte.

—Intuyo que hay algo más… —incidió ella al constatar que me quedaba de nuevo callado y con la mirada algo perdida en mi deprimente pasado amoroso.

—Quedó encinta… Ella me dijo que era mío y yo hablé con mi familia para casarme. Era mi obligación. —Respiré hondo e, instintivamente, miré al suelo preso de la vergüenza que me invadía al contarle esto tan íntimo a Isabel.

—¿No lo era? Me refiero al niño… —apuntó con exquisito tacto.

Negué otra vez con la cabeza. Me vinieron a la memoria en ese momento las lágrimas fingidas de Ana María, los sollozos, y como me abrazaba pidiéndome que no la dejara sola en tan amargo trance. Y me vi a mí mismo, hablando con su padre, con mi uniforme de cadete y mi impostada madurez.

—Era del capataz… —susurró Isabel, mirándome de nuevo mientras ponía una mano cálida en mi antebrazo izquierdo.

—Sí, por supuesto que sí. Era de ese hombre y me lo quiso endosar a mí. A fin de cuentas, mi familia es rica, tiene posibles, y un rancho que, por muy bueno y grande que sea, nunca es equiparable a varias minas de plata. Para ella era un buen negocio. Y para su familia, también —apostillé.

En ese mismo instante pensé que quizá Isabel decidiera no continuar con el incipiente acercamiento que teníamos. No se podía hablar de noviazgo porque era demasiado prematuro. La hubiera entendido si en ese momento me hubiera rechazado. Pero entonces sucedió algo que me hizo que supiera que aquella mujer era la definitiva. Alguien de quien enamorarse hasta lo más profundo y por la que merecía la pena tener una vida en común. Me abrazó, giró mi cara, y me besó en la boca. Luego sonrió con lentitud, volvió a posar sus labios en los míos y me acarició el pelo.

No te culpes. Tu comportamiento fue irreprochable. El de un caballero… Me susurró mirándome a los ojos con ternura . ¿Cómo supisteis que era todo un engaño?

Supimos que era de él por casualidad. Alguien nos dijo que nos estaban engañando. Que Ana María sabía de su embarazo antes de que nos acostáramos por primera vez. Callé y rememoré con tristeza aquellos días . Entonces entendí sus prisas por meterme en el lecho y su insistencia en que era la prueba para sellar nuestro amor. Pero su tripa creció con excesiva rapidez para que fuera mío. Un médico amigo, nos dijo que las primeras exploraciones realizadas por el facultativo de la familia, indicaban que el embarazo era de al menos tres meses. Imposible que fuera yo el padre…

Ella me había dejado hablar. Mis palabras habían salido como la corriente de un río: fluidas y monótonas. Me quedé mirando al suelo, jugando a hacer extraños dibujos en la arena con un nuevo palo que cogí.

—Es el pasado —me dijo con exquisita suavidad, pasados unos instantes. Me acaricio el brazo y recostó su cabeza en mi hombro.

—Gracias —susurré tontamente, quizá aturullado por la situación y sin saber bien qué contestar ante esa extraordinaria muestra de cariño y de confianza.

—¿Gracias? —Ella estiró aú9n más la sonrisa—. ¿Por qué gracias? —insistió, perpleja volviendo a mirarme con esos ojos de caramelo.

—Por escucharme y creerme.

—Si me has mentido, lo sabré algún día. Pero sinceramente, creo que eres un buen hombre a quien han intentado engañar para hacer fortuna. Si me equivoco, me daré cuenta.

—No te equivocas… Quiero decir, que te digo la verdad —rectifiqué con rapidez—. No sé si soy un buen hombre… Pero que engañaron a mi familia y que incluso nos exigieron dinero, por no hacer público el suceso, te lo juro por lo más sagrado.

—Te creo.

—Esa mujer y su familia se aprovecharon de que mi padre y mi madre no quisieron escándalos. Sacaron una buena suma… Y el niño nunca nació.

—¿Y también te sientes responsable de eso? —me preguntó pasando su mano diestra por mi mejilla y volviendo a girar mi cara para que la mirara a los ojos.

—Sí…, no puedo evitarlo. Si yo hubiera accedido a casarme sin más, esa criatura estaría hoy viva.

—Eso te honra, Alonso de Barrena. —Me volvió a besar—. Y por estas cosas quiero que sigamos viéndonos. Supe que eras un buen hombre nada más verte, alférez. —Sonrió posando acto seguido su boca en la mía—. Yo también tengo una historia triste —reconoció cuando separamos los labios—. Mi madre se casó en segundas nupcias con un hombre cruel, ambicioso y vengativo. Quiere que contraiga matrimonio con un amigo suyo para hacer negocios, ya que mi hermano, con acierto, uno de los pocos días que mi madre tenía la cabeza clara, pudo conseguir la firma y así, salvar nuestro patrimonio. Lo malo, Alonso, es que mi hermano viaja mucho y está casi siempre fuera de Arizpe. Los negocios familiares le atan mucho. Y si él no se ocupa de ellos, lo haría mi padrastro. Y eso, por nada del mundo. —Calló un instante, pensativa—. Hay veces que me siento muy sola, pero a pesar de ello, me negué a casarme con ese amigo de mi padrastro, y me enfrenté a mi padrastro. Por eso estoy aquí escondida y huida.

Yo, entonces, la abracé con pasión y la besé con todo el cariño y el amor del que fui capaz.

—Te prometo que te defenderé. Mientras yo esté, no te harán nunca daño.

Son gente poderosa, Alonso.

No me importa…

Cuando volvimos, encontramos el presidio un poco ajetreado. Se me acercó el capitán Sobarriba.

—Alférez, el indio apache que venía con el padre Antonio ha escapado con un caballo. Ha salido el cabo Agui-

lar para ver si lo encuentran.

—¿Cómo ha sucedido, señor capitán? —repliqué, un tanto sorprendido.

—Al parecer, ha visto las cabelleras de los apaches en las estacas, algunos de los jóvenes del presidio se han debido burlar de él y ha salido zumbando con el primer caballo que ha encontrado.

—Lo de las cabelleras en las estacas, si me permite capitán, me parece un exceso bárbaro —apuntó Isabel, que empezaba a darme cuenta de que tomaba la iniciativa sin pedir permiso a nadie y sin esperar ser invitada a la conversación.

—Señorita —mi superior empezó a hablar despacio —, entiendo que no le guste. Pero eso hace que los apaches se piensen volver a atacarnos. Si por mí fuera, no lo haría. Se lo aseguro. —La contestación del capitán fue moderada, sin que apareciese su tono imperioso y de mando que solía usar cuando se dirigía a nosotros en muchas ocasiones. Me di cuenta, que era un hombre educado y cultivado—. Ahora, si nos disculpa, tenemos que ver cómo afrontar este tema. Una escolta de tres dragones los acompañará a la misión. Le ruego me disculpe la molestia de esa visión y si ahora no puedo atenderla como sin duda se merece. Le pido perdón señorita.

—Muchas gracias, pero no creo que sea necesario, capitán.

—No es opinable, señorita Isabel. En cuanto esté dispuesta la escolta, partirán. Y le reitero mis disculpas por este escabroso incidente.

Isabel se despidió y nos quedamos a solas el capitán y yo.

—Alférez, espero que sepa aprovechar la suerte que tiene de poder cortejar a una mujer de ese calibre. No hay muchas como ella, y por esta zona, me atrevo a asegurar que ninguna.

—Señor capitán, yo… —Fui a decir con torpeza, pero me interrumpió como si la conversación nunca hubiera tomado ese derrotero.

—Y ahora, vamos a ver cómo nos puede afectar que un apache haya estado dentro del presidio, y haya visto nuestras defensas y armas. Quiero que se encargue de estudiar alguna forma para que, de darse un ataque, podamos sorprenderlos esos salvajes. Si es posible, me gustaría que mañana me entregara alguna sugerencia. Entre todos los oficiales decidiremos qué es lo mejor.

A sus órdenes, señor capitán. Pero lo primero que hemos de hacer, si me permite, es finalizar las plataformas para que los cañones puedan estar operativos.

—Hágase cargo de ellos, alférez.

—Si me permite, señor capitán, creo que sería adecuado una plataforma en cada intersección de los muros, y adecuar la torre de defensa para utilizar uno o dos cañones. No son grandes y podrían caber.

—Me parece bien, alférez. Redacte su propuesta y mañana lo vemos con el resto de la oficialidad.

—Como ordene, señor capitán —le saludé a la vez que me retiraba.

—Barrena… —me llamó.

—Sí, señor. —Me di cuenta de que tenía la misma pequeña sonrisa que cuando me ordenó salir a pasear con Isabel unas horas antes.

—No me redacte el informe de su paseo por los alrededores del presidio. Soy consciente de que no ha habido ninguna novedad digna de mención. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, así es…—carraspeé presa de un cierto azoramiento—… señor capitán.

Capítulo 15

Desierto de Sonora.
Virreinato de Nueva España.
10 de julio de 1778.

La escolta no era en realidad muy numerosa. Dos soldados y un cabo del presidio. Don Miguel, el contador, y los dos dragones de Tucsón, habían partido en cuanto el funcionario selló las sacas de la plata y lacró el pliego con los pesos y cantidades. No quiso pasar más tiempo del debido en aquellas tierras. Seguramente el miedo cerval a los apaches, le empujó a terminar cuanto antes su cometido

La caravana la formaban tres carretas cargadas con la plata de varios meses de duro trabajo; los mismos mineros iban en los pescantes dirigiendo el tiro de caballerías. No querían desprenderse de la pequeña riqueza que habían arrancado a la madre tierra. Habían salido ayer apenas amaneció en Santa Teresa de la Plata y les quedaba aún una jornada completa, para llegar a Arizpe. Hacía calor —mucho—. Y en ese mo-

mento se disponían a atravesar un pequeño desfiladero que apenas podía considerarse como tal, sino más bien un angosto pasillo entre dos elevaciones. Unas quinientas varas castellanas; no más.

Entonces los vieron. Eran dos jinetes.

—Cabo. —El dragón Berruezo apunto con la barbilla a los hombres se acercaban en sus monturas en un ligero trote.

—¿Quiénes son? —preguntó quién iba al mando.

El dragón se encogió de hombros. Amancio Silva, que se encontraba situado en el pescante de la primera carreta, entornó los ojos y se fijó en aquellas figuras.

—No son apaches. —Fue todo lo que dijo. Luego escupió un gargajo denso.

—Todos tranquilos. Seguimos avanzando. Por si acaso, colocaos a los lados —apuntó el cabo a Berruezo y a Muñoz, quienes se situaron a los lados de la pequeña caravana.

Los dos jinetes llegaron poco después a la altura de la primera carreta. Detuvieron el trote de sus corceles y se acercaron lentamente. El cabo García miró al que iba primero. Sonreía de una forma que no le gustó nada. El que iba con él, un mulato grande, tenía el semblante pétreo, sin mover un solo músculo.

—Buenos días —saludó el recién llegado al militar español con un claro deje de acento francés mientras se tocaba el ala del sombrero.

—Buenos días. ¿Necesitan ayuda? —quiso saber el cabo García.

—No, muchas gracias. —Tras esa respuesta de seca cortesía, Alain Moreau se quedó callado, mirando al militar y

con una media sonrisa en la cara.

—¿Se les ofrece algo? —insistió el dragón español al mando, extrañado por la actitud del desconocido con acento gutural.

—No. Nada que no podamos hacer por nosotros mismos.

Siguió un momento de extraño silencio. El cabo García miró a los dos dragones que estaban colocados en la cabecera de la caravana, en ambos flancos. El caballo del cabo cabeceó y piafó ligeramente.

—Pues si no se les ofrece nada… —García taloneó a su caballo para seguir avanzando al paso.

—Pues entonces iros a tomar por culo y dejadnos seguir nuestro camino. Tenemos prisa. —soltó Amancio Silva, que nunca había sido un hombre de sutilezas. Volvió a soltar un salivazo que voló hasta caer en la tierra y quedar consumido casi al momento. Luego restalló las riendas y los dos caballos de carga iniciaron su cansino andar.

—La verdad es que queremos la plata. —La sonrisa de Moreau sonaba venenosa y mortal.

En ese momento el cabo García entendió al fin que les estaban atracando. Pero ya fue tarde. Cuando fue a responder y a preparar la lanza para cargar contra aquel extranjero, sintió un golpe en el pecho que hizo además que todo se nublara y le faltara el aire. Cayó del caballo y, ya en el suelo, se palpó la cuera ensangrentada. Un boquete del tamaño de medio puño se abría en su pecho. Falleció en ese mismo instante, sin poder ni siquiera articular una palabra más. El siguiente en morir fue Amancio Silva. El mulato que acompañaba al forajido de acento francés se abalanzó con sorprendente agilidad a su pescante y, en un movimiento ve-

loz y certero, le seccionó la yugular hundiéndole un fino estilete en el cuello. El minero tardó menos de un minuto en irse al otro barrio en silencio y con los ojos desorbitados por la sorpresa. El resto no fue tan sencillo, pero tampoco tuvo demasiados problemas para Alain Moreau y sus secuaces. Dos indios y un hombre de aspecto español, y que hablaba a la perfección el castellano, salieron de detrás del saliente rocoso de la derecha, con las armas de fuego listas para disparar. Los dos dragones restantes respondieron a su vez disparando las suyas, alcanzando en el estómago a un ópata de nombre Enrique, que acababa de dejar sin vida al minero que conducía la tercera carreta. El forajido que parecía español terminó con el dragón, lo mismo que el coyote que le acompañaba, y que disparó por la espalda al último soldado que seguía con vida y que con el sable intentaba acabar con el indio ópata herido de bala.

Cuando todo terminó, solo quedaba con vida el minero que conducía la segunda carreta, la que marchaba en medio de las otras dos. Alain Moreau se adelantó hacia él. Era joven, moreno, de aspecto sano. Robusto y de corta estatura. De manos grandes y fuertes. Se quedó mirando al jefe de aquellos forajidos y respiró hondo. Otros dos hombres más salieron del mismo saliente rocoso de donde surgieron, minutos antes, el español del párpado vencido, el indio ópata que gritaba de dolor, palpándose el boquete del estómago y la pierna herida, y el coyote que asistía ahora silencioso a su compañero.

—Dijimos que sin muertos… —le susurró con brusquedad Javier Ceballos al francés cuando le hubo alcanzado. Este lo miró entre divertido y sorprendido. Luego, muy despacio, mudó la sonrisa por un gesto ceñudo y ofuscado.

—Otra protesta más y le meto un palmo de acero en las tripas. —Moreau taloneó a su caballo con suavidad, movió las riendas e hizo que se colocara justo al lado del castaño del español—. Aquí las cosas se hacen como yo digo. —Acercó aún más su cara hasta quedar a tres o cuatro pulgadas de la de su cómplice—. ¿Entendido?

—Calma, señores —habló el padrastro de Isabel.

—Yo siempre estoy muy calmado, señor Pacheco. —Y sin mirarlo siquiera, Moreau hizo girar a su caballo y se dirigió hacia donde estaba el ópata herido . No se olvide de pagar a su soplón si quiere que lo deje con vida.

Javier Ceballos sacó una bolsa de monedas que lanzó al minero de la segunda carreta. Luego, este agarró un saco de plata que ya tenía preparado, desató al caballo de tiro de repuesto, que iba sujeto a la trasera de la carreta, y se fue al trote mirando para atrás cada poco.

—Andrés, ¿cómo está Enrique? —preguntó Moreau al español antes de llegar a donde permanecía el ópata gritando de dolor. El aludido se rascó ligeramente la cabeza, ladeando después el sombrero con la mano. Tras ello, encogió los hombros. Tenía un párpado caído sobre su ojo derecho, fruto de una herida de adolescente que casi le costó la vida y fue la antesala para su ya larga carrera criminal.

—Mal. De esta no sale. Eso no se cura —contestó al fin.

Alain Moreau miró al español. Se conocían desde hacía cuatro años. El francés sabía que era un tipo peligroso, mucho. Casi tanto como él mismo. Había nacido en Veracruz. Hijo de prostituta y de padre desconocido, muy pronto ya pisó los límites de la ley y los calabozos. Se rumoreaba que había matado a un hombre que se acostaba con su ma-

dre, únicamente para robarle un caballo, y también que era desertor de un Regimiento de Caballería acuartelado en Ciudad de Méjico. Otros decían que en verdad era de la España peninsular y que había llegado a Veracruz huyendo de la justicia. La verdad completa, solo la sabía él y no hablaba nunca de ello, pero desde que cumplió los catorce años ya supo lo que era matar. No, no había sido por un caballo, sino por una bolsa de monedas de plata y varias alhajas del orondo criollo que solía embestir a su madre cada noche como un animal. Luego salió por la puerta, tras dejar a la mujer que lo había parido con un ojo amoratado y una costilla rota por tratar de impedírselo. Ella también quería su parte del botín. No obtuvo nada; su hijo salió por la puerta para no volver nunca más. Montó en el caballo del muerto y no miró atrás.

—Si es así..., termina con él. No te será difícil porque no os caíais bien. Cuando acabes, ve a Arizpe con el coyote. Escondéis la plata y me esperáis. Yo tengo que ir a la misión a por la hija del imbécil de Pacheco. No os dejéis ver por la ciudad. Ni tabernas, ni tampoco mujeres. ¿Me oyes, *Tuerto*?

El español asintió, y luego escupió en el suelo.

—Te he dicho más de una vez que no soy tuerto. Te aseguro que un día te abro el cuello en cuanto lo digas —habló muy despacio, mirando al francés directamente a los ojos.

—Tienes un carácter muy arisco, Andrés —le dijo Alain tras un instante de silencio en donde la mirada del español no se inquietó un ápice—. Haz lo que te digo. —Y dio media vuelta con su caballo, dirigiéndose hacia donde estaban Pacheco y Ceballos.

—¿Y esos dos? —Señaló Andrés a ambos con el mentón.

—Se van contigo. No quiero tenerlos cerca.

—Como digas. Pero no olvides lo que te he dicho. Te juegas la vida cada vez que me llamas así. No bromeo —añadió al momento Andrés.

Alain Moreau sabía que podía hablar en serio. El español había matado a hombres por menos que eso y nunca le había temblado la mano.

—Lo tendré en cuenta —le dijo mientras se alejaba al paso de su corcel.

Andrés se quedó mirando la espalda del francés. Resopló y volvió a escupir al suelo con la boca torcida. Después miró hacia el ópata que seguía gritando de dolor. El coyote, de nombre Joaquín, entendió a la primera la mirada del español y se apartó en silencio dejando solo al herido. Se acercó a donde estaba el ópata, desmontó y acaricio su puñal. El indio, cuando se percató de lo que le iba a suceder, empezó a suplicar clemencia.

El camino hacia la misión no era largo. Apenas unas horas. Alain Moreau prefirió hacerlo despacio, dando tiempo a que la noche se les echara encima. Para lo que tenía planeado, era lo mejor. A su lado, el mulato no hablaba nada si nadie le dirigía la palabra. Callado, taciturno y peligroso. Así era José, al que apodaban *El Zambo* por su forma de andar de piernas arqueadas.

Tuvieron que esperar un corto espacio de tiempo hasta que el atardecer terminó de descolgarse por las Tortolitas. Justo en ese momento, el francés le hizo un gesto al mulato. Así que ambos ensillaron a los caballos y se dispusieron para acercarse a la misión.

Alain Moreau ni siquiera descabalgó cuando llamó a la puerta con insistencia. En su mano portaba una especie de maza envuelta con trapos que parecían húmedos. Abrió el mismo padre Antonio, quien con cara de sorpresa saludó a los dos desconocidos que, aún a caballo, se mantenían quietos a la entrada de la misión.

—Buenas noches. Soy el padre Antonio. ¿Qué se les ofrece?

Buenas noches, padre. —La sonrisa de reptil de Moreau delataba que sus intenciones no eran buenas—. Venimos a llevarnos algo que nos han encargado.

—No recuerdo haber pedido… —fue a decir el religioso. Detrás de él, empezaron a agolparse algunas mujeres y un par de jóvenes.

Dos hombres, de la decena que allí habitaban con sus mujeres e hijos, se acercaron igualmente con los aperos de labranza en las manos. Eran lo único que tenían para defenderse. El jefe de aquellos forajidos chascó entonces la lengua con evidente fastidio.

—Padre, no me lo ponga difícil o convierto la misión en una gran tea… —En ese momento, con yesca en su diestra, el mulato prendió la maza similar a la del francés, que llevaba en la mano.

Alain Moreau taloneó a su caballo, acercó la suya a la que ya prendía de José, y volvió a hablar dirigiéndose al sacerdote.

—Tengo que llevarme a Isabel Aláiz. Sé que está aquí, así que no intente engañarme. José, acércate a ese cobertizo le dijo a su esbirro, señalando la cuadra de los animales, que tenía un pequeño techado de ramas y donde había paja para el alimento de las bestias.

—¿Para qué quiere a Isabel? —preguntó el padre Antonio.

—Eso no creo que le incumba. Si no está aquí en unos minutos, prenderemos las cuadras y cualquier otro edificio. No bromeo, se lo aseguro.

—¿Quién quiere que yo me vaya de aquí? —La voz de Isabel se escuchó entre la gente que ya se agolpaba a la puerta. Dio un paso adelante y se situó al lado del religioso.

—La reclaman en su casa, señorita. —El francés se tocó el sombrero en una señal de saludo que intentó ser cortés.

—No quiero ir —replicó ella, tajante.

—José, acerca la antorcha donde los animales… —Se limitó a ordenar Moreau.

El mulato, fiel y obediente, acercó la tea al techado de ramas secas. Algunas vacas mugieron de miedo y tres pollinos, que estaban en una esquina en su propio cercado, empezaron a rebuznar asustados. Las treinta o cuarenta ovejas que tenía la misión empezaron a amontonarse, unas contra otras, mientras emitían nerviosos balidos en uno de los rincones de la cuadra.

—Por favor… suplicó el sacerdote, abriendo mucho los ojos ante el horror que se avecinaba.

—Solo si me da lo que he venido a buscar. Si no es así, prenderé todo esto. —Alain Moreau ya no tenía la cínica sonrisa en la cara—. Acerca más la antorcha —ordenó en tono frío, dirigiéndose en ese momento y cambiando la mirada al mulato que, sin mover un músculo del pétreo rostro, taloneó al caballo, que también piafó y cabeceó nervioso. La tea quedó a escasas pulgadas del techado de ramas secas.

—Me iré con usted —afirmó con aplomo Isabel. Sus ojos miraron con seriedad y firmeza a los del francés—. Deme un tiempo para recoger mis cosas.

—No tengo mucho, señorita. Coja lo estrictamente necesario y un caballo. —El jefe de la banda de forajidos se miró el reloj de bolsillo con cadeneta de plata—. Le espero en quince minutos. Si no viene, la misión arderá por los cuatro costados.

Isabel Aláiz no le contestó. Se giró y entró en la misión. El franciscano fue tras ella.

—Hija mía, creo que ese hombre es peligroso… —casi susurró el hombre de Dios—. No deberías irte con él… Intentaré que entre en razón.

Isabel sonrió, pero no por ello aminoró su marcha.

—Padre, ya sé que este hombre es muy peligroso. Justamente por eso mismo me voy con él. No dude que cumplirá lo que dice y prenderá fuego a toda la misión. Cuando yo salga, no haga nada. Es posible que espere alguna reacción suya como dar aviso a los soldados. No haga nada… ¿Me entiende bien, padre? Matará a quien mande y volverá con las antorchas. Mañana, al amanecer, que Tomás vaya al presidio de Santa Teresa de la Plata y avise al alférez Barrena. Dígale todo lo que ha sucedido. Pero no antes, padre. —Se detuvo en ese momento antes de proseguir—: Y no se preocupe por mí. El malnacido de mi padrastro y de su amigo me quieren viva. Habrán pagado una buena suma a este forajido para que me lleve de vuelta.

—Rezaré por ti toda la noche, hija.

—Eso me ayudará, padre. Pero le repito, que nadie se mueva de la misión hasta el alba. No quiero que, por mi culpa, pase algo irremediable de lo que nos lamentaríamos mucho. Prométamelo.

El padre Antonio dudó. En principio había pensado en no hacerla caso, y que alguien se acercara al presidio en cuando

se alejaran lo mínimo aquellos dos hombres, pero la cara de preocupación de Isabel le conminó a recapacitar.

—Así lo haré —afirmó con voz queda.

—Tomás necesitará un guía… Si no, es capaz de perderse, aunque solo tenga que seguir el camino.

Isabel Aláiz se dirigió a toda prisa a sus aposentos a recoger algo de ropa y un sombrero para el viaje de vuelta. Por dentro, le empezó a subir la rabia y el corazón se le aceleró por momentos. Pero esto último, fue también debido a pensar en Alonso. Era ya su única esperanza.

Capítulo 16

Presidio de Santa Teresa de la Plata.
Virreinato de Nueva España.
11 de julio de 1778.

Cuando llegaron al presidio ya clareaba. Tomás, el criado de Isabel, junto con un indio ópata de la misión, formaban la escueta y nerviosa comitiva. Fueron directamente al cuerpo de guardia, y el sargento Gallo que estaba al mando, hizo llamar a su vez al capitán.

Sobarriba ya estaba despierto. No solía dormir mucho y no tardó en llegar a su despacho de la capitanía una vez que le reclamaron. Allí escuchó lo que Tomás le refirió junto con el sargento Gallo. Al poco tiempo, cuando todos ellos salieron del despacho del capitán, este me llamó a través del sargento Unzurrunzaga. La cara del veterano suboficial no me tranquilizo en absoluto, pero no quiso adelantarme nada. Cuando entré en la capitanía, Sobarriba se en-

contraba mirando por la ventana, con las manos entrelazadas en la espalda.

¿Da su permiso, señor capitán?

Entre Barrena… Entre. Apenas me miró de soslayo. Luego, despacio, como si pensara en lo que iba a decirme, se giró y por fin enfrentó su mirada a la mía directamente. Luego, carraspeó y se sentó en la silla, invitándome a hacer lo mismo en la de cortesía que había enfrente de su mesa.

Alférez, tengo bastante malas noticias.

¿Malas noticias? ¿Mi familia…?

Alzó la mano derecha mientras negaba con la cabeza.

No, no es su familia, que espero esté bien. No. Volvió a negar . Se trata de Isabel Aláiz. Se detuvo y respiró hondo. Luego descansó la espalda en el respaldo de la silla . La han obligado a abandonar la misión.

¿Cómo que la han obligado a abandonar la misión…? No entiendo…

Alférez, su padrastro, al parecer indicó con un pequeño movimiento de sus hombros en señal de sospecha , ha obligado a la señorita Isabel a regresar a Arizpe. Luego se quedó callado y me miró.

Señor capitán, le ruego me conceda el permiso para ir a Arizpe. Si la señorita Isabel se encuentra contra su voluntad o ha sido raptada…

Nadie la ha secuestrado, alférez. Sé que esto no es fácil para usted. Pero no ha sido llevada por la fuerza. Ella ha accedido a irse con un hombre y su criado mulato. Un hombre de acento francés, por lo que me dicen.

¿Acento francés? Todo esto es muy extraño, capitán.

Lo sé, Barrena. Lo sé… Pero también que no se ha ido por la fuerza y que tan solo indicó que nos avisaran de su marcha. En concreto, que se lo dijéramos a usted.

Ella no ha podido irse libremente, señor capitán… intenté hacerle entrar en razón . No quería regresar a Arizpe y menos con su padrastro.

Escuche, alférez. Sé lo complicado que le resulta aceptarlo, y estoy con usted en que, con total seguridad, ese viaje a Arizpe de la señorita Isabel, no ha sido por su propio deseo. Soy plenamente consciente de ello.

Entonces, señor capitán, le ruego que me deje ir a Arizpe…

Debe entender que no puedo hacerlo. No estamos hablando de un rapto, ni de un secuestro. Lamentablemente… No puedo darle ese permiso. Pero pensaré en algo que le permita visitarla.

Ambos nos quedamos en silencio. Justo cuando yo iba a empezar a hablar de nuevo, entró a la estancia, sin apenas llamar, el teniente Paones.

Señor capitán, lamento interrumpir, pero creo que debería escuchar esto. Es muy urgente y, creo, que extremadamente importante. A su lado estaba un dragón de cuera desconocido y con evidentes muestras de haber estado cabalgando durante un buen trecho.

Dígame teniente dijo el capitán acercándose a donde estaban Paones y el dragón.

El dragón Molina, del presidio de Tucsón, acaba de llegar junto a otro compañero. Dijo con rapidez. Tras un instante, continuó . Creo que el cabo Berruezo está muerto

¿El cabo Berruezo? ¿Cómo que está muerto? Preguntó extrañado el capitán.

Señor capitán habló el dragón , soy el dragón Lucas Molina, del presidio de San Agustín de Tucsón. Estábamos mi compañero Alcorta y yo de patrulla por la ruta que une nuestros dos presidios y nos hemos encontrado con un chambergo tirado en medio del camino y lleno de polvo. Es un chambergo de los que solemos utilizar en la milicia apuntó . Lo que nos sorprendió era que tenía mordeduras. Como si los coyotes hubieran estado jugando con él… Arrugó el semblante en señal de extrañeza . La cuestión es que nos hemos detenido y al poco, observamos, que unas varas más allá, estaba desenterrado parcialmente un dragón de cuera muerto. Llevaba poco tiempo enterrado. Ni siquiera un día.

Ese chambergo era del cabo Berruezo, señor capitán. Lo sé por el zurcido que tiene aquí señaló el teniente Paones.

En el lugar había rastros de diferentes caballos y de carretas. Siguió el dragón Molina . Las carretas proceden de este presidio, pero las huellas de los caballos que se reúnen en ese punto con la caravana, no. Al parecer, estas se detuvieron y luego continuaron la marcha. Pero ya solo había el rastro de caballos en una sola dirección. Juraría que hubo pelea…

Todo indica que han asaltado la caravana con la plata apuntó el teniente Paones , y que han matado a la escolta y a los mineros.

El capitán se quedó pensativo.

Está seguro de que este chambergo era del cabo Berruezo, ¿no es así teniente Paones? insistió nuestro su-

perior.

Estoy completamente seguro, señor capitán respondió el oficial.

¿En qué dirección iba el rastro de los supuestos asaltantes? preguntó el capitán Sobarriba.

Hacia Arizpe.

Capitán, si me permite intervenir y con el debido respeto, podemos salir ahora mismo y comprobar todo lo que nos dice el dragón Molina apunté yo, vislumbrando una posibilidad para ir a socorrer a Isabel.

El capitán se me quedó mirando y luego asintió.

Alférez, prepare los caballos y el destacamento. Nos vamos con diez dragones. Yo los acompaño. Si han robado la plata, tendré que dar cuenta de ello en Arizpe. Paones, queda al mando del presidio.

Capítulo 17

Ciudad de Arizpe.
Virreinato de Nueva España.
13 de julio de 1778.

Isabel Aláiz, vestida como si fuera a una fiesta, bajó al salón en donde le esperaba su padrastro.

Así estás mucho más guapa. Le dedicó una sonrisa de reptil Rafael Pacheco. Luego dio una vuelta alrededor de ella, que, parada y con el semblante serio, ni lo miró a los ojos . Y espero, por nuestro bien recalco el plural acercando la cara a la de ella y, aunque era amenazante, bajó el tono de voz , que te muestres cercana, simpática y amable con Javier Ceballos. Él te puede hacer muy dichosa… Y a mí muy rico. Carcajeó levemente.

Isabel seguía sin responder, con los ojos fijos en un cuadro naval que había en la pared. Detestaba a aquel hombre y a todo lo que le rodeaba. Pero las amenazas sobre su madre enferma y con la cabeza perdida, le hacían mostrarse razonablemente sumisa.

Tu huida fue un grave error continuó Pacheco, mientras se servía un vaso de vino en una copa de cristal tallado . Un error que nos pudo costar muy caro. Bebió un ligero sorbo . Espero que hayas reflexionado sobre todo eso y no vuelvas a cometer ninguna estupidez.

¿Y si lo hago? Preguntó Isabel desafiándole alzando la barbilla. Esta vez sí le miró con fuego de rabia en los ojos.

Rafael Pacheco quitó la sonrisa con lentitud y dejó la copa en la mesita más cercana. Luego se acercó despacio a Isabel.

No eres tonta, muchacha y sabes que eso no te conviene. No solo pondrías en peligro la vida de tu madre, a la que dejaste aquí, abandonada y a merced de los múltiples achaques y desvaríos que la asedian. Sino que la tuya también. Se la quedó mirando con una sonrisa venenosa. Luego armo el brazo con inusitada rapidez. La bofetada sonó como el restallido de un látigo y tiró a Isabel al sofá de la sala.

Se tocó la mejilla, que sentía ardiendo y con dolor. Una rabia incontenida le fue ascendiendo desde las tripas e hizo amago de levantarse y de ir a por su padrastro para golpearlo o arañarlo. Pero se detuvo a mitad de camino. Recordó a su madre, enferma, ida y muy débil.

Eres un canalla. Un verdadero hijo de puta… susurro.

Te recomiendo que no uses ese lenguaje, que vete a saber de dónde lo has sacado, jovencita… Javier Ceballos es un hombre de bien y no le gustan las cosas soeces.

Javier Ceballos tiene una amante, se puede casar con ella.

Querida Isabel… rio Rafael , no sé de qué me hablas. Nadie me lo ha hecho saber y me temo que son meras habladurías de gente envidiosa y ruin. El señor Ceballos es un hombre intachable y honesto que será un excelente esposo. Ya verás. Y volvió a emitir una carcajada corta y gutural.

¡Yo lo sé con seguridad!

No sé con quién hablas, ni me importa. A partir de tu boda con él, tu círculo de amistades cambiará. No te convienen las que has tenido hasta ahora. Se volvió a acercar amenazante y la cogió del pelo haciendo que torciera la cabeza . No quiero tonterías, ni una. ¿Me has entendido? Hay mucho en juego y no voy a permitir que lo estropees, ¿te haces a la idea? preguntó elevando la voz y tirando con más fuerza del pelo de Isabel.

La soltó y volvió a coger la copa de vino, apurándola de un trago. Luego, se estiró la camisa y la levita, ajustándose el corbatín.

Ve a peinarte y a retocarte. Tu futuro marido estará aquí muy pronto.

Capítulo 18

Desierto de Sonora.
Virreinato de Nueva España.
14 de julio de 1778.

Faltaban algo más de una hora para que el sol empezara a caer, cuando llegamos al lugar donde el dragón Molina había visto el chambergo y el cuerpo semienterrado de Berruezo. Enseguida nos dispusimos en círculo para encontrar rastros de huellas, pisadas o cualquier cosa que nos pudiera acercar a los que había pasado realmente. No nos costó encontrar a los muertos. Tres dragones y dos mineros. Faltaba uno de los que dejaron Santa Teresa de la Plata. De inmediato preparamos las cristianas sepulturas para todos ellos.

Arcadio fue el primero que señaló al suelo en dos o tres ocasiones. Se lo dijo a Honorio y ambos, tras hablar varias frases cortas en su lengua, se pusieron a estudiar con atención el terreno. En seguida sacaron varias conclusiones. La primera fue que el rastro que provenía del presidio era de tres carretas y cuatro caballos, pero que tras el encuentro que habían tenido con el grupo que previsiblemente había robado la plata, era de tres carretas y de tres caballos. Un cuarto se había separado, aunque también en dirección a Arizpe. Otro dato curioso era que otras dos monturas se habían dirigido hacia el presidio. O al menos, habían ido en dirección a Santa Teresa de la Plata. Pero eso no fue todo. Los ojos de Honorio y Arcadio, que detectaban cosas prácticamente imposibles de ver para nosotros, aclararon más cuestiones.

Allí señalaba Arcadio una pequeña elevación hubo jinetes escondidos. Cuatro. Acercarse a caravana por ladera.

¿Cuatro jinetes más?

Sí. Dos jinetes venir por camino. Señaló unas huellas . Cuatro de allí. Volvió a señalar la elevación . El rastro ser de un día.

¿Entonces eran dos grupos los que atacaron a la caravana? Preguntó el capitán Sobarriba.

No saber. Posible que solo un grupo y separar antes de ver la caravana. El pima se encogió de hombros . Habrá que buscar rastro.

Eso será muy difícil… opiné.

No. Fácil dijo ahora Honorio con su habitual hermetismo . Un caballo que salir de allí, herradura mal.

¿Cómo puedes ver eso, Honorio? Pregunté extrañado. El capitán acostumbrado a las deducciones de Honorio no se mostraba tan sorprendido como yo.

¿Cómo sabes eso? insistió a pesar de ello Sobarriba.

La tierra hablar. Decir muchas cosas si observar con atención. Se calló un instante mirándonos con su rostro atezado por el sol y curtido como cuero viejo . Es hembra, porque la pisada no ser grande. Añadió . Haber macho también al lado. ¿Ver huella de caballo mayor que yegua? Señaló unas pisadas en el camino . La herradura estar más gastada por fuera. Problema en rodilla de yegua y pisar con más fuerza por fuera… me dijo el pima.

¿Por fuera? pregunté.

Se refiere, alférez, a que si el caballo tiene algún problema en la rodilla que no se ha sanado desde potro mediante herraje especial, como usted seguramente sabe que se hace. Y por eso gasta más la parte exterior de la herradura. ¿Es así, Honorio? le preguntó el capitán.

El indio pima asintió una sola vez sin rasgar la boca.

Pero todos los caballos tienen algunos problemas de pisadas… No sé si eso es concluyente encogí los hombros dudando . Aquí los herreros no se preocupan en exceso de los caballos, señor capitán. Distinto es en las yeguadas de las ciudades donde se miman a las monturas.

Esa hembra tener mayor defecto. Muy visible insistió Honorio, hierático y seguro en su afirmación . Estar seguro de ello. Señaló varias huellas . Allí verse. Y allí. Anduvo mientras señalaba una tercera pisada.

Yo sigo pensando que todos los caballos tienen algún defecto de pisada… Es muy difícil que los trancos sean uniformes y que pisen bien con manos y cuartos traseros… seguí insistiendo.

Suyo no, alférez. Suyo pisar bien. El del capitán, menos bien. Pero no tanto como esta hembra. Volvió a decir el explorador pima . Rastro muy claro. Fácil de ver.

El mío pisa bien, porque de potro se le corrigió con herraduras especiales… estaba añadiendo, pero me cortó Honorio.

Su caballo pisa bien, pero pisa más corto anca derecha trasera. Tiene rastro que poder seguir también. Arcadio y yo poder. No ser difícil tampoco. El segundo pima asintió levemente.

¿Cómo dices? Sonreí . ¿Veis eso? Me dirigí a ambos.

Mano izquierda meter hacia dentro. Yo y Arcadio poder seguir rastro, alférez. Intuí una ligera sonrisa de satisfacción en la cara de cuero gastado del pima.

Alférez, si lo dice Honorio, es así. Quiero que vean si esa pisada defectuosa ha venido con el resto del grupo que asaltó la caravana o acudieron separados.

También huellas de apaches dijo ahora Arcadio . Caballo y pies calzados… Señaló el suelo a unas varas de distancia.

¿Han sido los apaches? Preguntó extrañado Sobarriba.

No, huellas de apaches de hoy. Poco tiempo. Aun estar por aquí dijo señalando a las colinas y las rocas que se extendían en derredor nuestro. Honorio asintió con firmeza una sola vez.

Posible estar viéndonos dijo desviando los ojos también a los primeros promontorios y colinas.

Gian-nah-ta se quedó mirando la comitiva. Desde donde estaban, los españoles no podían verlos. Era extraño lo que había sucedido. Cuando se lo contó Juh, no sabía si creerlo. De hecho, aquel joven guerrero, impetuoso y con ambición de llegar un día a ser jefe, no era la primera vez que exageraba sus acciones o intentaba engrandecer su imagen. Pero esta vez, era cierto. Unos hombres blancos habían matado a los soldados y a tres personas más. Se habían cuidado de enterrarlos, pero la tierra era dura, el sol pegaba fuerte y los coyotes terminaron por desenterrar algún cuerpo. Eso era lo que había visto Juh. Por las huellas de las rodadas, era una pequeña caravana de carretas y se las habían llevado con ellas. Se quedó mirando a los soldados. Allí estaba *Pelo Atado.* Sintió la rabia ascendiéndole. En ese momento, llegaron dos guerreros apaches junto a él, ocultándose entre los peñascos y el follaje.

Gian-nah-ta… susurró uno de ellos.

Dime, Nah-do-zin le contestó sin apartar la vista de los soldados españoles.

Bay-kath-lay dice que el que está con *Pelo Atado*, es *Jefe Joven*

El jefe apache no dijo nada. Luego miró muy despacio a sus dos guerreros.

¿Eso es seguro?

El aludido asintió con firmeza.

Yo estuve allí. Lo vi disparar con mis propios ojos. Es él.

Gian-nah-ta miró de nuevo con fijeza al grupo de soldados españoles. Era hora de saldar cuentas con ellos, y si había un enemigo de los soldados ese que había matado a los de la caravana , tenía que ser su amigo. Y cuanto antes, decidió.

Capítulo 19

Ciudad de Arizpe.
Virreinato de Nueva España.
15 de julio de 1778.

Al día siguiente llegamos a Arizpe. Yo, directamente, le pedí permiso al capitán para poder ir a la casa de Isabel. No fue difícil enterarse de dónde vivía. Aunque Arizpe era la capital de esa parte de España, no era una ciudad excesivamente grande, y la familia de mi amada era conocida como para que no me costara mucho dar con su residencia.

Me acompañaron Honorio y el cabo Antonio Aguilar, que fiel al capitán, no me dejaba ni a sol ni a sombra. Los vi hablar entre ellos antes de que se me uniera, y entiendo que mi superior le rogara al experimentado cabo que tuviera un ojo sobre mí, no fuera a cometer alguna tontería.

Cuando llegué a la casa de Isabel, mi corazón me latía con una gran fuerza, como si quisiera salir de mi pecho. Era como una manada de caballos desbocados a galope tendido. Les pedí que me esperaran fuera a mis dos acompañantes y después de dejar a mi caballo a su cuidado, entré en el pequeño jardín que franqueaba la casa, dirigiéndome directamente a la entrada con paso firme. Me atusé todo lo que pude y me sacudí el polvo que pudiera llevar. Me quité la cuera, ya que no me pareció apropiado aparecer así y me quedé con mi uniforme, de color azul.

Era una casa grande, de color claro y sin duda, con constantes cuidados en la fachada porque no tenía ni desconchones ni malos parches de pintura. Sobresalía en altura de las del vecindario, puesto que era de tres pisos, con una amplia balconada en el segundo. El pequeño jardín estaba cuidado y los tres árboles con señal de buenas y estudiadas

podas. Sin duda, era una familia con posibles y bien acomodada.

Ascendí por unas cortas escaleras de buena madera a un porche, amplio y que ocupaba todo el frontal de la casa. Dos amplios macetones con flores te recibían según terminabas de ascender los tres peldaños.

Me estiré la casaca y carraspeé antes de dar con mis nudillos en la puerta. Poco después, apareció una india me pareció distinguir que era pápaga. Tenía un semblante seria y lacónica. Me recordó a cómo miran las vacas al pasto. No quiero ser grosero, pero así se me dibujó la imagen de la sirvienta.

Buenos días saludé.

Buenos días, señor me contestó con un tono monocorde en cada una de las sílabas pronunciadas.

¿Sería usted tan amable de decirle a la señorita Isabel que el alférez Alonso de Barrena está aquí?

Espere. Y me dejó fuera con la puerta cerrada mientras se adentraba en la vivienda.

Quizá estuviera aleccionada por alguien, porque no franquearme el paso era, además de una descortesía, impropio de una familia como la de Isabel. Esperé algunos instantes, y al final oí pisadas en el interior. Pero por la contundencia con que sonaban, no eran de mujer. En efecto, la puerta se abrió y apareció un hombre, de mediana edad, entrado en carnes, de pelo escaso, papada flácida y con la mirada de una serpiente de cascabel.

¿Quién es usted? Me espetó con cierta brusquedad.

Soy el alférez Alonso de Barrena, del regimiento de Dragones…

¿A qué ha venido? No me dejó ni terminar mi presentación.

En ese momento supe que aquel hombre era mi enemigo. Recordé que el padrastro de Isabel quería que ella contrajera matrimonio con un amigo para poder tener acceso a los mejores negocios de aquella parte del virreinato.

Respiré con hondura e intenté calmarme.

Vengo de visita. La señorita Isabel me honra con su amistad y, al estar de permiso en Arizpe, me rogó que viniera a verla mentí lo mejor que pude.

Él me miró con detenimiento, posando sus ojos en los míos y dejándome una mirada fría como el pedernal.

Ella no está en este momento… Pero gracias a Dios, no pudo terminar la frase. La misma Isabel, apareció con toda la personalidad y determinación, de la que siempre hacía gala, detrás de aquel hombre.

Buenos días, alférez Barrena. Me sorprende gratamente su visita. Pase por favor y tome asiento. Estaré con usted en breves momentos. Me dijo con su encantadora sonrisa. Luego, con un gesto mucho más serio, se dirigió a aquel hombre . ¿Puedo hablar contigo? Ahora, por favor. Y se dirigió a otra de las salas, dejándome a mí a solas en otro pequeño salón adyacente . Damiana, sirve al alférez lo que desee le dijo a la sirvienta de ojos vacunos que me había abierto la puerta. Luego se dirigió a mí . Enseguida estoy con usted. Disculpe, don Alonso.

Me quedé ciertamente sorprendido. Era obvio que la relación de Isabel con ese hombre, que imaginé su padrastro, era mala en el mejor de las definiciones. No pude escuchar la conversación, pero sí alguna voz más alta que otra. De él y de Isabel, que no se arredraba. A mi cintura, colgaba el sable

reglamentario de caballería, que no había dejado en el arzón de mi caballo. Tentado estuve de ir y de abofetear a ese maleducado que osaba gritar a mi amada. Pero no duró mucho esa discusión. Breves instantes después, Isabel, seria, pero preciosa, apareció en la sala en donde yo estaba. Me levanté de la silla que ocupaba como un resorte y fui directamente hacia ella. Con un gesto me detuvo, cerró la puerta, y con una pequeña sonrisa en su bello rostro me abrazó con fuerza y ternura.

Te he echado de menos me susurró.

Y yo a ti. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué saliste huyendo de la misión? ¿Estás en peligro? la descerrajé a bocajarro las preguntas que venían rondando en mi cabeza desde la salida del presido de Santa Teresa de la Plata.

Respuestas complicadas, alférez Barrena me dijo sonriendo, pero con algo de tristeza en sus ojos.

Se separó de mí y se fue a sentar en una butaca forrada de buen terciopelo. Con un gesto me señaló la de al lado para que la ocupara. Me senté nervioso. El ruido de mi sable al entrechocar con mi asiento me pareció de mal agüero. Nunca he sido supersticioso, pero en ese momento, supe que algo iba realmente mal.

Si estás en peligro, no te preocupes. Yo te saco de aquí en un santiamén. Fuera, en la calle, tengo a dos hombres más esperándome, y ese… supongo que es tu padrastro, no me va a detener…

Con un gesto lleno de cariño y ternura hizo que me callara posando su dedo índice en mis labios. Vi como respiraba y bajaba la cabeza. Luego me cogió de las manos y las retuvo un instante. Mi corazón empezó a bombear de nuevo, lleno de malos presagios.

Te quiero Alonso me dijo.

Aquello me llenó de momentánea alegría. Pero intuí que la conversación no terminaba ahí.

Yo también te quiero, Isabel. Nada impedirá que… Ahora fui yo quien se detuvo al ver sus ojos llenos de lágrimas que me miraban suplicantes y entristecidos.

No podemos seguir viéndonos, Alonso. Se me parte el alma… Pero no puedo continuar contigo. Reprimió un sollozo y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

El corazón se me detuvo y un sentimiento de vacío y de ahogo me fue llenando el alma.

Voy a casarme… Terminó diciéndome presa de un llanto silencioso y doliente.

Capítulo 20

Ciudad de Arizpe.
Virreinato de Nueva España.
15 de julio de 1778.

Era de todos conocido que la fuerte personalidad y su propensión a la bebida aunque fuera a solas y en silencio , no le granjeaba demasiadas amistades al capitán Sobarriba. Sin embargo, Teodoro de Croix[29], el Comandante General de las Provincias Internas, demarcación que tenía como principal finalidad dar un mando militar único a los territorios y provincias del norte del virreinato, parecía simpatizar con él. Y así, nuestro rey Carlos el Tercero, creó dicha demarcación por cédula real del 22 de agosto de año de nuestro señor de 1776.

Era obvio que se necesitaba mejorar su defensa, así como promover la colonización del territorio, la conversión de los indígenas al catolicismo, sin obviar su pacificación mediante asentamientos militares y religiosos. Y, tampoco había que olvidar, que esa parte de España estaba amenazada por la ex-

pansión de Rusia, Francia, el Reino Unido, y por la naciente república de los Estados Unidos.

Las rebeliones de los indígenas son las que más nos deben preocupar. El capitán Sobarriba lo dijo mirando fijamente a los ojos al comandante general.

Teodoro de Croix, *El Flamenco*, llamado así porque era nacido en Flandes, miró con detenimiento al capitán. Sí, tenía razón.

Los apaches campan a sus anchas en la zona de San Agustín de Tucsón, Santa Teresa de la Plata, Fronteras y Terrenate. Señor brigadier, si me permite… Teodoro de Croix asintió levemente. El capitán Sobarriba carraspeó . Los presidios de esa zona necesitan más hombres, más armas y más caballos. Y, claro está, más colonos que se desplacen allí. Solo así podremos apaciguar y asentar a los apaches.

Las misiones dan excelentes resultados, capitán le dijo con suavidad el comandante general.

Alberto Sobarriba respiró. No, eso no era así. Daban resultados cuando los indios ya estaban vencidos y apaciguados. Y sobre todo con los pápagos, los ópatas y los pimas. Pero eso no sucedía con los apaches. Y según decían, tampoco con los comanches. No, decididamente, las misiones no eran la razón de los apaciguamientos.

Su Majestad tiene la intención de crear el obispado de Sonora[30]. Creo que eso nos ayudará.

¿Me permite hablar con total sinceridad, señor brigadier?

Por supuesto capitán. Le hizo un gesto con su mano derecha para que continuara.

Usted es militar como yo. Conoce esta zona, y acompañó a su señor tío el virrey[31] cuando fue comandante de su

guardia personal y responsable de la fortaleza de Acapulco. Se detuvo para ver la reacción de su superior.

Sí, así es. Conozco esta región. ¿Dónde quiere ir a parar, capitán?

Señor brigadier, me cuesta creer que usted esté convencido de que con la creación de un obispado y la edificación de unas cuantas iglesias, con todos mis respetos dicho sea de paso, los apaches vayan a dejar de atacarnos, de robarnos los caballos, de raptar a niños y niñas y de matar a españoles. Volvió a mirar fijamente al comandante general.

Al principio Teodoro de Croix se quedó serio, no movió un músculo de la cara. Pero aquel capitán, cuyos informes eran muy positivos en lo referente al aspecto militar y poco edificantes en lo que se atendía al respeto al superior y a la disciplina, tenía razón. También añadían que era dado a la bebida, que vivía con una india como concubina y que tenían un hijo en común. Quizá esa sinceridad tan directa y con evidente falta de tacto, era una de las razones por las que sus hombres le admiraban y le tenían por un extraordinario líder militar. Un tipo extraño e interesante.

El comandante general respiró hondo y enlazo ambas manos, poyándolas con suavidad en la mesa de despacho. Poco a poco fue estirando una leve sonrisa.

Sí, en efecto. Me cuesta creer que solo con rezos y agua bendita consigamos la paz con los apaches. Pero también sé que debemos mantener una línea que no sea abiertamente hostil contra ellos. Y que, yo también tengo unas órdenes añadió elevando las cejas, como excusándose , que tengo que acatar. Se detuvo un momento y volvió a respirar hondamente . Pero también soy consciente de que mejores guarniciones en los presidios son mucho más efectivas que los sermones, plegarias y bendiciones de los franciscanos.

Dicho sea, también, con todos mis respetos, capitán. Volvió a callarse un instante, sin dejar de mirar a Sobarriba . Haré todo lo posible para que las dotaciones militares de los presidios estén en las mejores condiciones. Se lo prometo sentenció . Y capitán, ahora, quiero que me explique con total detenimiento qué ha sucedido con la caravana de la plata en bruto que venía hacia aquí desde Santa Teresa. ¿Han sido los apaches los que la han asaltado?

No, señor brigadier. No han sido los apaches.

¿Está seguro?

Totalmente. Los apaches no yerran a sus caballos…

Pudieron utilizar caballos de los presidios. Esos están herrados todos… ¿No es así?

Sí, señor brigadier. Pudieron utilizar caballos herrados. Pero nunca he visto que un apache entierre a sus enemigos. Tampoco había señales de lucha. Ni lanzas o flechas… Creo, sinceramente, que uno de los mineros, que además no ha vuelto a Santa Teresa, estaba de acuerdo con los asaltantes.

El brigadier de Croix asintió despacio.

Un feo asunto si han sido salteadores de caminos.

Así lo creo, señor brigadier. Y las huellas de los asaltantes llegaban hasta Arizpe. Ya dentro de la ciudad, se pierde el rastro con tanta pisada de caballerías.

¿Saben leer así de bien los rastros sus hombres, capitán? preguntó sorprendido el comandante general.

En efecto, señor brigadier. Tenemos exploradores pimas que pueden seguir cualquier rastro. Son muy buenos añadió el capitán con una pizca de orgullo.

Sí, sin duda con buena gente esos pimas. El comandante general lo dijo con toda intención, y no solo por los

exploradores. Conocía que la concubina de Sobarriba era una india de esa raza.

El capitán, que notó que ese comentario iba más allá de la destreza de los exploradores, aguantó la mirada del comandante general. Y con un tono pausado, grave y muy sereno le contestó:

No tenga usted ninguna duda, señor brigadier.

Abandoné la casa de Isabel apesadumbrado. No noté que detrás de mí, Rafael Pacheco, ufano y sonriente, también salía por la puerta y se dirigía a las caballerizas, en la parte trasera de la vivienda. Yo, con paso lento y con las palabras de mi amada todavía rebotando en mi interior, me dirigí hacia donde el pima Honorio y el cabo Aguilar me esperaban con mi caballo.

Cuando me disponía a subir a mi palomino, el padrastro de Isabel se acercó al paso de su montura. Se detuvo a mi altura y puso una cara sonriente y retadora.

Le ruego, alférez, que no venga más por mi casa.

Fui a responderlo, pero taloneo a la yegua que montaba y en un ligero trote avanzó por la calle, alejándose de donde nos encontrábamos.

Noté como una rabia inmensa me ascendía por el pecho. Giré la vista atrás, hacia la casa de Isabel y estuve a punto de volver sobre mis pasos. Pero ella había sido muy tajante.

No podemos seguir viéndonos, Alonso. Se me parte el alma… Pero no puedo continuar contigo. Recordé sus palabras golpeándome como una bala de cañón de veinticuatro libras.

Con un gesto cansado y lleno de tristeza, hice avanzar a mi caballo. El cabo y el indio pima me siguieron. Unas

varas más allá, noté que Honorio se detenía y miraba al suelo con fijeza. Luego señaló las huellas que la yegua de Rafael Pacheco, el padrastro de Isabel, había dejado. Descabalgó, se puso en cuclillas y las observó con atención.

Mismas huellas que en emboscada a caravana dijo el pima señalando con su dedo índice las pisadas.

¿Cómo dices Honorio? Pregunté extrañado haciendo que mi caballo se detuviera.

Huellas. Mismas que en emboscada repitió hierático y circunspecto como siempre. El cabo Aguilar se bajó también de su montura, y se colocó al lado del indio pima y en su misma posición. Ambos asintieron al unísono un instante después.

Señor alférez, sí que son las mismas huellas. Esa yegua estuvo en la emboscada a la caravana de la plata me dijo el cabo Aguilar muy serio . Con total seguridad añadió al ver mi gesto de extrañeza.

Capítulo 21

Ciudad de Arizpe.
Virreinato de Nueva España.
15 de julio de 1778.

No dudo de sus palabras, ni de Honorio como rastreador. Pero eso no nos conduce a nada.

¿A nada, señor capitán? dije elevando un poco la voz, algo más allá de lo que el respeto a un superior exigía.

Hijo, cálmese. Sé lo que está pasando. Y entiendo que quiera vengarse de ese cabrón y recuperar a su… amada, por así decirlo.

Señor capitán, yo solo quiero hacer justicia…

Eso también, alférez. Eso también. Dio un buen trago al vaso de vino peleón que nos habían puesto en esa taberna . A lo de la justicia me refiero. Se pasó el dorso de la mano por la boca . Pero no me negará que también querría recuperar a la señorita Isabel. Según me ha dicho, y ya lleva los suficientes vasos de vino como para decir la verdad, ella va a casarse con otro hombre… Se encogió de hombros y se quedó un instante pensativo, con la mirada ligeramente turbia . La vida es muy perra, alférez añadió antes de terminar la copa de un nuevo trago. De inmediato, se sirvió otro de la jarra.

Independientemente de eso, señor capitán intenté calmarme , sabemos que el padrastro de… Isabel, estuvo en la emboscada. Mataron a compañeros nuestros, a mineros… Gente a sus órdenes, señor capitán. ¿No vamos a hacer nada?

Alberto Sobarriba me miró con los ojos entornados. Empezaban a enrojecerse fruto del alcohol y aunque mantenía la estabilidad y no hacía movimientos torpes, se notaba que había bebido. Yo, con menos cantidad ingerida, posiblemente estaba en peor condición que él.

Hijo… ¿de verdad cree que la palabra de un cabo, de un explorador pima y de usted, va a hacer que un juez condene a un hombre por una huella de caballo?

Pero es que es él…

El capitán volvió a quedarse callado mientras me miraba.

La palabra de un pima no tiene validez apenas ante un tribunal. La del cabo, algo más y la suya, quizá sea la que pudiera fundamentar la acusación, como oficial que es.

Siguió mirándome con incredulidad ante mi empeño . Pero, ¿de verdad piensa que una huella es prueba suficiente para que un hombre de la posición de Rafael Pacheco sea acusado formalmente de asaltar una caravana de plata en bruto?

¿Entonces qué vamos a hacer? ¿Nada?

¿A qué se refiere?, ¿al asunto de la plata o al de la señorita Isabel? Me soltó la dureza de un puñetazo en la boca del estómago.

Señor capitán… intenté ponerme digno.

No se moleste por mis palabras, alférez. Bebió un nuevo trago de vino . Pero convendrá conmigo que tengo razón. A usted la pérdida de la señorita Isabel es lo que le tiene furioso e iracundo… ¿O no?

No se lo niego, señor capitán contesté manteniendo la dignidad con la que antes le contesté . Pero quiero que se haga justicia con nuestros compañeros muertos

Me preocuparía que así no fuera… La verdad. Diantre, no va a encontrar otra mujer así, alférez. Golpeó la mesa con la mano, haciendo que temblaran las copas y la jarra de vino. Su cara denotaba una buena dosis de rabia contenida . Pero eso no implica que tengamos que ir a un juez a acusar a un hombre prominente de la ciudad de Arizpe, de asesinato y asalto.

El capitán tenía toda la razón. Era totalmente cierto que ningún juez asumiría que una huella y la palabra de un indio pima, por muy soldado que fuera, pudiera servir como prueba acusatoria.

¿Entonces…? pregunté.

¿Entonces qué? ¿Piensa que no me afectan las muertes de los dragones Berruezo, García y Muñoz? Yo he cabalgado con esos hombres muchas veces, alférez. Claro que me enfurecen sus muertes. Pero no podemos hacer nada. Absolutamente nada… Volvió a beber . Al menos en lo que se refiere a la justicia del rey… Otra muy diferente es la del desierto.

Luego se quedó callado mirándome.

¿Qué quiere decir pregunté con la justicia del desierto?

Es posible que algún día se la explique… Pero por ahora, no vamos a hacer nada con respecto a nuestros compañeros dragones asesinados. Ya veremos, pasado un tiempo añadió un punto enigmático.

Pues no pienso quedarme de brazos cruzados… dije en un susurro.

En lo referente a los dragones García, Berruezo y Muñoz, no va a hacer absolutamente nada, ¿me entiende alférez? Si es así, perfecto, y si no, quédese con que es una or-

den directa mía. No haremos nada. Volvió a remarcar apretando las palabras en su boca. Luego, respiró, se recostó de nuevo en la silla y se pasó la mano por los labios resecos . Con la señorita Isabel es distinto… me dijo con toda intención . Mire hijo, si yo fuera usted, lucharía y no la dejaría escapar. Por nada del mundo.

¿Cómo, señor capitán? pregunté con un punto de angustia.

¿Cómo? Torció una corta mueca que quiso ser una sonrisa . Diciéndoselo, joder. Avanzó el cuerpo hacia mí y elevó la voz en una especie de susurro ronco, a la vez que palmeaba de nuevo la mesa de madera y volvían a temblar ligeramente los dos vasos y la jarra . ¿Cómo coño va a ser…? Dígale que no se case, que sea fuerte y que le espere… Dijo más sosegado a la vez que se echaba otra vez para atrás descansando la espalda en el respaldo de la silla. Se desabrochó un nuevo botón de la casaca . Eso es lo que yo haría. Y esta misma noche, alférez… Asintió despacio, mientras en su boca se dibujaba una sonrisa triste.

Comprendí lo que me decía y me levanté. Mi mente, enturbiada por el vino, empezaba a ver una salida. El capitán tenía razón, sin duda. Debía ser esta misma noche, pero necesitaba refrescarme para no cometer una locura ni andar excesivamente torpe; no iba a dejar pasar este momento.

¿Da su permiso, señor capitán? le pregunté ya de pie mientras me estiraba ligeramente en una posición cercana a la de firmes.

Joder, olvídese de las ordenanzas castrenses… Ya está tardando en ir a por ella, alférez…

Cuando salía de aquella taberna, me giré a ver al capitán Sobarriba. Allí se quedaba con su jarra de vino, sus

penas a cuestas y su filosofía de la vida tan particular. No me fijé en que una señora, de muy buen ver y ciertamente encopetada, entraba en la taberna. Fuera, la esperaba un criado mestizo, achaparrado, de mirada huidiza, que guardaba la calesa con la que había llegado.

Hacía calor, y yo me sentía ofuscado, pero seguro de lo que iba a hacer. Me refresqué y mojé el pelo y la cara en una fuente cercana a conciencia intentando quitarme la bruma que me había colocado en la cabeza el vino trasegado. Seguidamente, monté a mi caballo haciendo que enfilara la calla donde vivía Isabel.

El capitán Sobarriba pensó por un momento que la mujer que tenía enfrente de él seria, bella y altiva , era un fantasma. Se quedó mirándola un instante sin dar crédito. Las neblinas de su pasado se fueron difuminando y una pequeña sonrisa sarcástica se dibujó en su cara. Apuró la copa de vino y aguantó la mirada desafiante de la mujer.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos… dijo ella con el mismo silabeo de una víbora.

En efecto… Mucho. La contestación del capitán fue triste, melancólica. Estaba llena de recuerdos y alguno no era nada grato.

Alain Moreau arrugó en entrecejo. Desconocía qué era lo que Dolores tenía con aquel capitán español, pero lo iba a averiguar. Una vez que la plata se había pesado y vendido a un platero corrupto de Arizpe, y de haber cobrado a Rafael Pacheco y a Javier Ceballos lo convenido por traer de vuelta a Isabel, podía ocuparse de otras cuestiones.

No era celoso, y entendía que a una mujer como Dolores era muy complicado tenerla en propiedad o en exclusiva. Pero el ardor de la mirada que ella le había lanzado a aquel capitán de presidio, nunca la había visto en ella. Estaba seguro de que algo, profundo e intenso, la unía a él. Lo que acababa de ver en los preciosos ojos de Dolores, era la mirada de una mujer enamorada. Y quizá, despechada.

Llegué a la casa de mi amada casi al galope. Desmonté a la carrera y até mi caballo a un mezquite de la calle. Estaba excitado y decidido. Quizá era el vino trasegado o la conversación con el capitán Sobarriba. Fuera como fuese, allí estaba yo. Me acicalé lo que pode y avancé con un aplomo que poco antes, no creía que fuera capaz de tener.

Había anochecido y la hora, aunque no era intempestiva, tampoco se trataba de la más adecuada para una visita. Aun así, plantado enfrente de la puerta principal, toqué con los nudillos imprimiendo cierta fuerza. A los pocos instantes, escuché algo de revuelo en el interior de la casa y algunas voces quedas que parecían extrañadas.

Me abrió la misma sirvienta de antes, con más cara bovina aún. No dejé ni que me hablara y entré en la casa incluso empujando levemente la escasa oposición que la criada interpuso.

Quiero ver a la señorita Isabel. Es urgente. Dije con bastante tranquilidad a pesar de mi nerviosismo y del vino ingerido. El hecho de haberme refrescado la cara varias veces, aminoró en buena medida el abotargamiento, así como sosegó el impulso alcohólico que aún quedaba en mis venas.

La señorita Isabel… fue a protestar, pero la potente voz de Rafael Pacheco me hizo volver la cabeza hacia donde él estaba, en medio de la escalera de madera que ascendía a los dormitorios.

¿Qué hace usted aquí? Creo que fui muy claro al decirle… Ahora fui yo el que no le dejó continuar y avancé un par de pasos hacia él.

Me lo dijo, en efecto. Pero eso no me impedirá hablar con Isabel. Le guste a usted o no.

Caballero, su comportamiento es inaceptable. Haré que sus superiores… Me decía mientras descendía por la escalera.

Lo que usted diga, me trae sin cuidado… ¿Dónde está Isabel?

Abandone mi casa. ¡Se lo exijo! me dijo cuando estuvo muy cerca de mí.

Usted no es nadie para exigirme a mí nada. ¿Entiende? Le contesté a su vez también acercando mi cara a la suya . Y sé que esta sea su casa, sino de Isabel y su familia.

¿Qué pasa aquí? ¿Qué son esos gritos? La voz de Isabel, que también bajaba por las escaleras, nos sacó de nuestro enfrentamiento.

Vuelve a tu cuarto le ordenó su padrastro.

Isabel, quiero hablar contigo un instante. Seré muy breve y muy conciso. Pero debe ser a solas. Me detuvo y miré a su padrastro . Sin que nadie nos moleste. Te lo ruego la insistí con súplica en mi mirada.

Ella bajó las escaleras despacio, seria, pero mirándome a los ojos con serenidad y lo que entendí como cariño.

Isabel… fue hacia ella su padrastro con un movimiento impulsivo y agresivo.

Ella se detuvo, miró a Rafael Pacheco y elevó el mentón en señal de desafío. Su templanza y determinación me enamoraron más de lo que ya estaba. De nuevo, me dio muestras de los quintales de personalidad y de hechuras que aquella preciosa mujer poseía, y que había conquistado mi corazón sin remedio. Su padrastro se quedó a la mitad del gesto, como petrificado por el taladro de color caramelo de los ojos de Isabel.

Déjanos solos, Rafael dijo con suavidad, pero firmeza . Quiero hablar con el alférez Barrena.

Isabel… volvió a decir, esta vez entre dientes y marcadamente furioso, su padrastro, sin separarse un ápice de ella.

Así se quedaron un instante, hasta que él la prendió del antebrazo e hizo por llevarla por la fuerza hacia las escaleras. Yo reaccioné en ese instante y con mi puño derecho cerrado, golpeé con fuerza a Rafael Pacheco, partiéndole el labio y derribándolo. Pude, incluso, sujetar a Isabel, que con la fuerza de mi golpe casi se ve desplazada.

¿Cómo se atreve…? me dijo desde el suelo palpándose la boza ensangrentada . ¡Haré que le expulsen del Ejército y que le formen un consejo de guerra! Me amenazó desde el suelo.

Lo que usted debe hacer, es herrar bien a su yegua. Deja huellas muy claras en el desierto de Sonora… Justo al lado de las tumbas de mis compañeros muertos.

Nunca supe si aquello que dije fue un acierto o una equivocación de grueso calibre. Pero me salió del alma. Él se quedó callado, con los ojos desorbitados y con un gesto de sor-

presa infinito en su cara. Obviamente, no se esperaba esa frase por nada del mundo. Isabel, a su vez, también me miró extrañada. Luego lo hizo a su padrastro.

Ahora te lo explico —le dije para tranquilizarla, mientras la cogía de ambos antebrazos—. Dame solo un instante. Luego me iré. Lo prometo. Te doy mi palabra de oficial.

Isabel, no hagas caso de este… —Rafael se incorporó con alguna dificultad, pero mi amada no le dejó terminar la frase.

Os rogaría a todos que nos dejarais solos y tranquilos al alférez Barrena y a mí.

Pero Isabel…

Especialmente a ti, Rafael. —Y sus ojos se quedaron fijos, quietos, como ascuas clavadas en la mirada de incredulidad de su padrastro. Luego me sonrió y me miró con esa dulzura que me enamoró desde el primer momento en que la vi.

Cuando salí de aquella casa, estaba contrariado porque salía igual que entré, solo, sin ella, pero relativamente contento. No iba a conseguir nada enfrentándome a su padrastro y a sus poderosos amigos. Y tampoco podía obligarla a abandonar a su madre enferma y con la cabeza ida. Mi deber era tener paciencia. Sí, en cambio, había conseguido que no se casara con ese tal Javier Ceballos y que me esperara. Por ahora, para mí era más que suficiente.

Y como añadidura, teníamos un grupo de sospechosos del ataque a la caravana de la plata. El padrastro de Isabel, aquel francés y el mulato que fueron a la misión para traerla de vuelta a casa, así como las sospechas de mi amada acerca del tal Javier Ceballos. Sin él, me dijo, su padrastro no movía un dedo.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos…

En efecto… Mucho. Los ojos del capitán Sobarriba mostraban una mezcla de tristeza y cansancio. Y quizá no era solo por el alcohol ingerido.

Ambos se quedaron callados mirándose mientras las imágenes del pasado revoloteaban entre ambos sin demasiado orden. Por la mente del capitán pasaron los recuerdos, inconexos y amargos. No supo si estuvo unos escasos instantes mirándola. Quizá fueron más de los que pensó.

¿Podemos dar un paseo? Le pidió ella al cabo de un rato.

Por más que quería Dolores, no podía solamente odiarlo. No, había algo más. Se le aguó ligeramente la mirada mientras respiraba y volvía a recordar a aquel hombre saliendo de su casa por última vez.

El capitán recordó a su hijo y a María, la bella y silenciosa coyote con la que en los momentos de soledad alcohólica sabía sacarle lo mejor de él. Supo que se arrepentiría de lo que iba a hacer y que muy posiblemente le sería dañino. El tiempo, a pesar de sus esfuerzos, solo había curado una parte de las heridas.

Continuará…

Muy pronto…

VIRREINAT

Volumen 2

Tambores de guerra

Alberto Pertejo-Barrena

[1] Hoy es la Avenida Bucarelli de Ciudad de México.

[2] Sucedió como Virrey interino a Antonio María de Bucareli a su muerte, hasta el nombramiento de Martín de Mayorga el 23 de agosto de 1779. Fue un gran abogado y jurista, destacando en múltiples facetas, así como en economía política.

[3] La intendencia de Arizpe estaba operativa desde 1770, aunque bajo la jurisdicción del gobernador de Sonora y Sinaloa. En 1777 se unificaron los cargos de Gobernador e Intendente en la persona de Pedro Corbalán, con lo que ya tuvo plena autonomía. La Comandancia General se estableció en 23 de enero de 1768, aprobándose en julio de 1769 y designando al general Teodoro de Croix, sobrino del entonces virrey, como *Gobernador y Comandante General de las provincias de Sinaloa, Sonora, Californias y Nueva Vizcaya*. Sin embargo, la comandancia no se hizo efectiva hasta que el rey expidió instrucciones al comandante general por real cédula del 22 de agosto de 1776. Croix llegó a Arizpe en octubre de 1779 para instalar allí su residencia, declarándola capital de la comandancia general por bando del 12 de enero de 1780.

[4] La ciudad de Arizpe fue, desde el 22 de agosto 1776, capital de la Comandancia General de las Provincias Internas de Nueva España. Comprendía las provincias de Sonora, Sinaloa, las Californias, Coahuila, Nuevo Reino de León, Nuevo Santander, Texas, Nueva Vizcaya y Nuevo México. Carlos III le otorgó el título de ciudad el 12 de febrero de 1782. Su nombre viene de la palabra ópata Aritpa: *lugar de las hormigas bravas o coloradas*.

[5] La ciudad de Real del Monte, hoy llamada Mineral del Monte, está situada en el centro del país, cercana a Pachuca y a la capital Ciudad de México. En la época del Virreinato de Nueva España tuvo varias minas de plata muy ricas que fueron el germen de la actual economía minera de la región.

[6] Se llamaban así, a los pieles rojas que se avenían a vivir cerca de las misiones, bajo su tutela y a cambiar el pillaje y la caza por la ganadería y agricultura.

[7] Sierra menor cercana a Tucson, Arizona. EE.UU.

OceanofPDF.com

[8] El presidio Real de San Agustín del Tucsón se fundó el 20 de agosto de 1775 por españoles provenientes del presidio de San Ignacio de Tubac, unas sesenta millas al sur. Se considera al capitán Hugo O'Connor, un español de ascendencia irlandesa, el fundador de la ciudad en la margen derecha del río San Pedro y muy cerca de un poblado de indios pimas. La fortaleza original fue el casco histórico de la actual ciudad de Tucson.

[9] Un indio coyote era el resultado de la mezcla de un mestizo (india y español) con un indio.

[10] (en idioma comanche, *n ʉ m ʉ n ʉʉ*) son una tribu amerindia nativa de la Comanchería, territorio que comprendería el este de Nuevo México, sudeste de Colorado y Kansas, todo Oklahoma y bastante del noreste y sudeste de Texas. Enemigos de los apaches. Practicaban la poligamia y la esclavitud.

[11] Tuvo su origen en el presidio militar trasladado ahí en marzo de 1749, procedente de El Pitic; por orden del gobernador José Rafael Rodríguez Gallardo se le dio el nombre de Horcasitas en honor del virrey de la Nueva España, don Juan Francisco de Güemes y Horcasitas, primer conde de Revillagigedo, que gobernaba entonces. La orden respectiva se dictó el 29 de marzo y que se despoblara el Real de San Juan Bautista y sus moradores se reconcentraran a la nueva fundación. El 24 de octubre, el mismo Rodríguez Gallardo colocó la primera piedra de la iglesia del lugar, aprovechando la fiesta del día de su santo. Desde entonces hasta 1777 allí estuvo la residencia del gobernador y capitán general de las Provincias de Sonora y Sinaloa.

[12] Se le llama antílope americano, aunque no es un antílope propiamente dicho. Poseen, tanto los machos como las hembras, cuernos curvos, aunque los de las primeras son mucho más pequeños. El color es terroso, leonado o berrendo; de ahí su nombre en español. Miden de largo hasta un metro y medio y unos ochenta centímetros de cruz. Tienen manchas blancas en la zona caudal y cuello. Son muy rápidos, pudiendo alcanzar 65 km/hora durante varios kilómetros y velocidades punta cercanas a los cien. Pueden realizar saltos de tres metros de altura. Se los ha cazado por su carne durante muchos años, especialmente en la expansión del hombre blanco en las praderas y desiertos de Norteamérica.

[13] Los pimas o también llamados *akimel o'odham*, fueron, junto a los ópatas y pápagos los indios aliados de los españoles, los que antes fueron cristianizados, y también los que vivieron en paz cerca de los presidios y misiones. Su nombre significa «pueblo del río» en diferencia de los pápagos, sus parientes, que son el «pueblo del desierto». Al parecer, el nombre poma viene de la frase *pi'añi mac* o *pi mac.* que significa «no lo sé», y que la repetían con frecuencia en sus encuentros con los españoles. Hoy en día, viven en el estado norteamericano de Arizona y en los estados mexicanos de Sonora y Chihuahua.

[14] Los zopilotes o buitres negros americanos, no emiten graznidos, sino que sisean o gruñen a baja intensidad, al faltarles la siringe, el órgano vocal de las aves.

[15] Esta misión todavía existe y es un centro de peregrinaje. Está situada a unos 16 kilómetros de la ciudad de Tucson y fue fundada en 1692 por fray Eusebio Francisco Kino, padre jesuita de ascendencia italiana, responsable de casi todas las misiones establecidas en el desierto de Sonora. Se construyó una

iglesia en 1700, que estuvo en pie hasta el ataque apache de 1770 que destruyó por completo la misión. En 1775, ya con el presidio de San Agustín del Tucsón a menos de 11 kilómetros, y dándoles protección, la misión volvió a reconstruirse, levantando una nueva iglesia en 1783. Hasta la expulsión de los jesuitas en 1767 estuvo regentada por estos, siendo los franciscanos los que retomaron su labor.

OceanofPDF.com

[16] Ciervos mula.

[17] *Diné* en su idioma. Su nombre viene del náhuatl *achiricaua* que significa «los que son pocos». Se los dieron los tlaxcaltecas cuando fueron con los españoles a la zona de Sonora y norte de México. Ellos mismos se llamaban *sagantajen-né*. Más información en www.apacheria.es

[18] Se llamaron a sí mismos *Tsékáádn* o «gente del metate» (piedra plana y ligeramente hueca para moler grano). Vivían en las estribaciones de las montañas de Santa Catalina, cerca del presidio de San Agustín de Tucsón. Más información en www.apachería.es

[19] Se llamaban a sí mismos *sejen-ne*. Los españoles los conocían como *mescales* porque consumían (aunque no eran los únicos) un alimento obtenido del tallo y las hojas del agave o mescal. Más información en www.apacheria.es

[20] Se llamaron a sí mismos *Lipanjen-né*. Llegaron a Texas, y compitieron y guerrearon ferozmente con los comanches. Más información en www.apachería.es

[21] El nombre deriva de la primera denominación que les dan los españoles: Apaches del Navajó. Son parientes de los apaches, aunque historiadores y entomólogos los diferencian en la actualidad, restando la relación entre ellos. Belicosos al principio, finalmente fueron absorbiendo la cultura española. Aprendieron a criar ovejas, y, sobre todo, a trabajar la plata y la orfebrería.

[22] Hoy en día, se conoce que compuestos de planas *echinaceas* eran utilizadas por estos curanderos y chamanes.

[23] Con el fin de obtener una mejora en la recaudación impositiva se crearon las intendencias de las Californias y de Sonora, designando el virrey a Matías de Armona y luego a Felipe Barri para la primera y a Eusebio Ventura Beleña para la segunda, pero no se llegaron a implementar. El 18 de junio de 1770 el virrey Croix designó a Pedro Corbalán como intendente interino de Sonora poniendo en funcionamiento la intendencia de Arizpe bajo subordinación del gobernador de Sonora y Sinaloa.

[24] Los indios ópatas provienen del desierto de Sonora, en Arizona, y zonas del actual México: Sahuaripa, Moctezuma, Arizpe, Ures... Su nombre significa «gente hostil» en lengua pima. Ellos se referían a sí mismos como «hombres» (*tehuima*). Junto con los pápagos y los pimas, tuvieron en líneas generales buenas relaciones con los españoles.

[25] En Arizona, durante los años 1730 a 1738 años, se encontraron grandes bolas y planchas de sulfuro de plata (alguna pesó 120 kilos), lo que hizo pensar en grandes yacimientos en la zona o que formaban parte de un tesoro enterrado. Debido a que era cloruro de plata en estado natural, el mineral era blando y de aspecto cerúleo. Durante décadas se pensó que el territorio de Arizona poseía ricas vetas de este mineral.

[26] La ciudad de Taos, en Nuevo México, contaba con uno de los mercados más importantes del norte del Virreinato de Nueva España. A él acudían, incluso, los mismos indios comanches a vender su artesanía, caballos y pieles.

[27] En 1723 se redujeron del Quinto real (20%) al Décimo real (10%) los impuestos de la minería con el fin de reactivar ese sector que había caído en una cierta crisis

[28] De ascendencia vasca, Pedro Allande nació y se formó en la ciudad de Cádiz y en 1764 fue promovido a teniente y trasladado al Virreinato de Nueva España**.** El 30 de octubre de 1778 se autorizó su boda en Tucson con María Ignacia Escalante. De 1767 a 1771, participó en la expedición de Sonora del coronel Domingo Elizondo. Fue el primero en subir al Cerro Prieto y ya en 1777 ascendió a capitán del presidio de San Agustín del Tucson (Pima County, Arizona), donde empleó su propio capital para levantar una muralla de adobe. En 1779, lanzó una campaña militar sobre la sierra de Santa Catalina, que fue respondida el 6 de diciembre de 1779 por un ataque de los apaches, dirigidos por Quilcho, al presidio (primera batalla de Tucson) y con otro el 3 mayo de 1782 (segunda batalla de Tucson). Fueron ambas victorias de Allande, que acabó herido en una pierna en la segunda batalla. Aún debió aguantar el 25 de diciembre otro ataque (tercera batalla de Tucson). La hostilidad india le convenció para terminar de alzar definitivamente la muralla del presidio. Durante el mes de noviembre 1783 realizó diversos ataques a los apaches y en el mes diciembre de aquel año había concluido la muralla del presidio. Continuó con nuevas incursiones el 5 enero de 1784, en el río Gila y, tras cruzar las montañas Florida, Santa Teresa, Piedad, Cabezas y Babocomari, regresó a Tucson. (Fuente www.espausa.com). El 3 de mayo de 1785 ascendió a teniente coronel y se mantuvo en el mando del presidio de Tucson, hasta el 28 de agosto de 1788, que fue relevado por sus achaques. Retirado a México, en agosto de 1794 se le autorizó su marcha a Granada, donde probablemente murió.

[29] Nacido en el castillo de Prévoté, cerca de la ciudad de Lille, en la parte de Flandes ganada por Luis XIV a España en 1668. Tercer hijo gemelo de Alexandre-Maximilien-François de Croix, marqués de Heuchin, e Isabelle-Claire-Eugène de Houchin. A los 17 años, como su tío Carlos Francisco de Croix y su hermano mayor el conde Felipe Carlos de Croix, ingresa en el Ejército español. Ese mismo año entra al servicio del rey de España como alférez de granaderos de la Guardia Real y es enviado a Italia. En 1750 se incorporó a la Guardia Valona, la guardia personal de los reyes Borbones de España. En 1756 es ascendido a teniente coronel y se le nombra caballero de la Orden Teutónica, y en 1760 asciende a coronel. En 1766 marcha a Nueva España como responsable de la guardia del virrey Carlos Francisco, su tío. Hasta 1770 sirvió como comandante en jefe de la fortaleza de Acapulco y como inspector de las tropas del virreinato. Cuando finalizó el mandato del virrey de Croix (1766-1771), retornó a España con su tío y con el visitador José de Gálvez. El 16 de mayo de 1776, el rey Carlos III de España nombra al brigadier Teodoro de Croix como primer Comandante General de las Provincias internas de Nueva España, Coman-

dancia establecida en 1776, y que comprendía Nueva Vizcaya, Santa Fe de Nuevo México, Nuevo León, Coahuila, Sonora y Sinaloa, Las Californias y Tejas.

[30] Se creó finalmente en 1783.

[31] Carlos Francisco de Foix.

OceanofPDF.com